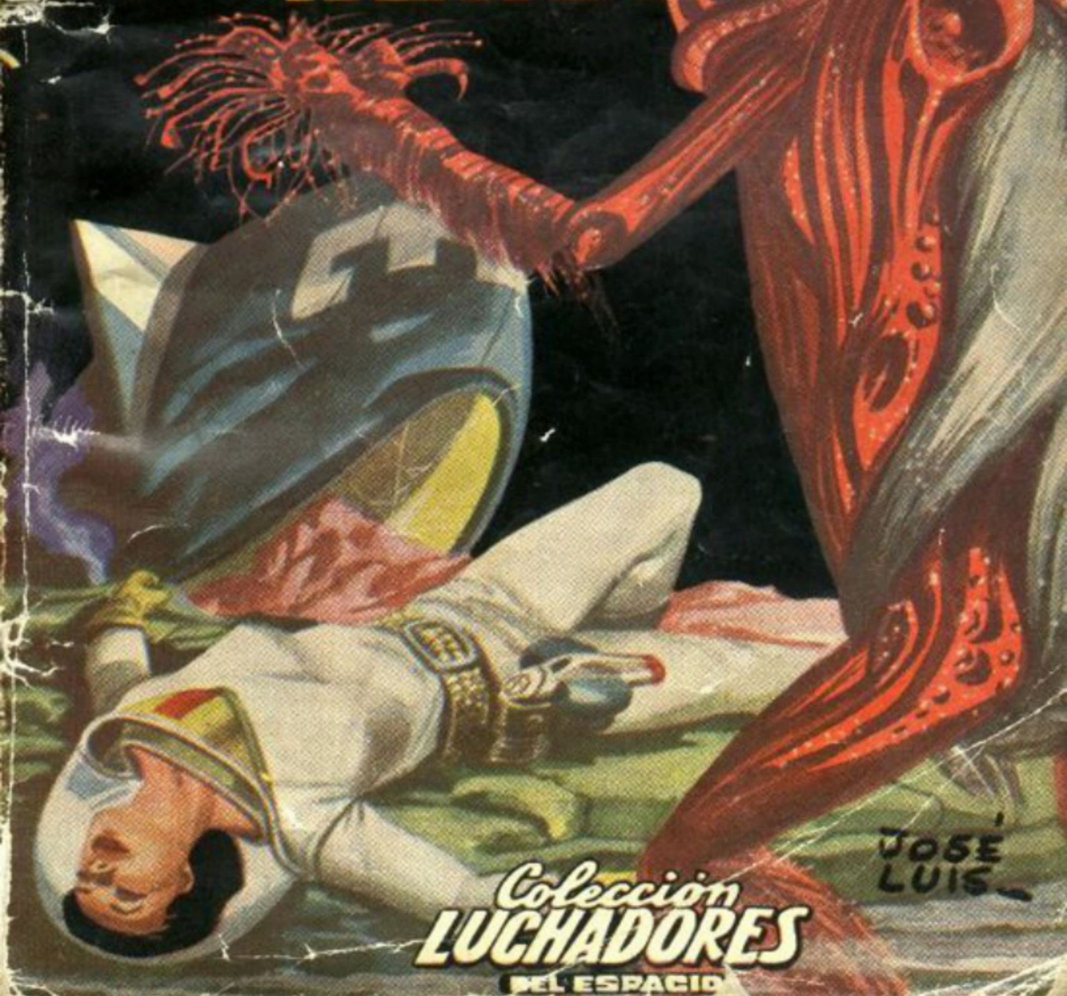

ALF. REGALDIE.
EL ENIGMA DE ACRON
JOSÉ LUIS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

Los reactores y turbomotores habían sido puestos ya en marcha y la capitán Barrena se disponía a dar la orden de despegue, cuando el receptor radiotelefónico acusó la contraseña particular del Neptuno y la voz del coronel Cris, ligeramente deformada por la distancia y los altavoces, se escuchó retumbante en el cerrado espacio.

El enigma de Acron

Alf Regaldie

El enigma de Acron

Luchadores del Espacio, 30

Alf. Regaldie

EL ENIGMA DE ACRON

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Profesor Añúa.— Científico español.

Carmela Garrido.— Sargento de la Oficina de Servicios Estratégicos.

Crisanto Díaz de la Vega, Cris.— Coronel de la O.S.E.

Gran Drago.— Gran Jefe de Acrón, jefe supremo de los «destructores de mundos».

Vicealmirante “J-32.957”.— De los «destructores de mundos».

Almirante “J-16.522”.— De los «destructores de mundos».

Presidente adjunto del Gran Consejo Central de Gobierno.— De los «destructores de mundos».

Gra.— Jefe de los hombres vegetales del mundo subterráneo de Acrón.

Comandante Barcia.— De la O.S.E.

Capitán Monterroble.— De la O.S.E.

Teniente Bordón.— De la O.S.E.

CAPÍTULO I

EL ENIGMA DE ACRON

por Alf. Regaldie

CAPÍTULO I

HORIZONTE DE TORMENTA

Los reactores y turbomotores habían sido puestos ya en marcha y la capitán Barrena se disponía a dar la orden de despegue, cuando el receptor radiotelefónico acusó la contraseña particular del *Neptuno* y la voz del coronel Cris, ligeramente deformada por la distancia y los altavoces, se escuchó retumbante en el cerrado espacio.

—¡Atención, R-1! De coronel Crisanto Díaz a capitán Luisa Barrena para su transmisión a capitán Monterroble y profesor Añúa. ¡Atención, R-1!

Luisa Barrena, dirigiéndole una mirada de inteligencia, alargó el micrófono al capitán Monterroble, quien lo tomó con apresuramiento. Había notado algo extraño en Ia voz del coronel, tan poco dado a reflejar sus emociones y comprendió que sucedía algo que se salía de lo normal, algo grave.

—Al habla el capitán Monterroble, señor. Nos disponíamos a despegar para reunirnos con ustedes, después de dejar esto en orden.

—Pues habrán de suspender la salida. Los radiotelegrafistas del *Neptuno* han interceptado unos mensajes en clave. Una vez descifrados han resultado ser ordenes conminatorias dirigidas a su almirante «J-16.522», en vuelo. Se le ordena que, sin reparar en sacrificios, deben posesionarse de «Star-V», para nosotros «D-7». Según tales órdenes les es necesario, ya que por la rebelión en «D-3», éste ha sido condenado a ser «secado». Le anuncian la salida de un grupo desde sus bases en dirección a «D-3» bajo el mando del vicealmirante «J-32.957», el cual, una vez haya cumplido la misión sobre «D-3» deberá continuar su viaje rumbo a «D-7» para ponerse a las órdenes de «J-16.522». Siguiendo sus normas de no admitir fracasos le recuerdan que, si no es capaz de ganar la batalla, debe perder la vida en ella. En la base, que ellos llaman «Acrón», termina diciendo el último de los mensajes, «sólo se admite a los vencedores». Es decir: EL BRUTAL ATAQUE CONTRA ESE PLANETA ES INMINENTE y hay que salvarlo, y sobre todo, salvar a esas pobres gentes que se han levantado porque les incitamos a ello y a las cuales hemos prometido ayuda.

—Comprendo, señor. ¿Qué debo hacer?

—De acuerdo con el profesor Añúa deben hacer que todos los habitantes se encierren rápidamente en las ciudades subterráneas y si no caben en ellas, en las minas y las instalaciones industriales. Deben habilitar todo lugar que pueda servirles para cubrirse de la posible devastación y organizar su vida en el interior para que puedan resistir

todo el tiempo que sea necesario. ¿Comprende mi idea?

—Perfectamente, señor.

—Por mi parte voy a organizar la defensa en la periferia de la atmósfera, pero temo que cuento con pocas aeronaves para ello. No obstante nos agazaparemos en las rutas habituales de ellos, en los caminos conocidos y trataremos de sorprenderlos. Las primeras noticias recibidas de la *Numancia*, nuestra isla-base, son que se ha librado una dura batalla con las fuerzas de los «destructores» sin que estos hayan llegado a penetrar tan siquiera en la atmósfera de «D-7», El almirante «destructor» debe hallarse desesperado e intentará lo imposible. Por lo mismo no me atrevo a debilitar las defensas de aquel punto trayendo aquí más efectivos, y hemos de ganar, por tanto, la batalla con lo que tenemos.

—La ganaremos, señor.

—Deberá usted quedarse ahí con los auxiliares que considere necesarios y el resto deberá incorporarse a nosotros en las dos aeronaves: La R-1 y la apresada a los «destructores».

—Si, señor.

—¿Necesita alguna aclaración?

—De momento no lo considero necesario, no obstante, procuraré mantenerme en contacto con ustedes.

—Está bien. Corto. Suerte.

—Gracias, señor. Les deseo lo mismo.

Cortada la comunicación, el capitán Monterroble se dirigió a Luisa Barrena:

—¿Dispone de suficientes «ataúdes»[1], capitán? Necesito cuatro.

—Puede disponer de ellos. ¿Qué ocurre?

—Los «destructores de mundos» no quieren darse por vencidos; han atacado de nuevo en «D-7» y no tardarán en lanzarse sobre este planeta. Lo han condenado a «muerte».

—Ese vocablo, aplicado a un planeta, suena un tanto extraño. Sin embargo, con los medios de destrucción de que disponen resulta terriblemente exacto. ¿Qué instrucciones ha dado el coronel?

—Deben ustedes reunirse con él cuanto antes. Quiere organizar rápidamente la defensa de todo esto, desde fuera.

Rápidamente los cuatro «ataúdes» fueron descargados del rotoavión mandado por la capitán Barrena y Monterroble, por medio del radioteléfono se puso en contacto con dos oficiales del grupo que había actuado con él en la lucha contra los «destructores de mundos» y con el propio profesor Añúa, quien también se disponía a reunirse con el coronel Cris.

—Lo siento, profesor; pero el coronel Cris nos ha encomendado una interesante tarea. Quedarán aquí con nosotros los tenientes Bordón y Ramis. Hemos de reunirnos rápidamente para informarles de

la situación que se nos plantea y cambiar impresiones antes de reunirnos con Molday. Él y su Gobierno provisional van a ser sometidos a una dura prueba.

* * *

Usando los veloces «ataúdes», los cuatro terrestres entraron en contacto con el Gobierno de Molday, reunido en la Capital, poniendo a sus componentes al corriente de lo que sucedía, e inmediatamente partieron mensajeros para las diversas provincias, aun las más alejadas, preparando a éstas de antemano por medio de la radio, por temor de que los emisarios no pudieran llegar a tiempo. Las siguientes horas fueron de verdadera angustia para aquellas gentes medio enloquecidas aún por los maltratos que habían recibido durante la breve pero dura época de ocupación y esclavitud, y fue necesaria toda la autoridad de sus gobernantes para que el orden no se rompiera y para evitar que la desesperación un tanto irrazonada de algunos sectores, los menos preparados, los menos cultos, no desembocara en un verdadero desastre, si no mayor, casi tan grande como el que trataba de evitarse.

Las multitudes, no repuestas aún de los anteriores sufrimientos, se agolparon en las entrañas de las ciudades e instalaciones subterráneas, pugnando cada cual por ser el primero en ganar un puesto en los ascensores que debían conducirlos a las entrañas del planeta.

Pero fuerzas armadas que habían sido organizadas sobre la marcha, y que aunque nuevas, se habían curtido en la lucha cuerpo a cuerpo contra los «destructores de mundos», lograron imponerse, no sin tener que recurrir frecuentemente a ciertas violencias para, según las instrucciones recibidas, hacer que los niños que habían logrado sobrevivir a las brutalidades, de los «destructores de mundos», fuesen los primeros en quedar a cubierto de la insania de tales monstruos. Seguidamente se dio paso a las mujeres y mientras tal trabajo se realizaba, los emisarios, destacados por los campos, por las zonas donde ya se había reanudado el trabajo de la tierra, fueron poniendo en conocimiento de las gentes la desagradable nueva, organizándose rápidamente caravanas que fueron engrosando paulatinamente, dirigiéndose cada una hacia el punto más cercano que le había sido designado, volviendo a vivir el terrible éxodo, cuando apenas habían tenido tiempo de saborear la nueva vida.

Los hombres de la Tierra sentíanse vivamente impresionados por los dolorosos espectáculos que necesariamente habían de presenciar, viendo como algunos grupos, aún no vueltos a la realidad, se dejaban conducir como autómatas, con un hondo sentido fatalista de la vida.

La mayor parte de familias no habían llegado a tener tiempo de

reunirse y a cada momento se producían escenas de emoción al hallarse por azar los componentes de una misma familia o tener conocimiento de la muerte de un ser querido en la violencia de la represión, de la lucha o la dureza de la esclavitud.

El profesor Añúa, con sus auxiliares terrestres y otros indígenas que el Gobierno de Molday había puesto a su disposición, se multiplicaba organizando la producción y distribución de aire sintético y su regeneración una vez viciado por su uso; de alimentos y de agua, logrados igualmente por procedimientos químicos; de fibras artificiales para vestir muchos cuerpos punto menos que desnudos aún, cuidando asimismo de la labor sanitaria, de la producción sintética también de los cultivos y medicamentos necesarios. Desdoblábase el profesor en la agotadora tarea, empleando su «ataúd» para trasladarse de un lugar a otro, haciendo que se pusiera en pie de marcha toda la maquinaria susceptible de ser utilizada. Pero quedaba aún bastante por hacer y no poca gente fuera de las zonas subterráneas, cuando las detectores que había distribuido estratégicamente el profesor recogieron las primeras señales de explosión de superbombas atómicas. Afortunadamente, la gente, al no contar con elementos técnicos, permaneció ajena al fenómeno y los responsables del Gobierno y los propios terrestres se dieron por entero a la aceleración de la tarea de situarlos cuanto antes fuera de peligro.

Durante las horas que duró el agotador trabajo, unas veces el profesor Añúa, otras el capitán Monterroble, mantuvieron contacto relativamente frecuente con el coronel Cris y apenas los detectores dieron su primer alerta, el propio coronel dio la orden de aceleración de los trabajos:

—Tenernos al enemigo encima. Han lanzado contra nosotros las primeras superbombas, si bien hemos logrado hacerlas explotar antes de quedar dentro de su radio de acción.

Células fotoeléctricas ultrasensibles, capaces de registrar la más leve luz a miles de kilómetros de distancia, registraron también las explosiones de las bombas, explosiones que cada vez se fueron registrando más cercanas a la atmósfera del planeta hasta llegar a ser advertidas por los indígenas, entre los que se produjo una ola de pánico.

Afortunadamente, quedaban muy pocos sobre la corteza del planeta y la evacuación terminó rápida y felizmente.

La cadena de detectores de ondas caloríferas y de ultramanómetros, sensibles a la menor onda de choque, fueron montados rápidamente después, bajo la dirección del profesor, y finalmente se montaron también un tipo de registradores que señalaban inmediatamente la presencia de restos radiactivos de las explosiones de tipo atómico y que permitían que los terrenos o las

zonas afectadas por el fenómeno fuesen acotadas rápidamente para evitar los peligros subsiguientes.

Tales trabajos, llevados a cabo bajo la dirección de Añúa por expertos indígenas, fueron realizados mientras en el espacio, en torno al perímetro de la atmósfera se libraba ruda batalla, estando expuestos continuamente, tanto Añúa como sus colaboradores, a ser víctimas de la acción de los «destructores de mundos». Pero el profesor español deseaba despertar el sentido de lo heroico en aquel desgraciado pueblo que retornaba a la vida rodeado de peligros y aguantó y obligó a resistir estoicamente, siendo cegados en ocasiones por las explosiones atómicas producidas incluso en el interior de la atmósfera. Hasta que finalmente, el coronel Cris dio orden de que se retirase a continuar en las entrañas del planeta la organización del trabajo de la resistencia pasiva, de la nueva industria que habría de permitir a los indígenas salir a luchar en igualdad de condiciones contra las hordas de «destructores».

* * *

El almirante «J-16.522», en las varias intentonas de penetración a la atmósfera de «D-7» había sufrido otros tantos rudos descalabros, perdiendo gran número de unidades de su inmensa flota aérea contra la barrera de minas «Añúa», teniendo que sufrir además el continuo hostigamiento de las unidades terrestres, en particular de las veloces «golondrinas», que tan pronto hacían acto de presencia surgiendo audazmente de la oscuridad como desaparecían tras haber soltado los envenenados aguijones de sus torpedos o sus rayos desintegradores.

Hallábase en tales condiciones el almirante de los «destructores de mundos» reprimiendo el furor que la derrota le producía, sin poder ocultar su vergüenza y su asombro a sus íntimos colaboradores, el Estado Mayor que tripulaba la misma aeronave insignia, cuando a través de la cadena de comunicaciones establecida en el espacio hast la lejana base de partida, el planeta Acrón, llegó la comunicación que el propio *Neptuno* había interceptado y que el coronel Cris había dado a conocer al capitán Monterroble. Tal comunicación era la respuesta del jefe de los «destructores de mundos», el Gran Drago de Acrón, a los partes que su almirante le había enviado durante el curso de la batalla. La lectura del parte obró el prodigio de tranquilizar al almirante. No ignoraba este que la amenaza que se le hacía no era vana, que el Gran Drago de Acrón no perdonaba a los vencidos y que necesitaba, por tanto, de toda su serenidad si quería conservar la vida, saliendo airoso de la empresa para ser recibido en triunfo y poder aspirar a un ascenso, a ocupar un puesto en el Alto Estado Mayor o en el Consejo Central de Gobierno del propio Gran Drago.

Por unos instantes, el almirante, sujeto a toda una serie de contrarias pasiones, necesitó respirar con más libertad y se despojó de la escafandra quedando al descubierto su rapada cabeza, sus ojos terriblemente oblicuos, con los que escrutó las expresiones de sus compañeros de aeronave. Comprendió que todos sentían casi como él mismo su fracaso, ya que les envolvía a todos, y para desahogarse emitió un fuerte suspiro, tomando luego aire ruidosamente por su achatada nariz, emitiendo a continuación dos o tres bufidos liberadores por su fruncida trompetilla.

Tornó luego a encajarse la escafandra con la brusquedad en él habitual y entregando los mandos del aparato que había llevado personalmente en la última fase de la batalla librada, hizo girar su asiento y quedó frente a los componentes de su Estado Mayor.

—Conozcan ese parte, por más que no puede extrañarles lo que nos dicen en él.

El almirante, al fracasar en su último asalto, había hecho que las formaciones de aeronaves bajo su mando se retirasen de lo que había sido zona de fricción con el enemigo y con el campo de minas interpuesto entre ellos y el objetivo. E inmediatamente había ordenado la reorganización de los grupos, realizando un recuento de aeronaves que arrojó un balance que hubiese resultado desmoralizador para cualquiera que no tuviese la dureza granítica de ánimo que tenían aquellos seres.

Cuando «J-16.522» comprendió que su Estado Mayor había leído la comunicación, se dirigió a ellos con la brusquedad de expresión en él habitual:

—Eso quiere decir que tenemos que vencer y venceremos. Si alguno de ustedes admite la posibilidad de la derrota, prefiero que abandone esta aeronave y que no se vuelva a presentar ante mi vista.

Pero nadie respondió y el almirante se sintió animado por sus propias palabras y por la tensión de que se sintió rodeado.

Hizo presión el almirante entonces sobre un conmutador e inmediatamente se pudo apreciar en la pantalla iluminada la aparición del planeta «D-7», inmóvil, mostrando a la vista el hemisferio correspondiente a Bradiland, el país más extenso de dicho planeta, especie de confederación de Estados, donde ya los «destructores de mundos» habían desembarcado en una ocasión[2].

Las miradas de todos los componentes del Estado Mayor del almirante convergieron en el planeta y a poco seguían las evoluciones del puntero que había empañado «J-16.522» y con cuyo agudo extremo señalaba en el mapa.

—Como bien habíamos previsto, no era la resistencia que debíamos hallar en la propia corteza del planeta la que debía preocuparnos, sino la oposición de las aeronaves de los terrestres en la

periferia de la atmósfera. Así, pues, el punto de desembarco puede continuar siendo el mismo. Ese desierto próximo a la selva nos ofrece grandes posibilidades y de él podemos luego partir en todas direcciones hasta terminar con toda la resistencia que pueda oponérsenos. El problema está en hallar el hueco para penetrar en la atmósfera del planeta, venciendo la barrera de minas que el enemigo nos ha opuesto e incluso aprovechar tal momento para destrozarles sus unidades, atrayéndoles a las proximidades de la barrera para que sean víctimas de sus propias armas aunque nosotros hayamos de sacrificar unas cuantas unidades mas.

El almirante tendió la vista en torno a sí esperando hallar expresiones de aprobación y aliento, pero se equivocó. Todos le prestaban atención, mas ninguno confiaba en el material de que disponían para poder vencer a un enemigo hábil y dispuesto a aprovechar toda coyuntura para irles diezmando, y sus expresiones eran poco entusiastas, hallándose a la expectativa por si alguna idea genial da su jefe era capaz de arrancarles de la difícil situación en que se hallaban.

—Y este hueco —continuó el almirante —lo vamos a hallar, mejor dicho lo vamos a forzar, lanzando contra el campo de minas un pequeño grupo de unidades ligeras. Debemos tener en cuenta que por la falta de resistencia, de oposición en los espacios interestelares, el calor se disgregará rápidamente y por tanto, apenas las explosiones de las minas se hayan producido, el grueso de nuestras fuerzas de desembarco se lanzará por tal hueco, penetrando seguidamente en la atmósfera del planeta. Una vez en ella, el desembarco no ofrecerá grandes dificultades y se lanzarán las primeras unidades de paracaidistas junto con los carros de combate.

Hizo una nueva pausa el almirante comprendiendo inmediatamente que se le escuchaba con más atención, que la esperanza comenzaba a tener cabida en aquellos cerebros poco acostumbrados a la derrota, por lo que aquella les había hallado totalmente desprevenidos.

—Según han acusado nuestros detectores, la temperatura en el epicentro de cada explosión, es de 20.000 grados, pero tal temperatura queda reducida rápidamente a 10.000 y ésta, nuestras aeronaves la pueden resistir perfectamente. En cuanto a la onda de choque es punto menos que nula, ya que la explosión apenas si encuentra resistencia y la acción desintegradora se limita al choque directo, del cual nuestras aeronaves de desembarco quedarán libres. Por tanto, el riesgo para ellas, será mínimo.

El almirante hallaba de nuevo aliento en sus propias palabras, comenzaba a creer otra vez en sí mismo, en la victoria; y tras dirigir una triunfal mirada a su reducido auditorio, continuó:

—Ésta es la primera parte. La segunda corresponde a las unidades de cobertura que aguardarán agazapadas a que el enemigo se lance por el hueco practicado contra nuestras unidades de desembarco; y en tal momento la acción se limitará a una caza a la espera. No será difícil triturarles porque no sólo les atacaran las unidades que les aguardarán, sino que lanzaremos contra ellos todas nuestras reservas para que no tengan resquicio alguno por el que filtrarse. Las unidades de los terrestres, aunque eficientes y veloces, son pocas y necesariamente han de perecer. Puede ocurrir también que no se lancen al ataque; pero en tal caso, nuestras fuerzas de desembarco cumplirán su misión dominando el planeta y las fuerzas que quedarán en a periferia cambiarán su actuación colocándose a la defensa, con lo que su labor resultará mas fácil no permitiendo a los terrestres penetrar en la atmósfera del planeta, manteniéndoles sujetos con fintas hasta que se les pueda dar el golpe de gracia. Pero sí a pesar de todo fracasásemos en el intento, las fuerzas que hubiesen penetrado en la atmósfera del planeta, lanzarían sus torpedos superatómicos en ella y el planeta quedaría inutilizado totalmente, paralizada su vida aunque nosotros hubiésemos de caer también —terminando con tono sombrío—. Así, nuestra derrota sería vendida cara.

Pero después de la exposición del almirante, nadie pensó en las posibilidades del fracaso y cada cual se dio a la tarea de ir concretando cada uno de los detalles de la operación, agrupando las unidades convenientemente, pasando instrucciones a los jefes de escuadrilla, a los jefes de grupo, a los pilotos suicidas, a las fuerzas de desembarco. La fe del almirante les había galvanizado y no se pensaba más que en el triunfo y en la derrota de los odiados terrestres.

El mayor enemigo que habían tenido hasta el momento los «destructores de mundos» en sus choques contra las unidades de los terrestres, era la superioridad de los medios de detección de éstos y en tal ocasión estudiaron la forma de evitarla cubriendo el espacio con pequeñas explosiones atómicas, que al desvirtuar las ondas detectoras les permitía escapar a la estrecha vigilancia a que estaban sometidos. Por otra parte, pusieron en funcionamiento los «Warden», una nueva aplicación de las ondas electromagnéticas, que absorbían la mayor parte de tipos de ondas eléctricas desvirtuando los restantes hasta el punto de anularlos. Pensaban con tales medios poder resolver satisfactoriamente la operación en sus diversos aspectos, antes de que los dispositivos «Warden», aún por perfeccionar, se agotasen. Dispuesto el ataque, la formidable escuadra «destructora» avanzó ocupando la aeronave del almirante el «techo» de la formación para, desde allí, dirigir la maniobra.

Al ocupar su puesto ante el tablero donde sus peones se hallaban presentes, «J-16.522» no pudo evitar el sentir una leve inquietud. Pese

a sus esfuerzos, no había logrado detectar ni una sola de las aeronaves terrestres, no teniendo ni idea de la posición de las mismas, ni siquiera del número de ellas. Percibíalas vigilantes ya que los dispositivos «warden» acusaban la absorción de ondas detectoras, pero nada más. Hasta allí llegaban sus informaciones sobre el enemigo.

Mas el almirante era hombre resuelto y no vaciló más. A sus diversas pulsaciones sobre el tablero de órdenes pudo comprobar que las unidades de su inmensa flota se desplazaban con precisión de maniobra hacia los lugares que previamente les habían sido señalados. Tenía presente todas sus aeronaves y apenas cada. cual hubo estado en su puesto dio la orden de lanzarse a los pilotos suicidas. El grupo de once aeronaves ligeras, dispuestas en especial formación, avanzó dejando tras sí una estela levemente luminosa. Los pocos seres que las tripulaban sabían a donde iban y se hallaban dispuestos al sacrificio; sus sentidos iban todos en tensión dispuestos a evitar los torpedos que el enemigo les pudiese lanzar antes de llegar al punto de su misión. Una, dos series de torpedos, avanzando silenciosos, marcando violentos y desconcertantes zig-zags, fueron evitadas ya próximas al objetivo y el almirante se sintió sudoroso, conteniendo la respiración, punto menos que con los ojos desorbitados, pendiente de la acción. Su mano diestra se hallaba tensa sobre el tablero de órdenes, mientras su cerebro iba desgranando los segundos por décimas.

Hasta que se produjo el espantoso choque y con él una llamarada intensa que tal vez sólo duró milésimas de segundo, pero que abarcó una extensa zona de aproximadamente quince kilómetros cuadrados, llegando con sus rayos luminosos bastante más lejos, hasta la misma periferia del planeta.

Aún no se había extinguido la viva impresión luminosa de las retinas que la habían percibido, cuando ya el almirante, sin pensar en los hombres que se habían sacrificado, que habían penetrado por tal puerta en la Historia, había dejado caer nerviosamente su mano sobre un segundo pulsador.

En la pantalla reflectora, bien flanqueados por las fuerzas de protección, vio el almirante cómo avanzaban los transportes de tropas al máximo de velocidad, deseosos de pasar cuanto antes el anillo que en la cortina de minas habían abierto sus compañeros, de rebasar rápidamente la nube de humo atómico que comenzaba ya a disgregarse con el calor, no inferior en tal momento a los 10.000 grados que, si bien el fuselaje de las aeronaves podía soportar resultaría agobiante para sus ocupantes pese a que, a través de las paredes de sus aparatos, apenas si les llegarían los 50 — 55 grados.

Era el momento crucial de la batalla y el almirante se hallaba en vilo, pendiente de que pudiese surgir lo inesperado que echase a rodar los planes tan cuidadosamente elaborados.

Hallábase el grueso de la formación de transportes en el centro de la nube y el almirante, con expresión angustiada, aunque apenas si se reflejaba en sus ojos, única parte visible de su cuerpo, tornaba a desgranar las décimas de segundo siguiendo mentalmente a las veloces unidades en su vuelo hacia el triunfo o hacia la muerte.

Nada anormal se produjo en los angustiosos segundos, los más angustiosos de su dilatada carrera y ya comenzaba a sonreír al triunfo que comenzaba a vislumbrar, cuando en la pantalla se reprodujo la cegadora impresión de las explosiones atómicas, semejantes a las que segundos antes habían abierto la brecha a sus unidades de transporte. Pero estas segundas explosiones, producidas cuatro o cinco kilómetros más cerca de la periferia del planeta eran el aviso, el preludio de su fracaso y el almirante de los «destructores de mundos» sintió que algo se derrumbaba dentro de él, que él mismo se derrumbaba.

Las explosiones atómicas sucediéronse entonces una tras otra, envolviendo a sus unidades de transporte y el almirante reaccionó de forma violenta cayendo su mano rápidamente sobre el tablero de órdenes haciendo salir a uno de los grupos de reserva; pero éste apenas si pudo avanzar, sintiéndose atacado de improviso por las silenciosas minas «Añúa» contra las que no tenían defensa posible.

En el colmo de su frenesí levantó su mano dispuesta a que se produjera una nueva orden de salida, pero la mano se vio detenida y «J-16.552» alzó la vista para encontrarse con la del jefe de su Estado Mayor.

—Tienes razón. Sería una locura. Ordena la retirada rápidamente y ya estudiaremos que es lo que se puede hacer.

Pero el almirante sabía que allí no podía hacer nada ya, que su fracaso era total y que su virus destructor, ansioso de cebarse en alguien, en algo, se debería volver contra «D-3».

—Sí, «Star-II». Allí no pueden tener estas defensas aún y les atacaré uniendo a estas fuerzas las del vicealmirante «J-32.957». Una victoria allí me devolverá la oportunidad de volver a Acrón y de hacer comprender a nuestros nombres de ciencia que deben progresar muy aprisa si quieren dar satisfacción al Gran Drago y darnos posibilidades de victoria.

CAPÍTULO II

DAVID Y GOLIAT

El comandante Barcia había ido librando con extrema serenidad todas las fases de la batalla que le habían planteado los «destructores de mundos», aguantando las primeras avalanchas oponiendo barrera tras barrera de minas a las que, por procedimientos del control remoto hacía maniobrar evitando que las pocas aeronaves de que disponía entrasen en contacto directo con el enemigo, al menos en cheques frontales, lanzándolas en cambio contra él cuando a consecuencia de los choques con las barreras de minas quedaban desorganizados, pero sin presentar jamás combate franco.

El que los «destructores de mundos» lograsen evitar la detección en una de las fases culminantes de la acción, había llegado a inquietarle; pero tal fallo había sido cubierto al lograr interceptar las órdenes del almirante «destructor» a sus diversas unidades. Tales órdenes, aunque cifradas, habían sido interpretadas rápidamente por los especialistas poseedores ya del código completo empleado por los «destructores», y el comandante Barcia había tenido tiempo de disponer sus fuerzas y barreras de minas para sorprender al enemigo agazapado en las sombras, habiendo de actuar midiendo el tiempo con el conocimiento que tenía de la rapidez de desplazamiento del enemigo. Su serenidad, capacidad, su astucia le habían dado el triunfo y al comprobar que, tras el desastre sufrido el enemigo se retiraba, conociendo lo peligroso que resultaría perder el contacto con él destacó a una de las escuadrillas de «golondrinas», los superveloces aparatos de la Patrulla Volante, para que siguieran a los «destructores» en su retirada aprovechando todas las coyunturas que se les presentasen para hostigarles, haciéndoles sentir su presencia en el espacio manteniéndolos desorganizados e irritados, en lo posible, para incitarles a cometer las torpezas de las que los terrestres deberían sacar fruto.

El coronel Cris fue informado seguidamente por el comandante Barcia de los resultados de la batalla y de la retirada, así como de las disposiciones tomadas para no perder el contacto con tal enemigo y fue el coronel Cris quien, a medida que los restos de la escuadra de los «destructores» se fue acercando a «D-3», adivinó las intenciones de «J-16.522», almirante de la flota aérea.

Había penetrado el coronel de tal forma la psicología de los «destructores de mundos», que al tener conocimiento del parte recibido por el almirante, de la posterior derrota de éste y del rumbo

que su flota llevaba, pudo seguir las diversas reacciones porque el almirante enemigo había pasado y construir sus planes propios para evitar ser aplastado entre las dos fuerzas que convergerían sobre «D-3»: Las del derrotado almirante y las del vicealmirante que tenía la misión de «secar» al planeta y reunirse después con el almirante.

Los radiotelegrafistas fueron en tal momento los elementos sobre los que descanso el coronel y según había previsto, no tardaron en ser interceptadas las comunicaciones entre los dos jefes de flota. Una vez en contacto el almirante con su subordinado, le ordenó una corrección de rumbo que les permitiría coincidir sobre «D-3». Y el vicealmirante recibió también la orden de suspender la acción de «secar» el planeta.

Entre los dos nombres, a través del espacio, se estableció un forcejeo imponiéndose al fin el criterio del almirante, aunque de una forma condicionada; el planeta «D-3» no sería «secado» si se lograba su ocupación, pero si esta llegaba a fracasar, la condena dictada en Acrón por el Consejo Central de Gobierno y revalidada por el Gran Drago se cumpliría inmediatamente y «D-3» sería sacrificado.

Entre divertido y justamente alarmado asistía Cris a esta discusión sostenida a través del espacio, separados los que discutían por centenares de miles de kilómetros. Careciendo de minas, la situación no resultaba fácil para las fuerzas terrestres y únicamente el conocimiento de los planes del enemigo daba a Cris una cierta ventaja si sabía aprovechar tales conocimientos con audacia, sabiendo movilizar sus peones a tiempo.

Más tarde, una nueva noticia recogida por los observatorios de Ganímedes, transmitida desde ellos a la *Numancia* y por Barcia a Cris, puso en conocimiento de este que un nuevo elemento podía entrar en la acción que se preparaba. Un elemento que podía ser actor involuntario, que podría ayudar a aquel que supiera aprovecharlo en su favor: Se trataba de un cometa que debía pasar rozando la atmósfera del planeta «D-3»; tal vez su larga cola penetrase en ella y aun rozase al planeta propiamente dicho.

Recibió Cris los datos correspondientes a la trayectoria y velocidad que llevaba el cometa y con tales datos, pese a los pocos elementos de observación de que disponía en el *Neptuno*, prontamente fue divisado el fenómeno abriéndose paso en medio de la densa oscuridad que le envolvía.

Aprovechando las comunicaciones entre las dos flotas de «destructores de mundos», por medio de la goniometría logró conocer el coronel Cris con bastante exactitud la posición de la flota mandada por el vicealmirante, y así pudo deducir el punto donde debía encontrarse con los restos de la otra flota, vencida frente a «D-7».

La siguiente medida fue ponerse en contacto con la escuadrilla de «golondrinas», ordenando a uno de tales aparatos que se le reuniera

mientras los otros dos continuaban su labor de hostigamiento y vigilancia cerca de la flota «destructora».

Las flotas enemigas, por temor a ser detectadas, por tácito acuerdo y una vez señalado el punto donde debían reunirse, se mantenían silenciosas, sin intercambiar comunicación alguna, sin permitir que luz alguna saliese al exterior, sin ofrecer la menor señal al enemigo.

Pero tal cosa no inquietaba al coronel español quien, abandonando con el *Neptuno* la zona de vigilancia que habían ocupado, salió al encuentro de la «golondrina» que había hecho llamar, deseoso de comunicar con ella por radio del radioteléfono en la distancia más corta posible para evitar que el enemigo tuviese posibilidades de interceptar la comunicación.

—Atención, capitán Trigo. Le habla el coronel Crisanto Díaz. Haga revisión de la carga de sus baterías atómicas y de sus torpedos.

—Acabo de hacerla, señor. Las baterías están a dos tercios y medio de su carga. La existencia de torpedos está agotada.

—Está bien, capitán. Dispóngase a aprovisionarse. Aprovecharé su estancia en el *Neptuno* para darle instrucciones personalmente.

La «golondrina» evolucionó rápidamente penetrando en el compartimento estanco del *Neptuno*, y una vez cerrado éste, en la plataforma donde debía aprovisionar.

Reunióse el capitán Trigo mientras se disponía el aprovisionamiento con el coronel Cris en la sala de oficiales y, tras saludarle y hacerle tomar asiento, sin emplear preámbulo alguno, abordó el coronel el tema:

—El enemigo posee sobre nosotros una aplastante superioridad numérica y si bien en armamento le aventajamos en algunas cosas, ellos nos aventajan en otras; pero de todas formas, su superioridad sobre el papel es evidente y por tanto es absurdo pensar que le podamos presentar batalla franca. Nuestras armas deben ser, pues, la audacia y la astucia, la sorpresa y la habilidad. Debemos desdoblarnos, estar en todas partes... Nuestra velocidad de vuelo nos lo permite y cada cual de nosotros debe equivaler como mínimo a cien aparatos de los de ellos, tal vez a más. Y a usted, capitán, que se ha distinguido ya en varias ocasiones por su audacia y por su certero golpe de vista, le reservo una sorpresa que a simple vista podrá parecer descabellada, pero que no lo es. Las dos escuadras enemigas han de converger en el punto...

* * *

El Capitán Trigo, tan pronto como hubo llegado al punto que el coronel le había designado, hizo apagar todas las luces en el interior

de la aeronave obligando que cesasen todas las actividades que no fuesen las que dimanasen de la acción, hizo cargar todos los tubos lanzatorpedos y realizó una rápida exploración del espacio, exploración que confirmó que su aeronave se hallaba situada a conveniente altura.

Comprobado tal extremo, continuó su silenciosa marcha paralizando casi por completo los motores para evitar toda clase de destello, fiando su velocidad momentáneamente al impulso recibido.

Rodeado de tinieblas no tenía el capitán más referencias que las recibidas del coronel Cris sobre posición y velocidad del enemigo, debiendo luego seguir su rumbo con el exacto contraste del tiempo. Este le avisó el momento crítico y los primeros torpedos salieron silenciosos al espacio sin que la «golondrina» interrumpiese su rumbo, sembrando a continuación otro par de torpedos, uno por cada banda y más tarde la tercera pareja, espaciándolos de forma estudiada.

No se hizo esperar el primer par de explosiones que se produjeron bastante alejadas, una a cada lado de la trayectoria que había seguido la «golondrina» y como si tales explosiones hubiesen sido el clarinazo de declaración de guerra, el espacio se vio surcado de lívidas y veloces radiaciones que estallaron furiosas por los mismos lugares donde se iban produciendo las explosiones de los torpedos lanzados por la «golondrina», acompañadas tales explosiones también por las de los torpedos a cuya luz se hubiera podido ver como las aeronaves alcanzadas eran destrozadas en infinidad de fragmentos.

El capitán Trigo, satisfecho de la estratagema, una vez hubo salido de la zona peligrosa lanzó ondas de detección tratando de comprobar el desastre que había producido y pudo ver como las dos flotas de «destructores de mundos» próximas al lugar donde habían de iniciar su convergencia, continuaban luchando entre sí, creyendo cada parte que luchaba con el enemigo, engañadas ambas por los disparos que la solitaria aeronave terrestre había realizado al meterse en medio de las dos flotas, pasando impunemente entre ellas. Finalmente, la similitud de tácticas y el tipo de rayos eléctricos con que combatían, llevó a las dos formaciones a reconocerse y a darse cuenta del engaño de que habían sido víctimas; y tanto por una como por otra parte se ordenó hacer alto el fuego recriminándose a continuación los dos jefes de flota por la imprevisión, pero teniéndose que someter al fin el vicealmirante a su superior jerárquico que, deseoso de sacarse la espina y llegar a la culminación de sus planes ordenó rápidamente las fuerzas, acercándose con ellas hacia la atmósfera del planeta, tanteando de tanto en cuanto en la oscuridad del espacio, tratando de conocer la posición del enemigo que sabia vigilante.

Por su parte, el coronel Cris, satisfecho por el desarrollo de la primera faceta de su plan había tomado posiciones con el *Neptuno* y

las dos «golondrinas», situando también convenientemente a las tres «lentejas»[3], que se mantenían inmóviles, silenciosas, agazapadas en la zona carente de luz, pero próximas ya a la zona luminosa de la atmósfera del planeta.

Las unidades «destructoras» dispuestas a realizar el desembarco, un tanto asombrados sus tripulantes al no hallar resistencia alguna, fueron lanzadas haciendo su aparición con rapidez en la zona luminosa; pero apenas si habían tenido tiempo de avanzar por tal zona cuando las vigilantes «lentejas» se lanzaron a su vez, haciendo funcionar la más terrible de las armas de que disponían: las ondas ultrasónicas, de no gran utilidad en los combates entablados en los espacios siderales, pero de terrible eficacia en zonas atmosféricas donde el sonido se propaga con toda normalidad.

Al salir las aeronaves terrestres a la zona luminosa lanzándose sobre las fuerzas de desembarco de los «destructores», el almirante «J-16.522» comprendió inmediatamente el peligro y lanzó tras ellas parte de sus fuerzas de reserva y sus torpedos, pero unos y otros tropezaron con la barrera de rayos desintegradores que lanzaron las otras unidades de los terrestres para protección de sus rotoaviones.

En un despliegue de energía, el coronel Cris, empleando todas las armas que disponía, tanto defensivas como ofensivas, desde las barreras de rayos «DOX» y las proyecciones de antiprotones hasta las minas «Añúa», de las cuales fueron tendiendo un círculo en torno a la flota «destructora», fue acosando al enemigo, encerrándolo en un verdadero círculo de fuego y rayos destructores, dedicando preferentemente los torpedos atómicos a las unidades «destructoras» portadoras de las superbombas atómicas. Las explosiones se fueron sucediendo ininterrumpidamente estallando las aeronaves de los «destructores», propagándose la acción destructora de unas a otras debido a la formación cerrada que llevaban, provocando con ello un terrible desconcierto en la dirección de los «destructores» cuyo, almirante dio la orden de dispersión, yendo entonces a chocar sus unidades contra las minas «Añúa» lanzadas al espacio por los hombres de la Tierra.

Las unidades de desembarco «destructoras», atacadas a su vez dentro de la atmósfera del planeta por las terribles ondas ultrasónicas, comenzaron por sentir violentas vibraciones que fueron en aumento de forma gradual, desintegrándose rápidamente las que se hallaban más próximas a los focos de proyección de los ultrasonidos, tratando de huir las restantes a tiempo que disparaban sus torpedos y rayos eléctricos contra los roto-aviones terrestres; pero éstos, bien defendidos por la proyección de antiprotones, continuaron su devastadora labor situándose estratégicamente para que ninguna de las aeronaves enemigas pudiese escapar al terrible castigo.

El vicealmirante «J-32.957» se dio cuenta de que tenía la partida perdida y por unos instantes estuvo tentado de volverse contra su propio almirante, considerándolo culpable de su derrota al desviarle de los planes y órdenes que había recibido y dio orden de variar el rumbo de su aeronave; pero una muralla de fuego y explosiones se interponía entre su almirante y él y necesariamente hubo de desistir, volviendo entonces la terrible furia de que se sentía poseído contra el planeta «D-3» y sus habitantes, contra los odiosos terrestres y sus aeronaves. Destrozaría la atmósfera del planeta y no se salvaría ni uno sólo de sus ocupantes y aunque quedase destrozado el resto de su flota de desembarco, caerían también los roto-aviones de los terrestres.

Su crispada mano derecha cayó sobre el tablero de ordenes dirigiéndose a las aeronaves portadoras de los torpedos superatómicos, que deberían lanzar la terrible carga que provocaría la reacción en cadena de la totalidad de los átomos de hidrógeno de la atmósfera. Pero el tiempo transcurrió angustiosamente para el vicealmirante al no obtener respuesta inmediata de que su orden era obedecida, al comprobar luego que los segundos pasaban, sin que se produjese el terrible cataclismo.

Presintiendo lo que podía haber sucedido, dirigió la vista hacia la pantalla donde las unidades que quedaban en el espacio deberían estar proyectadas, mas la pantalla apenas si reflejaba más que humo atómico, el cual lo envolvía todo borrando la posición de las aeronaves, haciendo que se desconociese la verdadera situación de sus fuerzas.

Lanzó entonces varias llamadas al almirante pidiéndole instrucciones, dándole cuenta del aislamiento en que se veía, pero la respuesta le hizo comprender que su jefe estaba tan desconcertado como él mismo, sin saber que partido tomar: «Hay que luchar —le decía— hasta el último hombre y la última aeronave. Lo único que no podemos hacer es volver a Acrón vencidos.»

Al recibir tal respuesta, el furor del vicealmirante llegó a su paroxismo, no ocultándose ante su Estado Mayor para vomitar frases de desprecio contra su superior jerárquico.

—¡Valiente estulto! ¡Hay que luchar…! Bonita frase! Más le hubiese valido haber aceptado sus fracasos y no arrastrarnos a los demás de esta forma ignominiosa. Si se hubiese suicidado como era su obligación, «D-3» estaría en estos momentos «ejecutado» según dictó el Gran Drago y nosotros, victoriosos, de regreso hacia Acrón. Pero yo no me resigno, no puedo resignarme.

La explosión, aunque lejana, de varios torpedos, sacudió la aeronave en el espacio haciéndola trepidar violentamente, llevando el temor al ánimo de sus tripulantes, que temieron verla despedazarse.

Ordenó entonces el vicealmirante remontarse, ganando altura y

en tal momento las pantallas detectoras reflejaron un nuevo fenómeno: el cometa anunciado por los hombres de la Tierra hacía su aparición luminosa en el lugar aquel del espacio, acercándose rápidamente, inundando con su luz un vasto campo, envolviendo en ella a los restos de las unidades «destructoras» que ofrecieron así un mejor blanco a los pertinaces y audaces ataques de los terrestres que, hábilmente, supieron mantenerse en las sombras, atacando desde lejos.

La nave del vicealmirante logró salir rápidamente de la trayectoria del cometa, apartándose de su esfera de atracción; pero el resto de la flota, cogida de improviso, desconcertados sus jefes, reaccionó tardíamente y las unidades se sintieron atraídas de forma ineludible, para recibir la violenta embestida y resultar destrozadas, quedando sus res tos apresados por el cometa, cuya cola de luminosos gases rozó la atmósfera del planeta alejándose luego majestuosamente tras su rápida y brillante aparición, seguido de su luminoso cortejo.

Tras su aparatosa maniobra que los apartó de la peligrosa zona, la aeronave del vicealmirante, parados sus motores, avanzó por el espacio con la fuerza de impulso recibida, desviándose cada vez más de la vasta zona donde la batalla se había librado, tratando de eludir la posible detección a que la podrían someter las aeronaves terrestres. De tal forma llegó a situarse en los antípodas y solo entonces fue realizada la maniobra conducente a abandonar la oscuridad del espacio sideral, acercándose a la atmósfera del planeta hasta sentir la atracción del mismo. Empleó entonces la aeronave para su impulsión la fuerza de gravedad, avanzando vertiginosa hacía la corteza del planeta, pendientes sus tripulantes del altímetro que, una vez en la atmósfera había comenzado a funcionar.

El vicealmirante no había comunicado a ninguno de sus colaboradores la idea que perseguía y éstos, viéndole pendiente de los mandos, reconcentrado en sí mismo, no habían osado interrumpirle. En diversos momentos del vertiginoso des. censo la aeronave había llegado a trepidar dando la sensación de que iba a estallar, pero en tales situaciones la pericia del vicealmirante había salvado la situación rápidamente con verdadera maestría. Y los peligros comenzaron a aumentar a medida que la aeronave se acercaba a la corteza del planeta, tropezando con una mayor densidad de aire, con fuertes corrientes que incluso a seres como aquellos, avezados al peligro, llegaron a hacer temblar. La tensión en el interior de la aeronave era extraordinaria y al fin el vicealmirante, dándose cuenta de ello, comprendiendo que sus hombres al permanecer inactivos a expensas de sus iniciativas sufrían un verdadero tormento, se decidió a aliviarlos dirigiéndose a ellos por medio de señales luminosas.

—No podemos regresar a Acrón completamente fracasados, a

pesar de que no ha sido nuestra la culpa. El Gran Drago no lo comprendería y aunque llegase a comprenderlo, haría como si no. Es necesario llevar algo que compense este fracaso.

La fuerte trepidación a que se vio sometido el aparato acaparó momentáneamente toda la atención del vicealmirante y salvada la situación reanudó su conversación:

—Según los informes de nuestros servicios secretos, entre los terrestres hay no sólo magníficos luchadores, tan buenos o mejores que entre nosotros, sino técnicos, científicos de gran talla de los que nosotros, desgraciadamente, carecemos aún. Son estos seres los que han dado la victoria a los terrestres y no sus soldados.

Interrumpióse otra vez el vicealmirante para atender al altímetro que señalaba una peligrosa proximidad a la corteza del planeta y tras lanzar una exploración de ondas que reprodujeron el relieve del terreno en una pantalla, maniobró haciendo adquirir a la aeronave una posición de menor verticalidad y puso en marcha los motores.

—Y quiero ofrecerle al Gran Drago uno de estos extraordinarios seres, el más extraordinario de todos a poder ser. Sólo así lograremos ser recibidos en Acrón sin que caiga sobre nosotros alguna terrible sentencia.

Todos los componentes del Estado Mayor conocían sobradamente al vicealmirante, sabían que era inútil toda objeción cuando se trazaba un pan y se libraron muy bien de oponer nada a su conclusión. Por otra parte, sabían que cuanto había expuesto era cierto y que si deseaban regresar a Acrón con posibilidades de sobrevivir y no ser degradados, debían llevar algo que calmase al Gran Drago.

El jefe del Estado Mayor intervino entonces:

—¿Tienes alguna idea?

—Tengo varias ideas, pero no se cual de ellas será posible poner en práctica. Ahora tomaremos tierra en el Desierto Rojo, estudiaremos la situación, trataremos de ponernos en contacto con el resto de nuestra gente que ha logrado refugiarse en él; es posible que encontremos algunos con vida. Tomaremos el pulso al planeta y luego actuaremos rápidamente, sin contemplaciones. Llevamos reservas de torpedos atómicos de tipo normal y con ellos podremos cubrir bien nuestra retirada caso de ser descubiertos. Y si hemos de morir, prefiero hacerlo aquí con todos los honores, luchando según corresponde a nuestra casta de guerreros, que en Acrón, vilipendiado y escarnecido. ¿Algo que oponer?

—Nada que oponer. Todos pensamos como tú. Somos guerreros y es preferible caer como tales a vivir mendigando una gracia que no habremos merecido. No podemos admitir que nuestra casta vaya degenerando a tales extremos.

* * *

Algunas de las unidades de protección de los «destructores de mundos» que habían penetrado en la atmósfera del planeta con los grupos de desembarco, al ver frustrados sus planes por la enérgica actuación de los roto-aviones, viéndose irremisiblemente perdidos al comprender que no podían escapar a la acción de las terribles ondas ultrasónicas, llevados de un insano furor en parte y tratando de huir, por otra parte, del peligro de ser desintegrados por las bombas atómicas de que eran portadores, se deshicieron rápidamente de éstas lanzándolas sin objetivo alguno sobre el planeta con la exclusiva finalidad de producir el máximo daño posible.

Las explosiones, a pocos metros de la corteza del planeta, fueron como terribles martillazos dados por ciclópeos músculos sobre tal corteza, haciendo temblar la tierra espantosamente, repercutiendo en sus alrededores, propagando las ondas a lo largo y profundo de las capas geológicas, llevando el espanto más terrible a los seres que se habían cobijado en las entrañas del planeta, quienes por momentos llegaron a sentir que, después de tantos sufrimientos, había llegado un terrible fin, que iban a morir aplastados, deshechos por los derrumbamientos que necesariamente se debían producir.

Pero no sucedió nada de eso y la calma se fue restableciendo lentamente, volviendo la serenidad a los ánimos y al fin, cuando terminada la dura batalla y tras pasar el cometa como señal de la misma dio Cris el parte de que todo había terminado con la más rotunda victoria, los mismos que primero habían buscado penetrar en lo más profundo para librarse de las explosiones, fueron los primeros en desear salir a la superficie ansiosos de respirar el aire puro, de recrearse en la contemplación de los horizontes. En un momento se olvidaron los peligros pasados y los que podían aguardarles y una vez más el profesor Añúa hubo de imponerse, apoyándose en las fuerzas armadas para contener a los más impetuosos hasta restablecer totalmente el orden.

—La lucha ha terminado y hemos vencido, pero necesito tranquilidad y orden. El enemigo puede volver y hay que organizar la vida de forma que les sea fácil a ustedes refugiarse ordenadamente y con rapidez en estas zonas subterráneas y antes de permitirles la salida debo, al frente de los servicios especiales, acotar las zonas afectadas por la radiactividad, determinar los lugares hacia donde el aire ha llevado las nubes atómicas y tomar las precauciones lógicas para que no sean ustedes dañados por los residuos radiactivos esparcidos por la atmósfera. Una vez pasado el peligro hay que organizar rápidamente el trabajo, la producción de armamento y elementos de defensa que les aseguren un futuro de independencia y seguridad ante las

insensateces de cualquier enemigo que pudiese surgir. Así es que, a tener tranquilidad y a trabajar todo el mundo, cada cual en el lugar para el que sea útil según lo que determinen las secciones que se han encargado de dirigir la producción. Nada más, amigos.

CAPÍTULO III

EL RAPTO DEL CIENTÍFICO

Igual que el zirconio posee la propiedad de detener los neutrones —partículas emitidas por el átomo al desintegrarse y que causan la reacción en cadena—, una aleación de tal metal vitrificado y plomo, y de cuyo material se habían confeccionado una especie de trajes debidamente articulados y suficientemente flexibles, protegía al doctor Añúa y a los componentes de los grupos especiales que bajo sus directas órdenes se lanzaron a la exploración del planeta para aislar las zonas afectadas por la radiactividad, determinándolas claramente con arreglo a los datos que un tipo especial de detectores les iban proporcionando.

Afortunadamente las corrientes aéreas habían diseminado bastante las nubes, elevándolas, además, a alturas superiores a los 20.000 metros y salvo las zonas afectadas directamente por las explosiones y sus inmediaciones, el resto del territorio estaba en condiciones de habitabilidad. La nueva circuló rápidamente y el profesor Añúa, a medida que iba recorriendo las zonas en rápida inspección, iba autorizando a los moradores a que saliesen de los subterráneos para habitarlas.

En su «ataúd» o avión personal se trasladaba de un lugar a otro, mostrándose incansable, atento a resolver todos los problemas que se le iban planteando, surcando el espacio a velocidades punto menos que prohibitivas, salvando montañas, ríos...

Y de improviso, cuando recorría con una reducida escolta los límites del Desierto Rojo, sobrevino el ataque de los «destructores de mundos» dirigidos por el vicealmirante «J-32.957», que cayeron sobre ellos rápidamente.

Los servicios de información de los «destructores de mundos» habían funcionado eficientemente pese a las muchas dificultades con que tropezaban, teniendo que trabajar continuamente entre las sombras, sin dejarse ver un solo instante por las diferencias raciales que tan en evidencia los ponía. Y los del grupo asaltante no habían tenido más dificultad para realizar su ataque que aguardar su instante convenientemente escondidos, sabiendo de antemano al lugar por donde el profesor debía pasar y la reducida escolta que llevaba.

Sendas descargas eléctricas habían derribado a los pequeños aviones, sin darles tiempo a preparar sus defensas e inmediatamente los «destructores» habían caído sobre sus ocupantes que se habían lanzado en paracaídas al verse obligados a abandonar los aparatos.

La lucha fue corta y feroz, quedando carbonizados los dos escoltas que acompañaban al profesor Añúa; cayendo desintegrados, de la parte contraria, cinco seres, tres de ellos alcanzados por las certeras ráfagas del profesor, a quien se le ofrecieron unas mejores posibilidades de resistencia al tener los atacantes que respetar su vida por encima de todo; pero pese a ello, el profesor fue finalmente arrollado por la superioridad numérica de los «destructores» que, una vez lo tuvieron en su poder se apresuraron a meterlo en la aeronave despegando seguidamente, ascendiendo en vuelo casi vertical pero huyendo de las rutas aéreas normales que sabían más vigiladas que el resto del espacio.

Una vez lograron vencer la gravedad del planeta saliendo a los espacios libres ordenó el vicealmirante que los motores fuesen paralizados, marchando silenciosamente gracias a la velocidad adquirida, despegándose del planeta en los primeros millares de kilómetros sin rumbo fijo, dejándose llevar un poco a la ventura sin atreverse a emplear los detectores para que su presencia no fuese descubierta. Y posteriormente, tranquilos ya al saberse fuera de las zonas vigiladas por los terrestres, enderezaron el rumbo hacia Acrón, el planeta donde residía entonces la dirección máxima de los «destructores de mundos»: «A-1», conocido también con el título de el Gran Drago, y su Consejo Central de Gobierno.

El vicealmirante, una vez estuvo cerca de Acrón, se apresuró a informar al Gran Cuartel General de los «destructores de mundos» las vicisitudes por que había pasado, las órdenes que había recibido del almirante «J-16.522» y como debido a la obediencia que había tenido que prestarle se había visto arrastrado a la espantosa derrota, refiriendo luego como había intentado paliar tal fracaso, del que no era culpable, y que llevaba en la aeronave al científico autor de la serie de derrotas que habían sufrido en los diversos encuentros tenidos con los terrestres, el hombre que podría transformar la industria y la producción bélica de ellos para ponerlos en condiciones de aplastar a sus enemigos.

Exageró el vicealmirante la nota, cargando al profesor Añúa un extraordinario bagaje de calidad científica, presentándolo poco menos que como a un mago, dándole calidad para hacer resaltar el valor de su servicio, tapando así la parte de fracaso que pudiera corresponderle. Conocía el vicealmirante el carácter duro, arbitrario, pero dado a las novedades del Gran Drago y sabía que tal era la forma de llegar a impresionarle favorablemente, predisponiéndolo en su favor.

El profesor Añúa había sufrido fuerte desvanecimiento al ser golpeado, pero había logrado recuperarse totalmente y se hizo cargo inmediatamente de la situación que tenía planteada, máxime después

de escuchar el informe realizado por el vicealmirante.

Hallábase el profesor cuidadosamente amarrado a uno de los asientos de la aeronave, bien vigilado para que no pudiese realizar movimiento alguno que comprometiese la seguridad del vicealmirante y los suyos.

Cuando el vicealmirante termino de dar su informe se abrió en la aeronave un paréntesis de ansiedad, aguardando la decisión del Gran Drago, y el profesor captando el ambiente y deseando agudizarlo, se dirigió al vicealmirante:

—Sabes perfectamente que estás ofreciendo a vuestro Gran Drago una mercancía inservible y lo haces a conciencia, por librarte de la muerte infamante que has merecido. Sabes bien que no os serviré jamás y sin embargo quieres venderme por tu derrota, una derrota que habéis merecido por vuestra ineptitud y vuestra cobardía.

—Harás bien en callar y en someterte, sabio profesor. Si conocieras a nuestro Gran Drago como le conozco yo, no pensarías que no le servirás. El es hombre que no retrocede ante nada ni ante nadie y tú claudicarás como todos.

—Dices eso porque piensas que soy tan cobarde como tú.

—Y lo eres. Si no lo fueses no me insultarías sabiendo que no puedo responderte. Perteneces al Gran Drago y no puedo luchar contigo.

—Es una forma muy hábil de escurrir el bulto; pero no te servirá de nada. Veremos qué respondes al Gran Drago cuando yo le haga un relato real de como y por qué perdisteis la batalla. Dos flotas con superior armamento, con superioridad numérica aplastante y son arrolladas por ocho aeronaves. Es risible y creo que haces un mal negocio presentándorne ante tu Gran Drago. Si él te perdona porque me has tomado prisionero, tan pronto yo le informe te hará ahorcar, así como a tus colaboradores.

—Tú no harás eso, profesor. Si haces tal cosa peligrarán las personas que tú más quieres. Durante mi corta estancia en «D-3» he podido informarme de cosas que te conciernen. Yo soy un hombre que no pierde la serenidad fácilmente, que sé prevenir las cosas y es difícil hallarme descolocado. Ya has visto que cuando todos los míos eran destrozados, yo lograba penetrar en el planeta y apoderarme de ti. Y si mi aeronave hubiese llevado torpedos superatómicos, a estas horas el planeta «D-3» hubiese sido «secado», después de haberme apoderado de ti, quedando cumplidas por mi parte las ordenes recibidas del Gran Drago. Pero que no lancen los tuyos las campanas al vuelo, porque volveré y entonces no escaparán.

En tal momento llego la ansiada respuesta del Gran Drago, en sentido favorable si bien un tanto condicionado, y en la aeronave de los «destructores de mundos» reinó un ambiente de franca euforia que

contrastaba bastante con el anterior pesimismo.

—Ya lo sabes, profesor. Tu silencio será la mejor ayuda con que tus amigos pueden contar.

—Otra vez vuelves a vender lo que no te pertenece. Eres incorregible, vicealmirante.

* * *

Habíase adormilado el profesor Añúa, agotado por el incesante trajín de las últimas horas en «D-3» y por la alerta vigilia en que se había mantenido desde que recobrara el conocimiento después de ser apresado, cuando se sintió un tanto bruscamente despertado al chocar la aeronave contra la pulida superficie de la pista de aterrizaje, notando que perdía velocidad rápidamente al extremo de quedar detenida en un espacio relativamente corto.

El vicealmirante, que había dirigido personalmente la maniobra de toma de tierra se mostró satisfecho de la pericia con que tal maniobra había sido realizada. Después del triunfo conseguido cuando ya todo estaba perdido para él y sus colaboradores, sentíase íntimamente satisfecho, eufórico; y tal euforia se reflejaba en su rostro al desposeerse de la escafandra y dirigirse al profesor.

—Nos hallamos ya en Acrón, profesor. Abre bien los ojos porque seguramente verás cosas dignas de tu interés. Y una advertencia. No intentes desposeerte de la escafandra porque este aire de aquí resultaría fatal para tus pulmones y tu sangre. Está cargado de un gas metálico necesario a nuestro organismo, pero fatal para el vuestro. Uno de los castigos que damos aquí a los esclavos que no obedecen es desposeerlos de la escafandra. Cuando les ocurre tal cosa van perdiendo la vista y el oído paulatinamente, más tarde pierden el tacto y la piel comienza a llenárseles de horribles pústulas y acaban medio locos, aullando como perros rabiosos. Es una muerte mala, desagradable para el que la contempla.

—¿Es una amenaza, vicealmirante?

—No. Ya te he dicho que sólo una advertencia.

Maniobró el vicealmirante para abrir la puerta de la carlinga y automáticamente se apagaron las luces interiores de la aeronave, entrando por la portezuela abierta una luz solar fuerte, casi cegadora, que hubiese molestado al profesor en la vista a no ser por la protección de los transparentes de su escafandra.

El vicealmirante fue el primero en saltar a tierra volviéndose hacia el profesor.

—Vamos, profesor. Si te comportas como un buen chico, te consideraremos más como un huésped que como un prisionero, y cuenta que tales cosas no se ven con frecuencia en Acrón tratándose

de uno de vosotros. ¡Vamos, desátenlo! —terminó el vicealmirante dirigiéndose a dos de los miembros de su escolta personal.

El profesor Añúa sintió sus miembros libres de las ligaduras que lo habían inmovilizado al asiento de la aeronave y sin grandes prisas estiró sus músculos para desentumecerlos y ponerlos en forma. Quería que los «destructores de mundos» lo vieran ágil, fuerte. Sabía que el odio hacía el hombre tal como él era se mantenía vivo entre los «destructores» por medio de un activo y continuo recordatorio de lo sucedido siglos atrás entre las dos especies y deseaba estar dispuesto a rechazar cualquier agresión que se pudiese producir. Antes de poner pie en tierra adivinaba la hostilidad con que se le esperaba. Sabía también que entre aquella especie de seres divididos en castas causaría más impresión, sobre todo entre las castas inferiores, su fortaleza física que su inteligencia.

Cuando se consideró en condiciones, se puso en pie, se tomó un par de comprimidos para desterrar totalmente el cansancio y recuperar energías y moviéndose ágilmente se dirigió a la puerta de la aeronave saltando a tierra sin aceptar la ayuda que el vicealmirante le ofrecía.

A la vista del profesor se ofreció entonces un panorama extraño, que no podía imaginar ni aun dejándose llevar de la más exaltada fantasía. Las coloraciones de la tierra y de las montañas eran fuertes y brillantes e iban desde el rojo a los violetas, pasando por ricas gamas da amarillos, verdes, azules, en particular estos dos últimos colores. Y en lo que a formas se refería, se daban en tal paisaje las más extrañas, tanto en las montañas lejanas como en lo que tenía más próximo a la vista y que lo mismo podían ser monumentos primitivos que formaciones naturales de atormentadas formas, semejando extraños seres o animales más extraños aún, tal que si hubiesen sido sorprendidos y vitrificados en plena carrera.

—Ciertamente resulta notable todo eso, vicealmirante. ¿Monumentos?

—Nada de eso. Aquí no perdemos el tiempo en tales futesas. Son formaciones naturales que no corresponden exactamente a nada de lo que se conoce en el mundo de ustedes. Esas formas tienen mucho de vegetal, bastante de mineral y hasta algo de animal. Una extraña mezcolanza. La naturaleza en este planeta que hemos adoptado es de una gran simpleza en medio de su misma grandiosidad. La vida vegetal, la animal y la mineral están estrechamente unidas, tanto que sólo contadas especies pertenecen a un solo reino y aun estas tienen algo de los otros; pero tales cosas te las explicarán mejor nuestros científicos que, sin llegar a tener la talla intelectual tuya, son bastante competentes. Y ahora, vamos. Veo que nos esperan algunos miembros del Gran Consejo Central de Gobierno. Espero que no los defraudes.

Estoy seguro de que el Gran Drago esta impaciente por conocerte. Es hombre instruido, de recia personalidad e ideas muy particulares.

Mientras hablaba Añúa con «J-32.957», habíanse ido apeando de la aeronave los componentes de su Estado Mayor, viéndose ambos personajes rodeados de ellos. Entre el vicealmirante y los suyos no se cruzó una sola palabra, pero una sola mirada de aquel bastó a hacer comprender a cada cual qué era lo que esperaba de ellos. Captó Añúa la mirada y comprendió que su aprehensor no estaba muy tranquilo. Sintió ganas de intranquilizarlo más y se dirigió a el con ingenua expresión:

—Y dime, vicealmirante. ¿Puedo contar al Gran Drago la estratagema de que se valieron mis compañeros terrestres cuando una sola de sus aeronaves se metió entre vuestras dos formaciones, disparando a ambos lados y haciendo que os enzarzarais en dura batalla entre vosotros mismos?

—Eres lo bastante inteligente para no necesitar respuesta, profesor. Me bastará con que pienses en tus amigos y en esta joven ayudante tuya. Al Gran Drago le agradaría verla, la consideraría un excelente regalo. Nuestras mujeres tienen la piel cubierta de finas escamas metálicas, de un bello efecto visual, pero al tacto, hay que reconocer que es bastante más agradable la piel de vuestras mujeres.

La amenaza era clara, pero el profesor Añúa no exteriorizo la menor impresión al escucharla, contemplando con evidente gesto de desprecio al vicealmirante, el cual, haciendo caso omiso de la respuesta que el profesor pudiese darle, adelantó unos pasos para saludar a los que le aguardaban.

Observó Añúa entonces que tanto el vicealmirante como los componentes de su Estado Mayor habíanse colocado las escafandras y que en el grupo que aguardaba, la llevaban puesta todos a excepción de uno, que descollaba en primera fila por la majestad que imprimía a, sus movimientos y por su gesto altivo, soberbio.

Fue a él a quien se dirigió el vicealmirante primero, dando grandes muestras de respeto y sumisión, adoptando con ello una postura semejante a la adoptada por el resto del acompañamiento, cuyos componentes se mostraban en todo momento pendientes de las palabras y los deseos del arrogante personaje.

No pudo divisar Añúa[4] lo que dijeron los dos hombres, pero apenas cambiadas dos o tres series de signos luminosos se volvió el vicealmirante hacia uno de los hombres de su escolta y le dirigió una expresiva orden:

—Trae aquí el arma que arrebatamos al prisionero.

Añúa no había pensado en tal cosa. Al volver en sí una vez dentro de la aeronave de los «destructores de mundos» no había visto su pistola desintegradora, pero había pensado que había quedado

destrozada en la lucha que había sostenido con sus aprehensores; pero sus cálculos habían sido erróneos y allí estaba el arma en manos del enemigo.

Aquello constituía un verdadero contratiempo ya que el arma, en manos de los científicos «destructores» les permitiría estudiar la forma de acumular y dominar la energía atómica. En aquella pequeña arma estaban los principios de tal logro y con ella en su poder no tardarían en poder construir miles de armas semejantes, de subfusiles e incluso emisoras de rayos de gran alcance, verdaderos cañones de rayos atómicos como los que llevaban sus aeronaves. Y si el ejército de los «destructores de mundos» llegaban a poseer tal arma, ya podían los hombres de la Tierra ir pensando en retirarse, dejando abandonados a su suerte a los habitantes de aquellos mundos o por el contrario, volcarse, interviniendo totalmente en una guerra que no estaban en condiciones de mantener a tan considerables distancias.

Tales pensamientos pasaron velozmente por la mente del profesor Añúa y sintió como el escolta del vicealmirante avanzaba, llegando hasta su altura, rebasándolo. Llevaba el arma entre las dos manos tal que si la fuese a presentar en bandeja y Añúa, sin detenerse a pensar en las consecuencias que su acto podía tener, se abalanzó sobre él y arrebatándole el arma con rapidez a tiempo que, para asustarlo un tanto, exclamaba:

—¡Cuidado! ¡Va a explotar!

Con celeridad pasmosa, una vez el arma en sus manos rompió Añúa el dispositivo de seguridad e inmediatamente lanzó la pistola lejos de sí y de donde se hallaban los «destructores de mundos»; y apenas si el arma había llegado a tomar contacto con el suelo, cuando explotó destrozándose, llegando a caer algunos de los restos entre ellos.

De forma instintiva, los componentes de ambos grupos se habían lanzado a tierra, comenzando por el personaje que se hallaba destocado, permaneciendo únicamente en pie el profesor Añúa y el vicealmirante, el cual se volvió hacia el profesor con gesto imponente, furioso.

—Te voy a hacer ejecutar en el acto, profesor. Eso ha sido un sabotaje, una rebeldía que no estoy dispuesto a tolerar.

—No te conviene hacer tal cosa, vicealmirante. La curiosidad del Gran Drago quedaría defraudada y tal vez pensase entonces en investigar las causas de vuestra derrota. A esa clase de seres hay que ofrecerles distracciones para que olviden lo que no conviene que recuerden. Además, esto no ha sido un sabotaje sino que, por el contrario, debías estarme agradecido. A no ser por mí hubieseis muerto, ya que el arma habría hecho explosión en vuestras manos. El hombre que la portaba, por desconocer su manejo, había soltado los

dispositivos de seguridad y la suerte que habéis tenido es que lo he visto con tiempo suficiente para retardar la explosión y que esta se produjese algo lejos de nosotros.

El vicealmirante estaba seguro de que el profesor Añúa mentía, pero a él mismo le convenía aceptar la explicación dada por el científico y volvió la espalda a éste, apresurándose a correr en auxilio del digno personaje que se levantaba ya, ayudado por los componentes de su séquito.

—Ha sido un accidente por desconocimiento del manejo de tal arma —se apresuró a explicar el vicealmirante al profesor—. Gracias a arrojo del prisionero no nos ha explotado en las manos, con peligro para nuestras vidas.

—Es extraño que el prisionero se haya arriesgado por salvarnos —respondió el personaje, dirigiendo una curiosa mirada al profesor.

—A mí no me ha extrañado, porque al arriesgar lo hacía por él que estaba tan en peligro como nosotros mismos.

—¿Y ese ser tan parecido a los esclavos que tenemos posee unas cualidades tan extraordinarias como las que has manifestado, vicealmirante?

—Es un auténtico sabio, capaz de arrollar con su sabiduría a todos nuestros científicos.

—¿Y al propio Gran Drago?

—Me temo que sí, aunque pueda parecer una irreverencia. Tal cosa no tiene nada de extraño porque en el planeta de donde proceden están bastante más adelantados que nosotros. El nivel medio de sus hombres es muy superior al de los nuestros y lo que allí consideran una medianía, entre nosotros pasaría por un sabio. Ellos están muy por encima de los habitantes del planeta «Star-II» que, como sabrás, en muchas materias son muy superiores a nosotros.

—Es algo extraordinario. Sin embargo, siento que esa arma haya sido destrozada y tal cosa no le agradará al Gran Drago. Desde que recibió tu informe no ha pensado en otra cosa.

—Tú mismo has visto que ha sido imposible conservarla. Pero eso no tiene gran importancia. Nuestro científico construirá otras más perfectas y poderosas aún que esa.

—Adviértele que va a tener el honor de comparecer ante el Gran Drago y el Presidente del Consejo Central de Gobierno, que no debe defraudarle ni defraudarnos.

—No es necesario que le digamos nada. El ha entendido ya y no espero que en principio se muestre muy complaciente. Temo que tengamos que obligarle a deponer su rebeldía, pero prefiero que se encargue de ello nuestro Gran Drago con su sabiduría incomparable.

Añúa, que les había estado observando, había comprendido cuanto el personaje había dicho pero sin embargo no había podido

captar las ideas expresadas por el vicealmirante, ya que éste se hallaba de espaldas a él.

Pero no le importaba gran cosa. Habíase trazado una firme línea de conducta que estaba dispuesto a seguir sucediese lo que sucediese. No colaboraría en absoluto con aquellos monstruos.

Hallábase en tal momento de sus pensamientos cuando aparecieron una serie de vehículos, los cuales tenían la forma de un gran proyectil de ancha base rodeados de una corona circular de no demasiado espesor y en la cual estaban los propulsores, motores cohete de bastante potencia.

—Vamos, vicealmirante —ordenó el personaje—. El prisionero vendrá con nosotros.

El vicealmirante retrocedió entonces hasta donde el profesor se hallaba y lo tomó de un brazo:

—Vamos, acompáñame. El Gran Drago nos espera. No olvides lo que te he dicho.

—Tengo buena memoria, vicealmirante.

Por la escalerilla automática ascendieron los dos «destructores», Añúa y dos miembros de la escolta del personaje a uno de los recién llegados vehículos, cuya carlinga estaba constituida por la parte superior del proyectil y una vez acomodados en ella, dio el personaje la orden de partir, observando Añúa que los motores establecidos en la corona circular se ponían en acción, haciendo trepidar en principio al vehículo para luego ir normalizando su marcha hasta alcanzar el momento del despegue que lo realizaron sin brusquedad alguna, elevándose rápidamente tal que si de un potente cohete se tratase. Calculó el profesor que se habrían elevado unos 300 metros, cuando la corona circular donde iban los motores se desplazó del lugar en que se hallaba, cambiando de posición y el vehículo cesó en su vuelo ascensional para realizarlo en forma horizontal, avanzando a una velocidad no inferior a la ascensional,.

Los dos «destructores de mundos» no perdían de vista al profesor Añúa, espiando sus reacciones, buscando en ellas la expresión que le podía merecer sus adelantos; pero como Añúa no dijese nada, el vicealmirante se dirigió a él.

—¿No te asombran un poco nuestros «autos-volantes»?

—No me agrada responder a la ligera, vicealmirante, pero los encuentro un poco complicados. Mas su creador sabrá por que os ha realizado así. Seguramente responderán a unas determinadas necesidades.

—Algo de eso hay.

—Siento haberle defraudado, vicealmirante, pero supongo que no será la última vez.

El profesor dirigió la vista hacia el paisaje que tenía a sus pies, en

el cual había aparecido algo que seguramente era una gran ciudad, la mayoría de cuyos edificios, de material brillante, ricos de color, tenían la forma de medio huevo de gigantescas proporciones, hallándose los unos bastante próximos a los otros, a excepción de uno de mayor tamaño que los restantes y el punto máximo de cuya cúpula se elevaba a lo menos doscientos metros del suelo, y el cual se hallaba en el centro de la ciudad.

Pero lo que más extrañó al profesor Añúa de tales edificios no fue su forma, su coloración ni su emplazamiento, sino el hecho de que carecían en absoluto de ventanas, no apreciándose tampoco simple vista hueco alguno por el que se pudiera entrar en ellos.

—Al fin parece que te asombra algo de lo nuestro. No busques. No tienen ventanas, ni las necesitan y en cuanto a las entradas, ahora las verás. Están en el eje del edificio. Fíjate bien.

El «auto-volante», tal como el vicealmirante lo había bautizado, produjo en tal momento una vibración extraña. Llegaban al edificio más alto, el que se hallaba aislado de los demás y coincidiendo con la vibración producida por el vehículo, observó Añúa que en la parte superior de la cúpula se abría un gran orificio circular al ceder hacia abajo la parte de la cúpula; y el vehículo que se hallaba sobre ella, volvió a variar la colocación de la corona circular que tornó a su puesto primitivo, parando los motores cohete, comenzando a descender entonces el «auto-volante», lentamente, con el auxilio de las aspas del helicóptero instaladas en lo alto del proyectil y que hasta tal momento se habían mantenido pegadas.

—¿Qué me dices ahora, profesor? —interrogó el vicealmirante visiblemente interesado.

—Me sigue pareciendo muy complicado. Nuestros roto-aviones son bastante más simples que estos y se elevan con mucha mayor rapidez, igual que su vuelo horizontal; y luego son capaces de descender totalmente a plomo y aterrizar en el espacio justo que necesitan por sus dimensiones. Están ustedes excesivamente obsesionados por la aerodinámica, como los habitantes del planeta «Star-II» por la electrónica y esto les impide desarrollar de una forma armónica los otros interesantísimos aspectos que plantean las necesidades de la civilización. Les queda mucho que aprender aún.

—No lo ignoro, profesor, y por eso te he traído aquí. Estoy seguro de que serás un buen maestro para nuestros científicos.

—¿Tú crees? Yo que tú, no confiaría en tal cosa.

—Yo sí confío en ella. Y te quiero hacer otra advertencia. No bebas agua que no este bien filtrada. Nuestra agua también contiene metales en disolución, como el aire, y te iría envenenando lentamente. Su acción en tu organismo sería más nociva aún que la de nuestro aire y el final sería bastante más doloroso aún. Y conste que no lo digo

para impresionarte.

El «auto-volador» descendía en tal momento, penetrando por el orificio abierto en el techo del edificio, orificio que fue cubierto rápidamente tan pronto como el vehículo hubo entrado.

CAPÍTULO IV

EN LA CORTE DEL GRAN DRAGO

El profesor Añúa sentía gran curiosidad por conocer a las mujeres de los «destructores de mundos», pero desde que descendió del «auto-volante» una vez dentro del edificio, hasta que llego a presencia del Gran Drago, no vio una tan sólo en el vasto palacio.

Para llegar hasta el ser máximo de los «destructores» había tenido que recorrer entre los dos personajes que le acompañaban y seguido por reducida escolta, vastas salas cuyas puertas se abrían ante las señales luminosas de sus acompañantes sin que mano alguna las tocara, lo mismo que los ascensores en que hubieron de descender hasta los pisos inferiores donde el Jefe Supremo de los «destructores de mundos» se hallaba. Todo aquello debía ser de reciente invento para aquellos seres, pues durante todo el recorrido observó Añúa que los dos «destructores» que le acompañaban no cesaban de mirarle de soslayo deseando sorprender sus impresiones.

Y al fin llegaron a una vastísima sala donde, en una especie de sencillo trono se hallaba sentado, con la cabeza descubierta, el Gran Drago.

Era este un personaje de aspecto impresionante, recio, de facciones que parecían talladas en piedra por un artífice que no se hubiese preocupado de suavizar las aristas, y cuyos ojos, de las mismas características de los que ya Añúa conocía, miraban fijamente como tratando de penetrar hasta el fondo de las conciencias.

—Adelante, prisionero. Deseo contemplarte de cerca. Despójate de la escafandra. Te autorizo a ello por una sola vez. Quiero ver en tus facciones si eres tan inteligente como me han asegurado.

Sorprendió bastante al profesor Añúa el escuchar la voz del Gran Drago, una voz de timbre agradable e inmediatamente pensó que allí debía haber algún artificio. Era imposible que aquellas toscas trompetillas que teman los extraños seres en lugar de la boca, se produjesen con tal riqueza de sonidos. Comprendió entonces que los destellos luminosos se trasformaran en sonidos y que también este hallazgo era relativamente nuevo para los «destructores de mundos». Pero algo llamó entonces su atención. En torno a él se produjo una especie de trompetilleo o sordo murmullo que hizo levantar la cabeza al Gran Drago, dirigiendo su mirada a los seres que se hallaban en la vasta sala. Y su voz se dejó oír de nuevo, dirigiéndose a los que protestaban:

—Está bien. Podéis despojaros también vosotros de las

escafandras, pero solamente durante el tiempo que lo permita al prisionero. No quiero que seáis menos que él, pero tampoco que se resquebraje la disciplina.

Las palabras del Gran Drago y lo que ya «Mat-Roe»[5] le había referido, le hizo comprender al profesor que el llevar colocada la escafandra se consideraba entre los «destructores de mundos» como muestra de respeto hacia las jerarquías superiores. Tal era también el motivo del por qué las clases inferiores llevaban la escafandra soldada al traje metálico, sin poderse despojar de ella ni aun para descansar, permitiéndoseles únicamente cuando no se hallaban entre clases superiores, el que pudiesen abrir un pequeño ventanillo con celdillas que llevaban ante la trompetilla.

Mientras hacia tales observaciones se despojó el profesor Añúa de la escafandra y adelantó hacia el Gran Drago, quien le contempló con evidente curiosidad.

—Si. Eres inteligente y voluntarioso. Son dos cualidades admirables, si se saben usar. Ponte de nuevo la escafandra, no quiero que nuestro aire estropee tus pulmones y tu sangre. Necesito de ti y sólo pueden servir las personas que están en plenitud de facultades. Pero veamos. ¿Dónde está esa prodigiosa arma de que me informaste, vicealmirante? —añadió el Gran Drago dirigiéndose a «J-32.957».

—Ha sido destruida, invencible Gran Drago.

Los ojos del aludido chispearon dando la sensación de que se iba a desencadenar la tormenta, pero el personaje que había ido a recibir al vicealmirante se apresuro a hablar explicando lo sucedido; pero no había terminado aún de hablar cuando el Gran Drago se expresó de nuevo, pero esta vez con inusitada violencia.

—¿Cómo es posible que os hayáis dejado engañar de esa manera? Este hombre se ha burlado de vosotros, ha jugado con vosotros como si fuerais niños. Lo que ha hecho no ha sido ni más ni menos que un sabotaje. Y ya sabéis cómo quiero yo que se actúe en tales casos. Debierais haberlo ejecutado inmediatamente.

—Y lo hubiera hecho de no haber conocido yo tales armas y sus desastrosos efectos cuando por una torpeza del que las maneja saltan los dispositivos de seguridad. El profesor no nos mintió y debo agradecerle mi vida como el Presidente adjunto la suya. En realidad tal incidente no tiene importancia, ya que el prisionero puede realizar los modelos para que nuestras fábricas produzcan tales armas. Él puede enseñarnos como se logra dominar y acumular la energía atómica.

—Si es así, olvidaré el incidente. Veamos, prisionero. ¿Estás dispuesto a trabajar para nosotros? Gozarás de entera libertad, tanta o más que nuestras castas privilegiadas y te cederé a mis mejores esclavas. Dispondrás además de una buena habitación, si lo deseas, en

mi propio palacio y de las instalaciones que necesites para tu buen desenvolvimiento. ¿Qué me respondes?

Tanto el vicealmirante como el Presidente adjunto contemplaron al profesor con verdadera ansiedad. Estaban vivamente interesados en la cuestión y temían que Añúa se negara a trabajar, ya que entonces la cólera del Gran Drago se volvería contra ellos por no haber tomado las precauciones debidas para evitar el accidente del arma.

El profesor Añúa sabía algo de eso y sintió viva complacencia en prolongar los sufrimientos, la ansiedad de ambos; dirigió sus miradas hacia los dos interesados y tornó luego a posarlas sobre el Gran Drago que daba la sensación de comprender lo que sucedía en el interior del terrestre.

—¿Y bien? —apremió al no responder Añúa.

—Me extraña que un hombre de tu talla haga tales preguntas, invencible Gran Drago. ¿Serías tú capaz de traicionar a tu pueblo? ¿Crearías tú las armas que luego se habrían de dirigir contra él? Yo no tendría inconveniente en trabajar para vosotros en bien de vuestro progreso, del bienestar de vuestras gentes, si nuestros pueblos respectivos viviesen en paz. Pero ¿cómo puedes pensar que realice tal cosa cuando llevas una dura política de agresión? ¿Cuando sin mediar provocación alguna te has lanzado sobre nosotros de la forma que lo has hecho? No me he vuelto loco ni soy traidor, Gran Drago, y no colaboraré. Pero sí te digo que podríamos llegar a un entendimiento en ese sentido y no sería yo el único técnico que se prestaría a ayudaros cuando se laborase para una paz. Y para eso tendrías que empezar por devolver a sus respectivos planetas los muchos prisioneros que retienes esclavos.

Demostró el Gran Drago tener gran dominio sobre sí, que no se inmutó. Antes bien, se dirigió con cierta sorna al Presidente adjunto y al vicealmirante.

—¿Qué os parece? ¿No decía yo que se había burlado de vosotros? Pero de mí no se burlará, os lo aseguro.

A medida que hablaba, la expresión del Gran Drago se tornaba más dura y sus ojos fulguraban, dirigidos ora al profesor Añúa, ora al vicealmirante y al Presidente adjunto.

—Profesor Añúa, si no colaboras, morirás; pero no ejecutado. Eso seria demasiado rápido y yo quiero dar margen a que puedas arrepentirte cuando aún sea tiempo y volver de su heroico acuerdo. Irás a parar a una de nuestras mazmorras donde estarás desprovisto de esa escafandra que evita el envenenamiento de tu sangre y tus pulmones. Beberás de nuestra agua y respirarás nuestro aire. Ello te hará variar de opinión. Y para que estés atendido como mereces y tengas quien te recuerde en todo momento cual será tu final si no varias de idea, será tu carcelero el vicealmirante «J-32.957». Será el

castigo a su negligencia y no volverá a recobrar su rango hasta que tú te arrepientas o mueras.

Recibió el profesor la decisión del Gran Drago dando muestras de la más tranquila indiferencia y al final una mirada sobre el que debía ser su carcelero notó, pese a la escafandra, que el cutis de éste se tornaba de un color terroso y que sus miembros temblaban casi imperceptiblemente.

Ninguno de los presentes se atrevía a alzar la vista del suelo, dominando en la vasta sala un profundo silencio que fue interrumpido seguidamente por la explosión de cólera del Gran Drago, quien, sin poderse contener ya, lanzó una especie de bastoncillo contra la cabeza del vicealmirante, señalando luego enérgicamente para la puerta:

—¡Salid! ¡Salid inmediatamente los dos!

El vicealmirante, sin atreverse a alzar la vista tan siquiera salió delante a paso rápido, siguiéndole Añúa con su paso mesurado, sin mostrar la menor alteración, en medio de un silencio sepulcral en que sus reposados pasos dominaban tal que si fuesen dueños del tiempo y el espacio.

* * *

El grupo de terrestres que se hallaban en «D-3» fueron informados por el Presidente Molday de la desaparición del profesor Añúa e inmediatamente se organizó una partida que batió concienzudamente la zona por donde el profesor debía haber pasado y no se tardó en hallar los restos carbonizados de sus escoltas y de los aparatos que habían sido abatidos por los «destructores» mandados por el vicealmirante.

Carmela Garrido, que con el Capitán Monterroble formaba en el grupo que había realizado el descubrimiento, tras un rápido examen de las huellas dejadas por el grupo atacante determinó con seguridad:

—¡Esto es obra de los «destructores de mundos». ¡Por la que les arrebatamos, conozco bien las huellas de sus aeronaves y éstas impresas aquí corresponden a una de ellas y son bien recientes! ¡Se lo han llevado, es indudable, pero aquí hay demasiadas huellas de ellos y todos no pueden haberse ido en una aeronave! Tenemos «destructores de mundos» en el planeta y si no somos capaces de descubrirlos rápidamente y aniquiladas, llegará el momento en que nos darán un serio disgusto. Usted conoce sobradamente su audacia, capitán.

—Es cierto. Batiremos bien esta zona, partiendo de estas huellas que han dejado y los localizaremos rápidamente. Montaremos un detector de elementos metálicos en uno de nuestros aviones «personales» y no podrán escapar a nuestra búsqueda.

—Es una buena idea que no se me había ocurrido, capitán. Si me

lo permite, tripularé yo el aparato y les iré señalando por radio las zonas en que los localice.

Rápidamente se lanzó al espacio Carmela pilotado uno de los veloces «ataúdes» convenientemente equipado y trazó primeramente un amplio círculo tratando de abarcar la zona en que los enemigos podían hallarse escondidos para inmediatamente ir estrechando tales círculos, no tardando en localizar el primer núcleo de «destructores», cuya situación radio inmediatamente al capitán Monterroble iniciándose seguidamente la caza.

Los «destructores» carecían casi de armas y necesariamente se hubieron de ir entregando; y tan pronto como los primeros cayeron en sus manos, inició el capitán Monterroble un severo interrogatorio hasta llegar al conocimiento de lo sucedido. Continuaba la dura batida en tanto y Carmela Garrido, terminada su misión en el aire, se había reunido con el capitán Monterroble.

—Acertó usted sargento —confirmó el capitán Monterroble—. Durante la lucha se ha podido filtrar una de las aeronaves y han raptado el profesor Añúa. Se lo han llevado a un planeta que ellos llaman «Acrón» donde reside la dirección máxima de los «destructores de mundos».

—¿Pero le han dicho la situación de tal planeta?

—¡Naturalmente, sargento! Antes yo era un ingenuo pero ahora ya no se me resisten. Los conozco demasiado y sé de sus flaquezas. Además, junto al coronel Cris se aprenden muchas cosas.

—¿Ha informado ya al coronel de la desaparición del profesor?

—No. Iba a hacerlo en este momento. Quería darle la mayor cantidad posible de datos.

—Si no tiene inconveniente me agradaría ser yo quien le llevase el informe personalmente.

—Ningún inconveniente, sargento. En realidad, prefiero que sea así.

Minutos después, Carmela, en uno de los pequeños aviones personales, se elevaba en el espacio, atravesando a una velocidad muy superior a la del sonido las diversas capas atmosféricas hasta salir al espacio interplanetario, donde entró en comunicación por radio con el superdestructor *Neptuno*, en el cual se hallaba el coronel Cris. Por radio también fue conducida hasta la aeronave que les servía allí de base y apenas en ella, sin darle tiempo para el más mínimo reposo, recibió la orden de que el coronel la aguardaba.

—¿Qué le ha sucedido al profesor Añúa, sargento? El capitán Monterroble me ha informado brevemente avisándome que usted traía el informe oficial y los datos que se habían logrado.

—Así es, señor.

Y Carmela le entregó a Cris el informe escrito, leído el cual por el

coronel, completó Carmela verbalmente con sus personales observaciones, quedando Cris en actitud de meditar cuando la muchacha hubo terminado.

—Está bien, sargento, puede retirarse —añadió al cabo de unos instantes—. Debe usted hallarse cansada después de la labor realizada. Además, celebro poder felicitarle, su comportamiento ha sido magnífico... y borra su falta de presentación a nuestra salida de «D-7».

—Gracias, señor. Deseaba pedirle un favor.

—Usted dirá, sargento.

—Desearía formar parte de la expedición que salga para libertar al profesor Añúa.

El joven coronel alzó la vista sorprendido, respondiendo luego lentamente:

—No tengo aún decidido que salga expedición alguna para libertarle, sargento. No estoy seguro de disponer de fuerzas suficientes para ello y, en todo caso, lo estudiaré.

—¡Pero es preciso ir a rescatarlo sin pérdida de tiempo! ¡Lo estarán atormentando y no vacilarán en matarlo!

—Muy lamentable, sargento. Pero el profesor Añúa, en esta ocasión, y salvando su cualidad de científico, es un soldado más y no puedo comprometer el riesgo de nuestra misión por él. No obstante, estudiaré las posibilidades y si puedo distraer un grupo para encargarlo de tal misión, lo haré, si bien no respondo que le incluya en él. En tal grupo irá gente dura, seleccionada por mí, para que tengan el máximo de posibilidades de regresar triunfantes.

—Está bien, coronel Cris. Temo que se deja usted llevar en tal decisión de sus prejuicios personales y no puedo agradecérselo. He demostrado mi capacidad de lucha y decisión y tengo derecho a tal puesto; y si me lo niega es porque empieza usted a estar celoso.

—¿Celoso yo? —interrogó el coronel un tanto sorprendido, descubriendo efectivamente en aquel momento que la muchacha no se engañaba.

—Sí, celoso, Hace poco comencé a sospechar y ahora estoy segura. Quitémonos las caretas, Cris, y hablemos de hombre a mujer. Comienzas a sentirte humillado porque ves que fracasa tu creencia de que yo terminaría por ceder. Creíste que tu dureza terminaría por vencerme y has visto que no es así. Y te has dado cuenta de las posibilidades del profesor a medida que las tuyas merman; porque te has dado cuenta de que vale más que tú. El es enérgico y entero, pero es afectuoso, dulce y carece del endiosamiento y la fanfarronería que te estropea a ti.

Carmela se detuvo un tanto asustada, temiendo una violenta reacción de Cris, pero éste permaneció impasible sin tan siquiera mover uno de los músculos de su rostro:

—Continúa, Carmela. Me interesa todo eso.

—Te divierte, ¿verdad? Eres un hombre superior que estás por encima de tales debilidades humanas, ¿no es eso? Pues óyeme bien. Estoy dispuesta a salir en busca del profesor Añúa. Estoy dispuesta a no dejarlo perecer en manos de esos monstruos o a perecer allí con él.

—Muy emocionante, pero te voy a recordar que estoy dispuesto a admitir tus censuras al hombre, pero que no estoy dispuesto a permitir que te indisciplines con el coronel; y las cosas que rayan con el servicio corresponden al coronel, y no al hombre.

Carmela frunció el entrecejo, haciendo un gracioso mohín, disponiéndose a contestar a Cris, pero éste, sin perder la línea, la atajo con el ademán, continuando:

—Admito que estoy celoso. Yo mismo no me había dado cuenta porque jamás había considerado al profesor Añúa como posible rival, pero en mi interior ha cambiado últimamente el concepto que había forjado de él. Pero al decidir sobre su suerte no pesan en mi ánimo esas pasiones tan humanas, sino mis deberes de jefe y responsable, que es lo que no estoy dispuesto a tolerar que se me discuta. Estudiaré el asunto con verdadero cariño y si existen posibilidades, habrá expedición de salvamento y si no, deberás aguantar firme en tu puesto, a menos que prefieras que te encierre. De haber expedición, de haber posibilidades, formarás en ella. Comienzo a considerar que sería conveniente que te rompieras la cabeza.

Había pasión en los dos juveniles cuerpos, pasión que comenzaba a desbordar incluso en Cris y el ambiente del pequeño local daba la sensación de hallarse enrarecido, cargado de electricidad. Por unos momentos volvieron ambos al pasado feliz de su compromiso matrimonial, de su noviazgo y pareció que iban a echarse uno en brazos de otro, borrando las diferencias que les había separado y que por momentos se ahondaban. Carmelita había dejado de ser la acusadora y Cris se sintió dispuesto a saltar la cima, pero su orgullo enfadado le hizo retirarse parapetándose nuevamente en su jerarquía.

—Está bien, sargento, puede retirarse y aguarde mis órdenes.

—A sus órdenes, señor.

Al cerrarse la puerta a espaldas de la sargento Garrido, el coronel Cris no fue capaz ya de aguantar sus nervios y pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa, sirviéndole tal cosa de desahogo.

Por su parte, Carmela, presa de encontradas ideas y pasiones se retiró a su litera arrojándose en ella tal como se hallaba, sin despojarse ni de las botas, quedando prontamente dormida, rendida por el cansancio.

Cuando despertó, se enteró de que había dormido sin interrupción el equivalente de catorce horas y se encontró con la novedad de que el coronel Cris la llamaba.

Al hallarse de nuevo frente a frente, recibió Carmela la impresión de que Cris había envejecido repentinamente. Daba la sensación de que su energía se hallaba un tanto quebrantada y que su vitalidad había menguado. La actitud de su ex-prometido conmovió a la muchacha y Cris adivinó lo que pasaba en el interior de ella, pero no se dio por aludido.

—No habrá expedición para intentar libertar al profesor Añúa, sargento. Sin embargo habrá expedición de exploración y la he incluido en ella. Sabemos ya que en el planeta Acrón es donde reside el mando supremo del enemigo y donde se hallan sus principales industrias. Interesa conocerlo antes de atacarlo para que nuestro ataque pueda resultar fructífero. Me agradaría dirigir personalmente la expedición pero es imposible. Como verá, se imponen los deberes a las conveniencias y los deseos personales. Es doloroso, puede usted creerlo, y le ruego que no lo olvide. Dirigirá la expedición el teniente Bordón. Póngase a sus órdenes y que tengan suerte.

—Si, señor. Gracias.

—Si en su labor de exploración hallasen al profesor Añúa y pudiesen rescatarlo, lo celebraría.

Al escuchar a Cris sintió Carmela una alegría retozona por todo el cuerpo y antes de que él pudiese impedirlo, se acercó y depositó un beso en una de sus mejillas.

—No has dejado de ser noble, Cris, y que me perdone la disciplina. Gracias.

Y sin aguardar la respuesta del aturdido coronel, salió corriendo.

CAPÍTULO V

ATERRIZAJE EN ACRÓN

Llevaban una serie de días en torno al planeta Acrón, eludiendo las rutas normales que empleaban los «destructores de mundos» en su comunicación con el resto de los planetas sometidos a su dominio, penetrando en la atmósfera del planeta únicamente en las zonas envueltas en noche, manteniendo parados los motores en sus descensos para evitar las detecciones en lo posible, arriesgando lo indecible con tal de evitar ser descubiertos e ir desarrollando de una forma paulatina su labor de exploración, completando, acción tras acción los datos que había requerido el coronel Cris, en audaces actuaciones ora personales ya colectivas, penetrando silenciosos como fantasmas para desaparecer raudos tan pronto asomaba el peligro, sembrando la incertidumbre entre los «destructores», cuando la sargento Carmela Garrido comenzó a pensar que el coronel se había burlado de ella, haciéndola concebir unas falsas esperanzas con respecto al rescate del profesor Añúa.

En los duros días de campaña que llevaba en torno al planeta, tantas veces como había mencionado el nombre del profesor Añúa ante el teniente Bordón, jefe de la expedición, éste había eludido hábilmente el tratar la cuestión, refugiándose en la labor que les había sido encomendada y Carmela comenzó a sentir viva antipatía por el joven teniente que se mantenía inflexible en sus planes, haciéndolos cumplir de una forma rigurosa, mostrando una firmeza y una prudencia extraordinarias. Poseía valor el joven Bordón, un valor frío, sereno, reflexivo y se mostraba audaz y hacía que los demás lo fuesen en los momentos precisos, pero sin extralimitarse jamás ni permitir que se extralimitasen los componentes del grupo.

—No quiero cobardes a mi lado pero admito la heroicidad sólo en momentos de excepción. En muchos casos la heroicidad es el recurso de los ineptos ya que actuando con eficiencia no es necesario ser héroe.

Y la decepción de Carmela llegó al colmo cuando comprendió que el teniente realizaba los preparativos para, tras los últimos datos, emprender el regreso a la base.

—Pensé, teniente, que era misión nuestra también rescatar al profesor Añúa.

—Siento defraudarle, sargento. El coronel me encomendó lo realizado como labor y me autorizó para intentar el rescate del profesor Añúa si se presentaba, sin entorpecimiento para nuestra

labor. Pero no se ha presentado tal ocasión y ni siquiera hemos logrado localizarlo. Conociendo la entereza del profesor y los bárbaros métodos empleados por los «destructores», no me extrañaría que lo hubiesen ejecutado, que lo tuviesen en cualquier oscura mazmorra e incluso que lo hubiesen trasladado de planeta. No podemos perder el tiempo en averiguaciones ni puedo arriesgar el éxito de nuestra empresa por un hombre, por mucho que este valga.

Carmela hubo de morderse los labios para contener la respuesta que añoraba a su boca. No se atrevía a indisciplinarse con el firme teniente de la forma que lo hubiera hecho de tratarse de Cris, pero a su vez un generoso impulso la llevó a prometerse a sí misma que no abandonaría la periferia de Acrón sin haber intentado salvar al profesor.

Lo peor era que el teniente Bordón no parecía dispuesto a darle oportunidad alguna y que según se desprendía de sus planes, apenas si dispondría de tiempo para nada. Al fin, cuando todo lo consideró perdido, sintió que su nombre era pronunciado por el teniente y que éste la nombraba para formar parte del grupo que debía realizar la última misión.

En tal momento Carmela sintió una alegría salvaje y por unos instantes pensó que el joven Bordón era el más simpático de todos los tenientes que había conocido.

Sin que el teniente pudiera darse cuenta, dispuesta a no dejar traslucir sus intenciones, proveyóse Carmela abundantemente de comprimidos alimenticios, de armas y de comprimidos especiales reconstituyentes, así como de vitaminas y cuando Bordón dio la orden fue la primera en lanzarse tras él, dejando que su avión personal, una vez hubieron penetrado dentro de la esfera de atracción del planeta, se precipitase a vertiginosa velocidad, sin temor alguno a que el choque con el aire se lo destrozase, teniendo que escuchar por tal motivo un llamamiento a la prudencia hecho por el propio teniente.

—No olvide, sargento...

—Sí, teniente, perdone. Había olvidado que le revientan los héroes. Si no lo considerase indisciplina me agradaría hacerle una pregunta.

—Puede hacerla, sargento.

—¿No le agradaría desempeñar una cátedra de filosofía?

—Es una lástima que carezca usted de solidez, sargento. Con su intuición llegaría muy lejos; pero es usted excesivamente apasionada y acarrearía más de un desastre a los que dependiesen de usted. Por eso no creo que, salvo excepciones, puedan las mujeres codearse con nosotros en el ejército.

—No siga, teniente. Ahora comprendo por qué el coronel le aprecia tanto.

El diálogo, mantenido a través del radioteléfono, quedó cortado por el teniente, que se apresuró a dar órdenes a los componentes del grupo que descendían con él, y Carmela, tras consultar el altímetro que se hallaba colocado ante su vista, a escasos centímetros de ella, comprendió que había llegado el momento de actuar. Los planes que cuidadosamente había madurado en pocos minutos, debían ser puestos en práctica, ya que era su última oportunidad.

—¡No puedo dominar mi aparato, teniente!

Fue un auténtico grito de angustia al que Bordón respondió prontamente:

—¡Juegue los estabilizadores!

—Ya lo he intentado, pero no obedecen. Siento como si una fuerza desconocida tirase de mí. Trepida el aparato... Se agarrotan los mandos. ¡Voy a entrar en barrena!

—Tenga serenidad, sargento. No se deje dominar por los nervios. Piense en la cátedra de Filosofía. Muy bien —añadió al notar que Carmela lograba dominar el aparato.

—He normalizado algo el descenso evitando entrar en barrena, pero de todas formas no logro dominarlo. Es él quien tira de mí y me lleva por donde quiere. Tengo la impresión de que se ha roto algo.

—Comunico con el rotoavión para que traten de evitar su caída por el control remoto. Disponga el aparato para ello.

—Ya está, teniente.

Segundos después volvía a interrogar Bordón:

—¿Cómo va eso?

—Todo sigue igual. El control remoto no ejerce influencia. Debe haber algún tirante roto y por eso no obedece. He logrado medio estabilizar y desciendo planeando en la medida que me lo permite, si bien es él quien domina.

El teniente, desde su aparato personal, vigilaba el de Carmela por detección ultrasónica y observó que aquél se desviaba del objetivo que llevaban, que no podía hacer nada por salvarlo del desastre, a menos que comprometiese por él la acción que debían desarrollar.

Por su parte, Carmela, conocedora de los puntos de vista del teniente, lanzó una nueva llamada angustiosa.

—¡Me desvío sin poderlo evitar, teniente! ¡Envíe un aparato en mi socorro!

—¡Imposible, sargento! No puedo distraer un solo aparato ni un solo hombre. Debe procurar tomar tierra lo mejor posible y mantenerse en contacto con la base por si más tarde podemos recogerla. No puedo comprometer el éxito de nuestra operación por uno de nosotros. Y corto, pues debemos comenzar a actuar.

Carmela sonrió satisfecha. Habíase salido del radio de acción de los detectores de su jefe y normalizó su vuelo, segura además de que

el teniente no volvería a preocuparse de ella mientras durase la operación que los terrestres debían realizar. Ella había estudiado bien los datos logrados sobre Acrón, el planeta de los «destructores de mundos» y en vuelo planeado fue dirigiendo su aparato hasta una zona próxima a la que sus compañeros debían operar. Se mantendría oculta en ella y una vez terminada la operación, cuando no pudiese comprometerlos con su acción, iniciaría su aventura.

Los detectores señalaron el lugar más conveniente para tomar tierra y la muchacha no vaciló más, dejándose caer en el reparto, cuyo juego de aterrizaje tomó contacto con la superficie del planeta, quedando frenado en el acto. Una vez en tierra, condujo el aparato hasta situarlo al abrigo de la posible detección enemiga, metiéndolo en una singular cavidad en aquella tierra de extraños relieves, de curiosos accidentes y por unos instantes se detuvo, extasiándose en la contemplación de la extraña belleza que la rodeaba. Pese a la semioscuridad reinante, podía apreciar la belleza de formas de algo que tenía cierta lejana similitud con las estalactitas y las estalagmitas que ella había visto en algunas exploraciones a determinadas cuevas en la Tierra. No podía precisar las brillantes coloraciones, riquísimas en matices, pero a la incierta luz del lejano satélite que poseía Acrón, en una de sus fases de menos luz, vio que los materiales de que estaba formada la cueva eran traslúcidos, brillantes y hasta en algunos lugares, los que se hallaban más hacia el interior, tenían cierta luz, al parecer de tipo fosfórico, propia.

Divisó también al fondo de la cueva algo que imagino serían plantas y cuyos tallos se mecían suavemente a impulso de una leve brisa y sin poder comprender el por qué, sintió miedo. Veíase rodeada de una naturaleza que le era extraña y que no sabia cómo podría reaccionar en su presencia. ¿Qué podría esconderse en el fondo de aquella gruta?

Tal pensamiento la llevó a sacar el aparato a la misma boca de la gruta para estar en condiciones de huir al menor signo de alarma que se pudiese producir en la cueva.

Sin embargo, Carmela necesitaba desechar tales temores para dedicarse al cumplimiento de su tarea y realizando un esfuerzo se sustrajo a los quiméricos pensamientos y puso los detectores y el televisor en marcha, centrándolos sobre el punto en que sus compañeros de equipo debían estar iniciando la realización de sus trabajos.

No tardó en localizarlos, moviéndose sobre una amplia zona de terreno, realizando audaces maniobras de medición por medio de los ultrasonidos y del propio radar, de las más importantes instalaciones subterráneas de los «destructores de mundos». Dada la peligrosidad de tal misión se había dejado para realizarla en los últimos momentos y

una vez terminada regresarían a la aeronave base, partiendo inmediatamente para reunirse en la periferia del planeta «D-3» con el superdestructor *Neptuno*.

Carmela, desde su punto de observación, seguía angustiada las maniobras de sus compañeros, temiendo que en cualquier momento se produjese un ataque de los «destructores», y sujeta al tal tensión, a tales emociones, llegó a olvidar los verdaderos motivos de su maniobra pendiente para acudir en ayuda de los suyos si llegaba a producirse el temido ataque.

Embebida en tales ideas, absorta en la vigilancia, había llegado la muchacha a olvidarse de si misma, cuando percibió un resoplido a sus espaldas, seguido del ruido de algo vítreo que se arrastrase. Fuertemente impresionada, ya que a la escasa luz que se rodeaba no veía nada anormal si bien el oído le anunciaba la presencia de algo temible, algo que su instinto le decía era hostil, sintió que la sangre dejaba de circularle con normalidad y que las sienes y el corazón le latían con violencia, paralizándole en parte las ideas y los movimientos. Al moverse ella había vuelto a quedar todo en silencio y Carmela, sin poder contenerse, sacó su potente linterna de «luz negra», cuyos rayos eran invisibles a la vista normal y fue recorriendo primero el piso de la gruta con sus diversos accidentes y luego las paredes y el techo. Pero no observó nada nuevo y volvió a inmovilizarse en la observación de los movimientos de sus compañeros, maniobras que la mantenían en vilo, deseando que terminasen cuanto antes para verse libre de tal presión al saberlos a salvo, hasta que un nuevo resoplido, seguido del mismo ominoso ruido que ya antes había percibido, la hicieron sobresaltarse, poniéndole en guardia. Los roces vítreos se produjeron entonces con insistencia, llegando a oídos de Carmela desde diversos puntos y la muchacha, estremecida de espanto, volvió a dirigir los rayos de su linterna hacia lo que primero le habían parecido plantas y que en tal momento vio que eran seres animados, los cuales habían abandonado los lugares en que los viera y avanzaban arrastrándose hacia ella. Pero lo que la llenó de verdadero pavor fue el movimiento que se había producido en el fondo de la cueva por el que surgía un extraño ser de extraordinarias dimensiones y perezosos movimientos y cuyos ojos, al abrirse con ciertas intermitencias despedían una extraña luz fosforescente. Los reptiles más menudos parecían huir ante la presencia del monstruo y éste, a su vez, pese su enorme tamaño, se movía por momentos a mayor velocidad obligando a Carmela a reaccionar rápidamente y colocarse dentro de su aeronave, poniendo inmediatamente sus motores atómicos en marcha.

El extraño ser se detuvo unos instantes como asombrado ante un espectáculo posiblemente nuevo para él, pero se rehizo prontamente y atacó, alargando sus patas delanteras que Carmela adivinó más que

vió, equipadas con refulgentes y afiladas uñas. Rápidamente maniobró la muchacha haciendo retroceder el aparato y el monstruo falló el golpe que fue a morir furioso contra el piso, pero se rehizo volviendo a atacar, tomando en esta ocasión formidable impulso, lanzando su pesada mole hacia adelante con una velocidad impropia de su peso y volumen.

Carmela, a tiempo que maniobraba haciendo retroceder a su aparato rápidamente, descargó una emisión de rayos desintegradores; pero la capa de reluciente materia que cubría al animal rechazó los neutrones evitando que se produjera la reacción en cadena, y por tanto, la desintegración del monstruo, el cual, afectado no obstante por el calor originado por la descarga, lanzó un espantoso berrido que hizo estremecer las paredes de la gruta.

Sintióse Carmela ganada por vivo asombro y pese a hallarse por la altura lograda fuera del alcance del monstruo, tornó a descargar sus rayos desintegradores, pero esta vez contra la cabeza. En fracciones de segundo el monstruo sufrió un estremecimiento, apagándose la luz en sus ojos para seguidamente desplomarse, quedándose inmóvil, caída la cabeza y relajados sus músculos, pero sin cambiar de postura.

Carmela respiro aliviada. Había pasado un miedo espantoso, pero había resultado triunfante en su primer encuentro con aquél mundo extraño, lo que consideró de buen augurio. Sintió curiosidad por conocer al monstruo abatido y se dispuso a tomar tierra de nuevo, pero al iniciar la maniobra volvió el pensamiento a sus compañeros y la vista hacia las pantallas de detección, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas: Un numeroso grupo de aeronaves «destructoras» se deslizaba silencioso entre las sombras, marchando con los motores parados, dispuestas a lanzarse sobre los aviones de los terrestres, absortos en su labor.

Perdido todo temor a ser descubierta, lanzó Carmela su aparato a toda velocidad y emitió la contraseña señalando peligro, llamando inmediatamente al teniente Bordón por radioteléfono.

—¡Atención, teniente Bordón! ¡Comunica sargento Carmela Garrido desde su aparato en vuelo! Un numeroso grupo de aparatos «destructores» avanza silenciosamente contra ustedes, parece que decididos a sorprenderles. Me voy sobre ellos dispuesta a atacarles por la espalda para distraerles y dar tiempo a ustedes a que se eleven. He logrado arreglar avería de mi aparato.

—¡Debe usted reunirse con nosotros, sargento! ¡Yo ordenaré el dispositivo de ataque y defensa!

—Está bien, señor, Haré lo posible. Pero alguien debe aguantarlos mientras el resto se retira y todos ustedes tienen datos y mediciones de interés.

Carmela, después de ganar suficiente altura, había paralizado sus

motores, dejándose llevar del impulso, y maniobrando hábilmente se situó a la cola de la formación enemiga.

Los «destructores de mundos», encelados en la persecución del objetivo, no se habían apercibido de la presencia del avión que se había colocado a sus espaldas y Carmela, tras soltar de nuevo los gases poniendo los motores en marcha, atacó emitiendo rayos desintegradores por las dos bocas de fuego que poseía el aparato, maniobrando hábilmente para coger en la primera pasada, realizada a una velocidad fantástica, la mayor cantidad posible de enemigos.

Los efectos del brusco ataque fueron terribles para los «destructores» y éstos, aleccionados ya con las anteriores experiencias, se dispersaron inmediatamente de forma casi automática, para ofrecer el menor blanco posible a los devastadores rayos disparados por el aparato terrestre. Con tal maniobra el aparato de Carmela quedaba envuelto entre las aeronaves enemigas y lanzó dos series de descargas más tratando de abrirse brecha, haciendo blanco de forma automática; pero la explosión de dos rayos eléctricos disparados por los «destructores» hicieron zarandear su propio avión, haciéndole notar la peligrosa situación en que se hallaba.

Una nueva orden del teniente Bordón para que se reuniera a ellos la sorprendió en plena maniobra y la muchacha se apresuró a responder:

—Lo siento, teniente, pero han interceptado mi trayectoria y menos mal que me he adelantado en la acción destructora.

Carmela, siguiendo la experiencia vivida junto al profesor Añúa en una anterior memorable batalla, se elevó en vuelo totalmente vertical tratando de reunir a sus perseguidores, sin perder de vista su cronómetro que iba desgranando los segundos en décimas. Había de calcular el tiempo en que tardarían en maniobrar los aparatos enemigos, más lentos para la maniobra que el de ella, para inmediatamente cambiar su rumbo, realizando un arriesgado «looping».

Una serie de detonaciones se produjeron en torno al avión de Carmela sometiéndole a una especie de peligroso baile, llegando un momento en que llego a perder el control del mismo; pero en un arranque de energía tornó a adueñarse de los mandos continuando la trayectoria iniciada hasta salir de la peligrosa zona, logrando con su estratagema que los aparatos «destructores» volviesen a formar un conjunto bastante cerrado.

El teniente Bordón interrogó ansiosamente a Carmela:

—¿Qué ha sucedido?

—Todo va bien hasta ahora, teniente, pero es imposible reunirme con ustedes.

—Está bien. Puesto que usted los ha arrastrado tras sí, atacaremos

por su retaguardia.

—Como desee, teniente; pero tenga en cuenta que por un miembro del grupo no se debe comprometer el resultado de la acción y éste lo tienen ustedes logrado.

La valerosa muchacha se dejaba caer en tal momento desconcertando con su rápida maniobra al enemigo, y midiendo con precisión velocidades y distancias corrigió su trayectoria en el preciso instante, teniendo a tiro por décimas de segundo a un grupo enemigo, tiempo suficiente para que los dispositivos automáticos de tiro realizasen su infalible descarga y la mayor parte del grupo quedó desintegrada.

Dos nuevas explosiones se produjeron debajo de su aparato, haciéndolo encabritarse y Carmela tuvo la sensación de que algo se había destrozado, no logrando ya enderezar el vuelo.

En tal preciso instante, los aparatos al mando del teniente Bordón realizaban su audaz ataque en veloz pasada y el grupo de «destructores» era diezmado de nuevo, pero pese a la ventaja que hasta el momento habían tenido, la batalla era desigual y Carmela se dirigió al teniente:

—Deben marcharse, teniente. Estos que quedan aún, darán bastante guerra y no tardarán en ser reforzados. El resultado de su misión peligra. Alguien debe sacrificarse y en esta ocasión me ha tocado a mí. Yo los atraeré mientras ustedes se alejan.

El teniente Bordón hubo de reconocer que Carmela tenía razón, pero en aquel momento no veía al sargento, sino a la mujer y sintió que un caballeresco deber le impulsaba a defenderla hasta el último momento, y estaba a punto de ordenar una nueva maniobra de ataque contra los aparatos «destructores» cuando llegó hasta él la voz de Carmela, tal que si comprendiese lo que sucedía en el ánimo del teniente.

—De todas formas, nada pueden hacer por mí, teniente. Me mantengo en el aire a duras penas. Márchense.

—Está bien. He sentido como nunca tener que dar la razón a alguien. Procure no dejar que la cacen, manténgase escondida y más pronto o más tarde volveremos por usted. Que tenga suerte.

—Gracias, señor. Les deseo lo mismo.

Había captado Carmela la emoción que dominaba la voz del teniente en su despedida y se sintió satisfecha. Pero no podía perder tiempo en entregarse a sus impresiones; ya que sentía el acoso de los aviones «destructores» cuyas tripulaciones parecían haberse dado cuenta de su difícil situación y se cebaban en la persecución, tratando de ser cada cual el que consiguiese la victoria definitiva, ansiosos de poder presentar al Gran Drago después del duro descalabro sufrido.

En los televisores y pantallas de detección observó Carmela cómo

sus compañeros de equipo se alojaban rápidamente, desapareciendo a poco del radio de acción de sus detectores; pero aún escuchó la llamada del teniente al rotoavión que les servía de base para que les cubriese la retirada con los ultrasonidos en el caso probable de que nuevas escuadrillas de «destructores» les persiguieran.

Trató de maniobrar Carmela entonces para prolongar la lucha hasta los limites posibles, pero el mecanismo da escape de gases en que se apoyaba la maniobra de aquel tipo de aviones había resultado seriamente afectado, quedando sumamente reducida la capacidad de maniobra del avión, lo que obligó a Carmela a prolongar el vuelo en línea quebrada, ofreciendo violentos e irregulares movimientos en zig-zag a fin de que el enemigo no pudiera precisar la puntería, venciéndoles en la espantosa carrera de velocidad emprendida.

Había vuelto entonces Carmela a su primera idea, a la realización de su gran aventura, y dirigió el vuelo de su aparato en dirección a la extraña capital de los «destructores de mundos», la cual había entrevistó en alguna de sus nocturnas expediciones. La capital quedaba en el hemisferio de Acrón donde en aquellos momentos era de día y en su veloz vuelo no tardó Carmela en abandonar la zona donde reinaba la noche, quedando punto menos que deslumbrada por el potente sol de aquel mundo.

Uno de los detectores electrónicos del aparato avisó de una nueva avería y Carmela se dio cuenta inmediatamente de que, por la naturaleza de la misma, debía tomar tierra cuanto antes si quería evitar destrozarse contra la superficie del planeta.

De varios puntos surgieron aviones, escuchando Carmela las comunicaciones que repetidamente se le hicieron para que se rindiera; y al tardar en contestar volvió a sentir en torno a su pequeño avión los estallidos, esta vez producidos por disparos antiaéreos, que le hicieron perder la estabilidad llegando a temer Carmela por momentos que podía perder el control de sus nervios, el equilibrio mental y llegar a estrellarse.

En tal situación calculó rápidamente la maniobra de aterrizaje y colocó el mecanismo automático, teniendo en cuenta la posición y altura en que se hallaba, así como la dirección del viento, y una vez realizada tal cosa, se dejó llevar sustrayéndose a la tensión nerviosa que comenzaba a dominarla.

En el momento de enfrentarse con los «destructores de mundos», necesitaba como nunca conservar el absoluto dominio de sus facultades.

Por el transparente de la cabina en que se hallaba encerrada como en un ataúd, abarcó el extenso paisaje, riquísimo en brillantes coloraciones, que daba la sensación de salirle al encuentro. Al fondo tenía la aglomeración urbana, la más asombrosa que jamás viera en su

vida, con sus formas ovales y su carencia de ventanales. Otras formas extrañas pasaron fugazmente ante su vista, perdiéndose en el horizonte, a sus espaldas, llenándola de asombro.

Todo aquello contribuyó a que sus nervios, un tanto excitados, se serenasen, y cuando el aparato se posó sobre la superficie que daba la sensación de haber sido pulida, se hallaba totalmente tranquila y bien dispuesta para enfrentarse con la peligrosa aventura.

El aterrizaje resultó un tanto brusco y Carmela, antes de que nadie pudiese llegar hasta ella saltó rápidamente, estableció un cortocircuito en el aparato e inmediatamente salió corriendo de su lado contando los segundos mientras corría, arrojándose al suelo al llega; el momento crítico protegiéndose instintivamente la cabeza, que ya disfrutaba de la protección de la escafandra, con los brazos.

En tal momento se produjo una violenta llamarada que dio la sensación de dominar la luz del sol y que sólo duró fracciones de segundo, irradiando un abrumador calor, quedando luego como vestigio de lo que había sido veloz avión, una leve nube de humo que fue disgregándose en el espacio lentamente.

A pesar de hallarse Carmela dispuesta a soportar la destrucción de su aeronave, levantarse y comprobar que ésta sólo era un recuerdo, no pudo evitar que le invadiera una profunda congoja.

Pero la realidad se imponía. Varias aeronaves «destructoras» se habían posado en tierra y sus tripulaciones, tras abandonarlas, corrían al encuentro de Carmela dispuestas las armas ante el temor de una posible resistencia por parte de la muchacha. Pero no entraba tal resistencia en los planes de Carmela, quien se desposeyó de la escafandra, dejando al aire su brillante cabellera que, herida por la luz del sol, destelló con los cálidos tonos de cobre fundido,

Al tener cerca a sus enemigos notó Carmela que los centros luminosos de aquellos destellaban vivamente mientras alguno de ellos señalaba insistentemente hacia su escafandra. Inmediatamente comprendió. Debía ponerse la escafandra, comenzaba a notar ligeras molestias producidas por la toxicidad de la atmósfera de Acrón.

CAPÍTULO VI

MENTES TORTUOSAS

Carmela Garrido hubo de pasar por los mismos lugares y experiencias que había pasado el profesor Añúa hasta llegar frente al jefe supremo de los «destructores de mundos», quien al darse cuenta de la cualidad femenina del prisionero que le traían no pudo evitar un gesto de verdadero asombro.

En la sala, donde lo más destacado de las jerarquías de los «destructores» rodeaban al Gran Drago, reinaba un silencio impresionante y todas las miradas convergieron sobre la muchacha apenas esta hizo su aparición por la puerta de la vasta sala.

Sentíase inquieta Carmela al verse tan curiosamente contemplada por aquellos extraños entes, pero supo superarse y aparentar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir; pero cuando llegó a sentir verdadero miedo fue cuando al detenerse cerca del Gran Drago, frente a él, éste fijó en ella con insistencia su mirada que parecía querer penetrar en los pensamientos, en las ideas de ella. En tal momento Carmela se sintió insignificante y deseó hallarse a unos cuantos millones de kilómetros de allí. Pero el recuerdo del profesor, de los sufrimientos que estaría soportando, acudieron a su mente y la galvanizaron disponiéndola para librar la nueva fase de batalla que había emprendido.

Sintió que el corazón le latía aceleradamente y por unos instantes, tal que si la tuviese prendida en las retinas, vio la imagen del profesor, sencillo, amable, bondadoso, tal como lo había visto la última vez. Tal visión le dio fuerzas y cuando la extraña voz del Gran Drago se dirigió a ella no sintió la menor emoción.

—Despójate de la escafandra, prisionera. Me agrada ver el rostro de los que comparecen ante mí.

El Gran Drago era el único de los reunidos que no llevaba escafandra y Carmela observó que al hablar no había movido ni uno de los músculos de su cara, así como tampoco la trompetilla que los extraños seres tenían en lugar de la boca, pero sin mostrar que se hallaba intrigada por el fenómeno, obedeció sin perder el aire de severa dignidad que había adoptado, segura de impresionar a sus enemigos.

Al quedar al descubierto su rutilante cabellera, sus bellas facciones, su airoso cuello que emergía alabastrino del extraño traje que vestía, se produjo un leve trompetilleo en torno a ella, mientras los centros luminosos de los reunidos destellaban rápidamente. Pero

una mirada del Gran Drago y la digna actitud de la muchacha acallaron rápidamente aquella especie de homenaje un tanto salvaje a la belleza.

La voz del Gran Drago se volvió a escuchar a tiempo que sus ojos destellaban apasionados, haciendo que Carmela se ruborizase.

—Muy hermosa. Digna de compartir el trono más elevado. Pero cúbrete el rostro, prisionera, porque en este aire, maléfico para las flores delicadas, tu belleza se marchitaría rápidamente.

La entonación de las últimas palabras del Gran Drago hizo que sonasen como una amenaza, levantando un eco de temor en el ánimo de Carmela, quien sin apresuramientos volvió a encajarse la escafandra, aprovechando al realizar tal movimiento para examinar rápidamente a la serie de extraños personajes que la rodeaban, hallándolos herméticos, parapetados en sus trajes metálicos y en sus escafandras que sólo dejaban al aire sus ojos que se mostraban enigmáticos.

Uno de los personajes que acompañaban al Gran Drago, el mismo que acudiera a recibir al profesor Añúa, se dirigió al déspota pero Carmela no pudo captar el luminoso mensaje; sin embargo, se dio cuenta inmediatamente de que la actitud del máximo dirigente de los «destructores de mundos» variaba sensiblemente y que comenzaba a consideraría no como a una mujer, sino como a un enemigo.

—Veamos, prisionera, ¿Qué empleo desempeñas en vuestro ejército? ¿A que habéis venido Acrón?

—Soy sargento especialista y hemos venido movidos por el natural interés de conoceros más de cerca. Exploramos el Universo, estudiamos la vida en sus propias fuentes y Acrón resulta interesantísimo. En nuestras largas exploraciones jamás habíamos hallado un mundo tan interesante y tan diferente del nuestro.

—¿No os ha acercado a nosotros ningún interés bélico?

—Ninguno.

—Mientes, prisionera. Habéis venido a estudiarnos para ver la mejor forma de atacarnos.

—Si así fuera, no haríamos más que corresponder a vuestras intenciones.

—¡Pero esta parte del Universo nos pertenece! ¡No tenéis derecho a inmiscuiros en nuestros asuntos!

—Es inútil que discutamos, Gran Drago. Vuestro afán de venganza os ciega y no comprenderías nuestros puntos de vista.

—Tienes razón. Veremos si tú eres capaz de comprender los míos. Tú eres la ayudante de un hombre de ciencia y debes saber muchas cosas. ¿Estás dispuesta a trabajar a nuestro lado con nuestros científicos?

—Temo que no. No sería capaz de entenderles. Mis conocimientos

son muy limitados.

—Lo siento. Entre nosotros, el que no desempeña un papel útil al conjunto se le condena a la extinción. ¿Aspiras tú a eso? ¿Prefieres seguir las huellas de tu profesor y jefe? Aquí sabemos ser magnánimos y te damos a escoger. Puedes elegir tu propio destino.

Carmela sintió una viva emoción. Había llegado antes de lo que podía imaginar al lugar que deseaba, pero antes de responder vaciló;

—Prefiero seguir las huellas de mi jefe. Moriré.

—¿Tan segura estás de que tu jefe no ha cedido?

—Sí.

—Está bien. Eres fiel y te admiro. Antes de lo que imaginas te reunirás con el profesor Añúa.

El tono empleado por el Gran Drago era incisivo, francamente amenazador y Carmela se sintió sobrecogida; pero no mostró la menos debilidad cuando a un ademán del tirano dos de los «destructores» se acercaron a ella, tomándola cada cual de un brazo, obligándola a seguirlos.

Apenas Carmela hubo salido, el Gran Drago se dirigió al Presidente adjunto que le había advertido de la identidad de la prisionera.

—Ella misma, con su audacia, se ha metido en la boca del lobo. Veremos si el profesor Añúa es capaz de asistir con indiferencia a la lenta agonía de esta joven, y el caso es que lo siento, porque me había agradado.

* * *

Carmela sintió que la escafandra le era arrebatada de forma un tanto violenta por un nuevo personaje, el cual se había hecho cargo de ella, personaje que la contempló con expresión de asombro al quedar al descubierto sus lindas facciones, al ver que se trataba de una muchacha y que, pese a la brusquedad con que era tratada, no daba muestras de pánico.

El carcelero era el vicealmirante «J-32.957» y pasado el momento de asombro sintió una viva alegría. La prisionera que le traían era la ayudante del profesor Añúa, estaba seguro, y teniéndola en su poder precipitaría la rendición del profesor para lograr recobrar el rango perdido. «J-32.957» no vio en la prisionera a la mujer, sino al instrumento que le permitiría salir rápidamente de la degradación e inmediatamente decidió que sería duro e inexorable. No había recibido instrucciones del Gran Drago, pero le conocía lo suficiente para adivinar como deseaba que se emplease a la muchacha. Ella debía ser el punto sobre que se doblara la resistencia de Añúa a colaborar y con cuanta más dureza fuese tratada ella a la vista del

profesor, más pronto se rendiría éste.

Consecuente con tales ideas, tan pronto como la hubo despojado de la escafandra le dio un fuerte empujón que arrancó a Carmela un grito de protesta y la lanzó contra un rincón de la reducida pieza, antesala del calabozo, donde se hallaban. La cabeza de la muchacha chocó violentamente contra el pétreo muro, haciéndole sentir un fuerte dolor que la obligó a doblar ambas rodillas, perdida la noción de la verticalidad, tratando de cogerse al muro para evitar la caída. Pero sus manos resbalaron sin hallar asidero alguno, haciéndole sentir un vivo dolor al quebrarse sus uñas contra el muro. Percibió entonces Carmela una sensación angustiosa y trató de levantarse; pero ya «J-32.957» jugaba un mecanismo, abriéndose un amplio hueco en la misma pared contra la que la muchacha había caído y el piso sobre el que hallaba se puso en movimiento, levantándola de forma aparatosa para lanzarla por el hueco a una nueva pieza.

La muchacha, aturdida como se hallaba, apenas si percibió dolor alguno pese a que el nuevo choque resultó bastante rudo y permaneció como anonadada, comenzando a percibir prontamente un acre olor que llegó a ser molesto; pero carecía de fuerzas para moverse y se mantuvo quieta hasta que sintió que algo se acercaba arrastrándose penosamente. Un impreciso terror la invadió y movió la cabeza lentamente, temiendo hallarse frente a un monstruo. En segundos acudieron a su mente viejas historias escuchadas en su infancia, historias de extraordinarios sucesos ocurridos en las primeras épocas de colonización de los planetas y temió ser la víctima de una de aquellas sangrientos y espeluznantes aventuras.

Y al volver la cabeza y enfrentarse con lo que producía el roce sobre el piso, sus ojos expresaron angustia, una angustia infinita, dolor y miedo. El que se acercaba a ella era una especie de visión, de fantasma humano en quien Carmela reconoció inmediatamente al profesor Añúa; pero un profesor Añúa barbudo, enflaquecido extraordinariamente y cubierto de pústulas, unas pústulas que expandían el olor acre, nauseabundo, que tanto la había molestado.

La espantosa visión la hizo volver en sí, haciéndola saltar, olvidando los olores; la situación en extremo dolorosa del profesor le hizo sentirse de nuevo la heroína que había planeado ser.

—¡Profesor Añúa! ¿Como es posible que lo hayan tratado así?

—¡Carmela! ¿Por qué ha de ser precisamente usted? Es la última persona que hubiese deseado ver aquí compartiendo mi triste suerte. ¡Son unos monstruos sin entrañas! ¿También la han despojado de la escafandra?

—También. Tiene un grave significado, ¿verdad?

—Gravísimo. ¿No me ve? Es consecuencia de ello y del agua. El agua y el aire de este terrible mundo están intoxicados para nosotros.

Pero ¿y los demás? ¿Han caído?

—No ha caído nadie más. He caído yo sola.

Leyó Carmela en la mirada del profesor lo que pasaba por su mente y se apresuró a atajarle.

—No piense mal de nadie. Usted ya conoce al coronel. Lo supedita todo al triunfo de la misión que lo ha sido encomendada y lo comprendo. Y yo, para llegar hasta aquí, he tenido que valerme de una estratagema.

—¿Y la han abandonado?

—Si. Era necesario y lo comprendo perfectamente, aunque al principio me rebelé cuando lo abandonaron a usted, cuando se mantuvo en su rígido criterio de que no disponía de gente para enviarla en su auxilio.

—Pero lo mío es diferente. Sin embargo, usted es una mujer…

—No discutamos ahora eso. He venido a ayudarle. Quería saber si le habían matado o si le martirizaban. Quiero curarle.

—Es inútil, Carmela. Y lo peor es que dentro de poco se verá usted en la misma situación que estoy yo. Tal vez entonces yo haya muerto y usted no tendrá consuelo alguno en su lenta agonía. Esto es producto de ese aire y esa agua intoxicados y se irá produciendo de una forma lenta, pero inexorable.

El profesor jadeaba al hablar y Carmela lo hizo callar con el ademán.

—No hable, profesor. No esta en condiciones de hacerlo.

—¿Qué más da? No creo que me quede demasiada vida y es mejor quemarla pronto. Estas bestias no perdonan.

—¿Y no desea vivir por mi, profesor? Yo…

Carmela se detuvo. Estaba verdaderamente emocionado al ver el triste estado en que se hallaba Añúa y sintió como la vista se le nublaba y que la garganta se negaba a articular sonido alguno. Trató de parecer valerosa, pero al fin no pudo contenerse y se dobló, dando rienda suelta a su pena. Añúa, al sentirla, pareció resurgir de entre sus restos y tuvo fuerzas para ponerse en pie, haciendo que Carmela se levantara.

—Vamos, Carmela, serénese. Es muy dulce sentirla llorar por mí, pero quiero que sea valiente porque si no terminará por faltarme el valor también a mí. Y ya que debemos morir, quiero que lo hagamos dignamente.

—No quiero que hable de morir. Debe usted curarse, volver a la vida. ¿Por que cree que estoy aquí? No pensara que he imaginado un solo momento que yo sola podía arrancarlo de manos de nuestros verdugos. Sabía que usted no accedería a colaborar con ellos, se que no le importa morir e imaginaba que lo estarían martirizando; y he venido para pedirle que vuelva a la vida.

—¿No siente asco de mí, Carmela? ¿De estas terribles pústulas que me cubren?

—No, profesor, no siento asco alguno.

—Sin embargo, llegaría a sentirlo si la escuchase y curasen estas llagas a cambio de mi degradación, de mi entrega a nuestros enemigos. Y yo aspiro a vivir eternamente en usted. Ahora qué estoy en los umbrales de la muerte puedo decirle cuanto la he querido siempre, con qué devoción he seguido sus pasos a mi lado, como me ha colmado de felicidad el verla crecer intelectualmente a mi lado. La he tenido siempre como cosa mía, Carmela, me ha pertenecido usted idealmente desde el primer momento y no quiero que esto muera por conservar una sucia vida que a nada honroso podría conducir ya.

Carmela se sintió arrollada por los ideales del profesor, por su abnegación, sintiéndose empequeñecida a su lado. Llegó a considerar aquel momento el mejor, el más noble de su vida y deseó más que nunca salvar al profesor aunque éste, de momento, por las especiales circunstancias que les rodeaban, no pudiera comprenderle. Hizo un llamamiento a su lucidez y respondió:

—Le esperan días de gloria, profesor, y la necesito yo, aunque le parezca egoísta. Por eso he venido. Cuando me ha faltado es cuando realmente he comprendido lo que significaba usted en mi vida. Pero no quiero torcerle de su línea recta. Caeré a su lado y caeré feliz. ¿Qué importa? Renunciaré a la vida cuando apenas había comenzado a entreverla. Veré estoicamente mi cuerpo cubierto de llagas y moriré satisfecha porque sólo así habré sido digna de usted. No es necesario que diga nada, profesor…

Carmela había atajado a Añúa y al terminar de hablar le pasó su brazo diestro por la espalda. El ademán de Carmela era dulce, de tono filial y arrastró al profesor consigo.

—Vamos, profesor. Debemos sentarnos. Quiero que ahorre usted energías para que me pueda hacer compañía la mayor cantidad posible de tiempo. Luego, cuando me quede sola…

Carmela se sintió sacudida por una fuerte congoja y hubo de detenerse. Y en tal momento sintió que el hueco por el que tan violentamente había penetrado en la pieza, se abría a sus espaldas, penetrando por él su carcelero. El «destructor de mundos» penetró como una furia, atacando con sus guantes metálicos para separar a los dos seres, arrojando a Carmela contra el suelo primero, para inmediatamente repetir el ataque contra Añúa, lanzándolo contra la parte contraria del calabozo.

La muchacha, apenas se vio en el suelo, se levantó atacando al carcelero, pero éste, que había abatido ya al profesor, la rechazó con terrible rudeza permaneciendo luego desafiador ante ella.

El profesor hizo un esfuerzo por levantarse, pero se abatió de

nuevo y «J-32.957», tras emitir unos siniestros bufidos, se dirigió a los dos prisioneros por medio de señales luminosas.

—En Acrón están prohibidos los sentimentalismos. No quiero oíros hablar. El Gran Drago supo lo que hacía al poneros bajo mi custodia.

Carmela se sintió satisfecha en tal momento y pensó que procuraría provocar a su enemigo con la máxima frecuencia. Pese a su inteligencia, les obligaría a trabajar, tanto a él como al Gran Drago, para la consecución de sus planes.

Le hubiera gustado continuar su conversación con el profesor y hacerle participe de sus planes, pero estaba segura de que sus palabras serían escuchadas; no le cabía la menor duda de que en la celda en que se hallaban existiría una buena instalación de disimulados micrófonos y no podía correr el albur de que, por una precipitación se viniese abajo lo que tan cuidadosamente había tramado.

* * *

El tiempo transcurría lentamente en el tenebroso encierro, frente a frente los dos seres, sin casi atreverse a hablar. Los maltratos y las amenazas, dirigidos principalmente contra Carmela, habían arreciado por parte de «J-32.957», único ser que les era dable ver, el cual había llegado a amenazarles incluso con separarlos si persistían en conversar, en comunicar entre si.

El profesor Añúa, que ante la presencia de Carmela se había recobrado un tanto, había comenzado a languidecer de nuevo y únicamente ofrecía algunas reacciones cuando la muchacha era maltratada y a cada pústula de las que comenzaron a aparecer en el rostro y las partes visibles del cuerpo de ella.

—No te atormentes —le habló ella apeándole el tratamiento por primera vez—. Esto me acerca a ti y no me duele lo más mínimo. Comienzo a sentir que me invade una suave felicidad. Lo único que no puedo resistir son estas terribles náuseas.

Había desmejorado Carmela bastante en aquel tiempo y el profesor Añúa comenzaba a sentir el dolor de asistir al principio del fin del ser querido. Sus convicciones, tan arraigadas, comenzaban a tambalearse. El ser que había asistido tan estoicamente al derrumbamiento de su organismo, rebelábase ahora al ver que el cruel trato de que eran objeto por parte de sus enemigos, comenzaba a minar la salud de su adorada.

Mil encontradas sensaciones agitaban aquel ser de espíritu poderoso, pero cuyo cuerpo iba quedando reducido a la mínima expresión. Su razón mantenía dura lucha contra los dictados de su corazón.

Y mientras ellos sufrían, el par de crueles ojos del ex-vicealmirante se mantenían en casi constante vigilancia, espiando los gestos, los ademanes, las reacciones de sus prisioneros, buscando en cada estado psicológico de sus víctimas el momento de una intervención burlona, violenta o provocativa a fin de precipitar la rendición del profesor, llegando en ocasiones a interrumpir el sueño de ambos cuando pese a los sufrimientos habían logrado dormir, manteniéndolos continuamente excitados.

Cuando en ocasiones los veía agotados, sobre todo al profesor, le hacía reaccionar con cuidados adecuados, temeroso de que el sabio muriera alejando en tal caso sus posibilidades de rehabilitación.

Procuraba mantener a Carmela situada frente al profesor para que los grandes ojos de ella se clavasen con expresión implorante en él.

Al fin, desesperado al notar que las dos vidas se consumían sin lograr los resultados apetecidos, «J-32.957» recurrió al concurso de las bestias. Cuando las dos terrestres disfrutaban de unos instantes de alivio en su tormento, sintieron un espeluznante deslizarse, primero por una de las paredes, después por el pulido piso del departamento. Unas formas, ligeramente fosforescentes, alargadas, se acercaban culebreando.

El profesor Añúa desconocía por completo la fauna que podía existir en Acrón y contempló fascinado el avance de las bestias mientras Carmela, que ya había tenido ocasión de verlas, mantenía la cara vuelta pretendiendo ignorarlas, temiendo el momento del temido ataque.

Los nervios del profesor parecían a punto de estallar, pero permanecía quieto y callado, mirando fijamente a las bestias que se habían dividido, avanzando unas en dirección a el y otras hacía Carmela, golpeando el suelo con sus colas vítreas, produciendo chasquidos siniestros, atormentadores.

Pero un trompetilleo de tono burlón y la visión de los oblicuos y grandes ojos del carcelero sacaron de quicio al profesor que, tras realizar un costoso esfuerzo, logró ponerse en pie, increpándole:

—¡Bestia inmunda! ¡Quieres añadir un nuevo tormento! ¡Llévate de aquí estos terribles bichos o te garantizo que te pesará!

A la increpación del profesor se abrió una especie de cuadro en una de las paredes, apareciendo en él la cara, cubierta por la escafandra, del ex-vicealmirante. Con su idioma luminoso, se dirigió al profesor:

—Quítatelas de encima si puedes aunque te advierto que no son demasiado peligrosas. En realidad, son sólo molestas. No son carnívoras y sólo buscan el calor de vuestros cuerpos.

Pero el profesor no se hallaba en condiciones de mantener la tranquilidad de ánimo necesaria en tal situación y aunque vacilando

salió al encuentro de uno de los reptiles que se aproximaba a Carmela y lo alcanzó con la mano por cerca de la cabeza para evitar una posible mordedura; pero apenas si lo había alcanzado cuando lo soltó, lanzándolo lejos de sí a tiempo que gritaba fuertemente.

Carmela, que había apartado los ojos, se volvió a tiempo de ver cómo el profesor caía y sin poderse se volvió hacia donde se hallaba el ex-vicealmirante:

—¡Asesino! Pero no te saldrás con la tuya. Pediré hablar con tu jefe para que sepa que vuestros fracasos han sido consecuencia de vuestra ineptitud y vuestra cobardía. Has llegado a extremos de crueldad que no quedarán sin castigo. El profesor colaborará porque yo se lo pediré, pero la condición que pondrá para colaborar no te beneficiará en nada. La astucia y la crueldad que has mostrado se volverá en contra tuya.

El ex-vicealmirante se sintió dominado por viva perplejidad. Conocía sobradamente al Gran Drago y sabía que si el prisionero condicionaba su colaboración a un castigo para él e incluso a una «supresión física», el Gran Drago no vacilaría y lo sacrificaría.

Carmela, en tanto, había corrido hacia el profesor y lo atendía, reanimándolo cuidadosamente y apartándolo del lugar a que concurrían los reptiles, disponiéndose luego a luchar contra ellos.

Afortunadamente su traje metálico la aislaba, gracias al forro interior, de las descargas eléctricas que disparaban los pequeños monstruos y que era lo que le había obligado al profesor a soltarlo; y la muchacha los atacó con los pies, protegidos por la misma materia de que se componía el traje. Los primeros reptiles fueron lanzados por el aire con extraordinaria fuerza, chocando contra las paredes para volver a caer al piso, volviendo a dirigirse contra los terrestres, pero entonces enfurecidos por los golpes, asediando a Carmela que hubo de redoblar sus esfuerzos para mantenerlos a raya.

El ex-vicealmirante contemplaba con interés la batalla, viendo cómo los reptiles, cada vez más furiosos por los golpes que recibían, trataban de enroscarse por las piernas de la muchacha, pugnando por alcanzarla en el rostro tal que si presintieran que en tal parte descubierta era donde podían hacerle daño.

El profesor Añúa, que se había rehecho de la descarga recibida, se levantó y atacó a su vez, librando a Carmela de algunos de los reptiles que habían logrado enroscársela; pero uno y otro comprendieron que no podían mantener durante mucho tiempo la batalla y terminarían por sucumbir.

El carcelero, regocijado, se dirigió a ellos complaciéndose en sus sufrimientos.

—Tal vez el ejercicio les hará bien. Y por si no tienen bastantes ahora les efectuaré una nueva remesa.

No tardó en ser cumplido el ofrecimiento y tanto Añúa como Carmela, sin poder atender a todos, sintieron las primeras descargas eléctricas en sus rostros y sus manos, produciéndoles un dolor más agudo aún por las heridas que padecían. Las energías decaían y los reptiles, enroscándose por el cuerpo los iban inundando, paralizándoles los movimientos. Y fue el propio profesor quien, al ver que no podía defender a Carmela del ataque de los monstruos ya que él mismo era incapaz para librarse de ellos, exclamó;

—¡Está bien! ¡Me entrego! ¡Colaboraré con ustedes!

Derribado en el suelo, sin cesar de luchar, Añúa pudo leer la respuesta de su carcelero, respuesta que le llenó de asombro.

—Ya es tarde para eso, profesor. Tus amenazas y las de tu auxiliar me han obligado a pensar y he decidido que perderé bastante menos si morís que si trabajáis para nosotros.

Carmela se sintió arrastrada al suelo por los reptiles y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Colaboraremos aunque tú no quieras porque el Gran Drago se ha enterado ya de nuestros deseos! Y tú serás castigado como mereces por cobarde y por traidor.

—¡No colaboraréis!

El furioso trompetilleo de «J-32.957» llegó a oídos de los dos terrestres y a poco lo vieron aparecer por el hueco que se habla abierto en una de las paredes. El «destructor de mundos» llevaba en las manos uno de sus fusiles eléctricos cuya descarga era mortal si alcanzaba en alguna de las partes vitales del organismo y vieron como apuntaba primero hacia el profesor, mostrando en el ademán verdadero deleite.

Pero apenas si había entrado en el departamento ocupado por los terrestres, cuando a sus espaldas aparecieron cuatro destructores más, armados, que se precipitaron sobre él evitando que lograse disparar, atacándole seguidamente con dureza hasta reducirlo a la impotencia.

Al frente de los «destructores» que habían atacado iba el propio Presidente adjunto, quien se dirigió a su ex-amigo.

—Temo que has perdido la partida, «J-32.957». Afortunadamente te he mantenido vigilado desde el primer momento y no he perdido ninguno de tus actos ni tus palabras desde que tienes a los prisioneros. Y tampoco he perdido las palabras de ellos. Creí que eras más listo, pero me equivoqué...

Mientras el Presidente adjunto del Consejo Central de Gobierno de los «destructores de mundos» condenaba al ex-vicealmirante y ex-amigo, parte de sus acompañantes, por medio de unos gases especiales, iban adormeciendo a los reptiles, librando a los terrestres de sus acometidas.

Cuando la batalla con los reptiles hubo terminado, el Presidente

adjunto señaló para los dos terrestres:

—Conducirlos al Hospital Especial con el mayor cuidado. Deben ser salvadas sus vidas a toda costa, en especial, la del hombre. Instaladlos de forma que puedan comunicar entre sí sin ningún cuidado. Es necesario que se sientan libres. Desde ahora —añadió con expresión enigmática—, son nuestros amigos.

Cuando los «destructores» hubieron desaparecido llevándose los cuerpos de Carmela y Añúa, el Presidente Adjunto se sintió comunicativo y se dirigió al ex-vicealmirante:

—Todo es cuestión de tácticas. Si se les dan facilidades, llegarán a comunicar sin recelo alguno y podremos saber lo que piensan, cuales son sus intenciones. No debemos olvidar que son nuestros enemigos…

CAPÍTULO VII

DUELO DE ESTRATAGEMAS

El Gran Drago irrumpió inesperadamente en el departamento donde el profesor Añúa y Carmela Garrido, totalmente repuestos, habían iniciado sus trabajos junto a otros científicos «destructores», por lo que se sentían espiados en sus menores acciones, movimientos o estudios. El dirigente máximo de los «destructores de mundos», sin emplear preámbulo alguno se dirigió a los dos terrestres:

—Aunque no me lo pedisteis, el vicealmirante «J-32.957» ha sido ejecutado. Es una victoria vuestra; pero es que quiero que sepáis que aquí sabemos hacer justicia. Él rebasó las instrucciones que tenía respecto a vosotros en favor de su medro personal y estas cosas, entre nosotros, cuestan caras.

El Gran Drago callo, como aguardando la respuesta, y el profesor, comprendiéndolo así, se dirigió a él:

—No puedo darte las gracias por ello, Invencible. Nosotros habíamos perdonado ya sus crueldades.

—Sois débiles los terrestres y eso hará que más de una vez resultéis vencidos. Entre nosotros no conocemos el perdón, somos inflexibles cuando se trata de aplicar nuestras leyes.

—Eso no es más que un signo de debilidad. El que es verdaderamente fuerte es el que puede sentirse generoso. Pero perdona, invencible, supongo que no habrás venido a discutir con nosotros cosas que no pueden reportarte utilidad alguna.

—Has acertado, profesor. No vengo a discutir nada. Vengo a ordenar. Tú y tu auxiliar habéis sido excesivamente hábiles y en cuanto tuviste ocasión, tú destruiste el fusil atómico que hubiera podido servirnos de modelo y que nuestros hombres de ciencia hubieran estudiado, aprendiendo en él la acumulación de la energía atómica para poderla usar luego de una forma controlada. En cuanto a ella, destruyó el aparato volador en que llegó a nuestro planeta y con él las armas del mismo tipo pero más potentes que llevaba a bordo. Los dos perseguisteis la misma idea de evitar que nosotros pudiéramos poseer tan importante secreto y es lo que necesito de vosotros: que el secreto deje de serlo. El vicealmirante me dijo que tú estabas en condiciones de revelárnoslos.

—El vicealmirante exageró mucho mis posibilidades para especular con mi capacidad y lograr su perdón. El temía que por su fracaso le condenases y me atribuyó a mí un valor excesivo. Yo no poseo tal secreto. Sin embargo, mantengo mi promesa de

colaboración, aunque arrancada a la fuerza, y procuraré lograr, por medio de los conocimientos que poseo, lo que deseas.

—Harás bien en lograrlo, porque de lo contrario morirías. Pero antes de morir, a lo que ya sé que no temes, asistirías a la entrada en mi harén de esclavas de tu ayudante, cosa que te agradaría bastante menos que morir, ¿no es eso?

La mirada del Gran Drago, enturbiada por el deseo, se posó por unos instantes sobre Carmela, que se volvió, esquiva, sonrojándose al propio tiempo; y Añúa sintió unos incontenibles deseos de saltar sobre el Gran Drago y destrozarlo. No obstante, procuró dominarse y se dirigió a él serenamente, tal que si la amenaza no le hubiese afectado:

—Harías bien en no amenazarme si quieres que realice una labor fructífera. Pero además, para lograr algo necesito a mi lado gente más capaz que la que tú tienes...

—Instrúyelos tú. De momento no puedo proporcionarte otros.

—Entre los esclavos de «Star II» debe haber gente más competente que esta que me rodea.

—Es muy posible. Pero yo necesito que adquieran competencia los míos, no los de «Star II» y tú lo lograrás.

—Está bien, pero el camino a recorrer será más largo. Otra de las cosas que necesito es remozar la industria. Las instalaciones que tienes quedan muchas anticuadas y otras no me sirven en absoluto. No creas que las cosas se logran por casualidad ni que basta la fórmula de la bomba atómica para poder construirla. Se necesitan instalaciones adecuadas.

—Lo comprendo perfectamente y no tienes más que pedir lo que necesites en ese sentido.

—Necesito saber de qué es de lo que puedo disponer.

—Está bien. Conocerás mi industria —respondió el Gran Drago después de reflexionar unos momentos—. Conocerás hasta la más secreta, pero no creas por ello que habrás obtenido ventaja alguna para aprovecharla en mi contra, porque desde tal momento estarás estrechamente vigilado y no podrás respirar sin que yo me entere.

—Me es lo mismo. Sé a lo que me debo. Y en cuanto a la vigilancia, me es indiferente, porque más vigilado que estoy ahora es imposible que lo esté entonces.

El Gran Drago se sintió molesto por el hiriente tono de Añúa y estuvo por echarlo todo a rodar y prescindir de él para castigarlo, pero reflexionó y comprendió que debía olvidar sus rencores y sus pasiones por los fines generales que se perseguían. Debía dar ejemplo si no quería que el propio Gran Consejo Central de Gobierno se le echase encima.

Al salir el Gran, Drago con su séquito, el taller-laboratorio donde se hallaban los terrestres quedó sumido en un impresionante silencio.

Las miradas de los científicos «destructores» convergían furtivas sobre el profesor Añúa y la muchacha. No habían entendido lo que el terrestre había dicho, pero por lo expresado por el Gran Drago y por los ademanes de éste, comprendían que había estado a punto de estallar la tormenta. Y no podían por menos que admirar al hombre que había tenido el valor de provocarla.

El silencio fue roto en tal momento por el profesor Añúa al golpear con un diminuto martillo sobre una pequeña plancha de metal de gran sonoridad, cuyas vibraciones normales al ser golpeado llegaba casi a los ultrasonidos.

Pero no era esto lo que preocupaba al profesor, sino el deseo de comunicar con Carmela, con la que casi no se había atrevido a hablar hasta entonces. Para ello empleó un lenguaje clave, siguiendo el sistema «morse».

—¿No siente náuseas de mí, Carmela?

La muchacha quedó sorprendida momentáneamente sin saber qué ni cómo responder; pero reaccionó prontamente para tomar una plancha del mismo metal y dirigirse al profesor de viva voz:

—Creo que es el metal idóneo para las cajas vibratorias de los ultrasonidos. Dese cuenta.

Y recurriendo al mismo sistema, respondió:

—En absoluto, Usted me entendió perfectamente. Pero no es necesario arriesgar demasiado porque nuestra gente conoce perfectamente la situación de toda la industria que tienen los «destructores» en este planeta. Nos basta con ganar tiempo hasta que vengan a por nosotros.

Sonrió el profesor y respondió a Carmela de viva voz:

—Sus vibraciones están muy próximas a los ultrasonidos y tal vez los alcancen. Tome el aparato medidor y compruebe mientras yo golpeo.

La mayoría de los científicos «destructores» habían suspendido sus tareas y se hallaban pendientes de las ficticias pruebas y las palabras que de viva voz pronunciaban los terrestres.

Al terminar de hablar, el profesor respondió a Carmela por el sistema «morse»:

—Tal vez tengan posibilidades nuestros compañeros de destruir la industria, pero no de salvarnos a nosotros, y yo deseo salvarme y salvarla. Quiero construir una aeronave bien armada para que una vez en ella no puedan nuestros enemigos derrotarnos. Quiero saber lo que hay aquí dentro y de qué podemos disponer, confíe en mí. Gracias. No es necesario que responda. Esta gente que nos rodea está inquieta.

—Las ha rebasado, profesor. Ha llegado a las treinta mil vibraciones por segundo. No son suficientes para que nos haya hecho sentir molestias por la forma en que se han producido, pero ha faltado

poco. Sometido al tratamiento «croce», este metal responderá tan bien como el que empleamos para los mismos fines en la Tierra.

Las expresiones de alerta de los que le rodeaban desaparecieron y los científicos, que trabajaban con sus cabezas al descubierto, volvieron a inclinarse sobre sus respectivos trabajos, haciendo cada cual como que ignoraban la presencia de los terrestres, hacia los que sentían una sorda envidia unida a la misma admiración.

Desde tal momento, tanto el profesor Añúa como Carmela, se entregaron con verdadero ardimiento a sus experimentos y trabajos, mostrándose comunicativos con los científicos de los «destructores» en aquellas cosas que no podían perjudicar al futuro de los terrestres, pero manteniendo la más cerrada de las reservas en lo que el profesor consideraba prohibitivo.

Con suma habilidad había fingido el profesor algunos fracasos y había llegado a producir inofensivas explosiones con las que había llegado a impresionar a la gente que les rodeaba.

Y no muchos días después de su entrevista con el Gran Drago, dos miembros del Gran Consejo Central de Gobierno, científicos los dos considerados de la máxima talla entre los «destructores», recogieron a los dos terrestres para llevarlos con ellos a recorrer la industria de los «destructores».

Las comunicaciones entre las diversas industrias, todas ellas subterráneas, eran perfectas y la propia industria estaba toda ella bien ordenada. Sin embargo, resultaba realmente inadecuada para lo que el Gran Drago deseaba y el profesor Añúa, sin entrar en grandes pormenores, fue haciendo ver a sus acompañantes las deficiencias que observaba y el mínimo de instalaciones que se debían cubrir para producir los prototipos de las nuevas armas y de las aeronaves en que estas debían ir montadas y que también debían ser de modelos apropiados para ello, tanto si se las quería dotar de armas ultrasónicas como atómicas.

—Otro de los problemas —señaló el profesor— es el de las aleaciones metálicas de que se han de de construir los cascos de las aeronaves. La preocupación de ustedes sido lograr cascos que las hiciera invulnerables a sus rayos eléctricos. Pero si en una de sus aeronaves montásemos un proyector de ultrasonidos, sería la propia aeronave la primera víctima de ellos. En cuanto a los rayos atómicos, sucedería algo de lo mismo. Es necesario lograr un metal que resista a las vibraciones ultrasónicas, por encima de las 200.000 por segundo y capaz de resistir también a la desintegración atómica producida por las descargas de las armas de tipo normal, a lo menos, de las de tipo mínimo. Se necesitan aleaciones metálicas de una tenacidad extraordinarias y que no resulten pesadas, metales que, al igual de nuestro «zirconio G», sean capaces de detener los neutrones y

rechazarles, impedirles que penetren dentro de la estructura de la aeronave y que puedan provocar en ella la reacción en cadena.

Al llegar a una de las más vastas instalaciones donde se hallaban funcionando las pilas atómicas, Carmela no pudo evitar un estremecimiento y llamó la atención del profesor Añúa sobre los extraños seres que trabajaban en ellas. Tales seres iban casi desnudos, con sólo un ligero taparrabos y resultaban verdaderamente monstruosos por su configuración. Poseían dos pares de brazos que emergían de un tronco robusto de color verdoso y aspecto vegetal y cuyo tronco estaba defendido por fuertes púas de color rojizo como las que poseen algunas plantas de las regiones desérticas de la Tierra. La cabeza de tales seres era monstruosa, parecida a la de un gorila pero carente totalmente de pelo y llena de arrugas y las piernas, cortas y robustas, terminaban en unos pies extraños que parecían formados por raíces y que llevaban totalmente desprovistos de protección.

Los científicos «destructores» advirtieron la sorpresa de los terrestres y les dirigieron una sonrisa de superioridad. Por fin en una materia sabían más que los terrestres y estaban en condiciones de ser ellos los que informasen. El que parecía de más edad tomó la palabra:

—Estamos en un mundo extraño que se sale de lo que ustedes conocen. Estos extraños seres tienen más de vegetal que de animal, pese a la autonomía de movimiento de que disfrutan, se alimentan por los pies, los cuales, durante la noche y en las horas de descanso, sumergen en la tierra que, como a los vegetales propiamente dichos, les suministra una parte de alimento. La otra parte la tornan del aire y del agua, pero —añadió con gesto de malicia— no desdeñan comerse a una persona si tienen ocasión de ello. Fíjense como los miran y como los olfatean; pero no teman, no se atreverán a atacarlos y menos si les ven con nosotros. Nos hemos tenido que imponer a ellos por el terror. Este tipo de seres es lo más adelantado que encontramos en Acrón cuando lo ocupamos y su civilización era muy rudimentaria. Puede decirse que vivían en una Edad de Piedra. Nos ha costado un esfuerzo continuo el irlos arrancando de tal estado para incorporarlos al trabajo y que den rendimiento, y si alguna vez se sublevan tenemos que ser inexorables con ellos.

—Muy interesante —comentó Añúa.

—Sin embargo —continuó el científico—, no hemos logrado dominarlos por completo. Un número crecido de ellos logró sustraerse a nuestro dominio y residen en un poco menos que impenetrable mundo subterráneo, en continua lucha con terribles monstruos, Es un mundo extraño en el que tantas veces como hemos intentado aventurarnos, hemos sufrido descalabros y sorpresas.

—¿Un mundo en tinieblas?

—Nada de eso. Poseen tanta luz como nosotros mismos. Y viven

además un día eterno. El núcleo central de este planeta emite una cantidad considerable de radiaciones electromagnéticas y estas se convierten en luz y calor, son verdadera fuente de energía, al entrar en contacto con determinados gases raros que se producen en las cavidades de las que le he hablado, gases metálicos unos, y otros, producto de las descomposiciones de residuos. Al entrar en contacto con los cuales, hacen vibrar en resonancia sus moléculas, y éstas a su vez, vibrando con sus particulares frecuencias, producen la luz y el calor.

—Comprendo. Conozco el fenómeno. Es el mismo proceso que se produce con los rayos que emite nuestro Sol y el vuestro mismo, al entrar en contacto con los gases de nuestras respectivas atmósferas.

* * *

A partir de aquel momento, el profesor Añúa y Carmela trabajaron e hicieron trabajar activamente a las gentes que les rodeaban y el profesor procuró entrar en contacto con los hombres vegetales, mostrándose amigable y tolerante con ellos, al contrario de lo que hacían los «destructores de mundos», que castigaban de forma despiadada sus faltas, reales o supuestas. Tanto Carmela como el profesor procuraron asimilar el idioma primitivo de los extraños seres, idioma de tipo monosilábico, cuyos monosílabos tenían diversidad de significados que el profesor fue desentrañando cuidadosamente para poder entenderse con ellos.

La construcción de una aeronave de tipo similar a los roto-aviones de la Tierra, fue avanzando rápidamente, pero Añúa, a medida que avanzaba, iba mezclando los datos reales con los equivocados, hurtando muchos de los verdaderos, haciendo que los científicos «destructores», pese a trabajar intensamente, se sintieran punto menos que rodeados de tinieblas. Finalmente, el emisor de los ultrasonidos, tras algunas pruebas que a conciencia por parte de Añúa resultaron infructuosas, quedó instalado en la aeronave y lo mismo ocurrió con las armas de tipo atómico, aunque también, antes de llegar a la consecución de las mismas, se produjeron bastantes accidentes que hicieron dudar a los científicos «destructores» y al propio Gran Drago quien, aunque aparentemente daba la sensación de mantenerse al margen de los trabajos, era quien más vigilaba y quien más estudiaba y también quien daba a sus científicos razones para que luego éstos discutieran con el profesor Añúa, tratando de hallar el motivo de cada fracaso, de buscar la verdad en el embrollo que el terrestre iba tejiendo hábilmente.

Y finalmente llegó el día en que estuvo dispuesto, en que la nueva aeronave, con su armamento, debía realizar las pruebas.

El profesor Añúa se enfrentó en tal ocasión con el Gran Drago.

—¿No sientes deseos de venir con nosotros, Invencible? Será una interesante experiencia.

—¿Te pondrías tú en manos de un enemigo? —preguntó a su vez el Gran Drago.

—Naturalmente que no. Pero yo te he demostrado sobradamente que ya no lo soy. Yo no puedo volver ya con los míos.

—No estoy demasiado seguro de eso y he pensado que tu ayudante debe quedarse de rehenes a mi lado.

—No estoy dispuesto a ello. Tú no tienes confianza en mí y tampoco la tengo yo contigo. ¿Quién no me asegura que te aprovechas para separarme de ella una vez que ya has logrado de nosotros lo que apetecías?

—Aún no está logrado.

—Sí lo está. Lo tienes ante tu vista. Pero no temas, porque no me escaparé en él. Ya que tú no vienes, envía con nosotros hombres de tu máxima confianza que, si trato de fugarme, me lo impidan. Tus científicos principales conocen de la aeronave tanto como yo mismo.

—No estoy demasiado seguro de ello. Cuando la vea funcionar, cuando compruebe sus resultados, hablaremos.

—Como desees, pero mi ayudante vendrá conmigo. La necesito.

—Será como deseas —respondió al fin el Gran Drago—. Pero piensa que las traiciones, en Acrón, se pagan muy caras y que los tormentos que has sufrido pueden ser un juego de niños comparados con los que se te aplicarían.

—Gracias, magnánimo Invencible…

* * *

El Gran Drago, sentado en una amplia tribuna que se había alzado en el campo de pruebas, dio la señal y el grupo que debía tripular el rotoavión recién salido de los talleres de los «destructores», tras saludar a su jefe, se encaminaron hacia el aparato. Componían el grupo un almirante, los dos científicos que más directamente habían intervenido y varios elementos técnicos más de menor jerarquía y que habían sido seleccionados por el propio Gran Drago, quien les había dado instrucciones para que no se dejasen sorprender. Por su parte, el profesor Añúa y Carmela se dirigieron también a la aeronave que se hallaba en el centro del terreno, rodeada de un cordón de vigilantes para que nadie se pudiese acercar a ella.

Tanto el almirante como los científicos se hicieron a un lado respetuosamente cuando llegó el profesor, cediéndole el paso; pero el profesor, rehusando tal deferencia, se dirigió a revisar los turbo-reactores y los restantes elementos de propulsión y maniobra de la

aeronave, pero uno de los técnicos, muy cortésmente, se lo impidió.

—No es necesario que revise nada, profesor. Yo mismo he realizado una severa inspección y todo está en orden. El propio Invencible Gran Drago se ha cerciorado de que todo iba bien, temeroso de que pudiera sucederte algún accidente.

—Gracias. Tanto velar por mi suerte, me enternece profundamente.

Carmela y el profesor cambiaron una rápida mirada de asentimiento y la muchacha saltó ágilmente, encaramándose en la carlinga del aparato, saltando al interior de el. Una vez arriba ayudó a subir al profesor e inmediatamente se vieron seguidos por el almirante y los dos científicos que fueron ayudados a su vez por el resto de los tripulantes.

Cerrada la carlinga, automáticamente, de forma hermética, el Gran Drago dio desde su tribuna la orden de salida y el profesor tomó los mandos para mostrar al almirante y a los restantes técnicos como debía realizarse la maniobra de la que todos estaban pendientes. Pero aún no habían sido puestos los motores en marcha cuando convergiendo sobre el campo, procedentes de diversos puntos, aparecieron en el horizonte en torno a la pista, verdaderas nubes de aparatos que, al llegar sobre el nuevo rotoavión, maniobraron graciosamente, dejándole sobrado espacio para que realizase el despegue.

El profesor Añúa había sospechado que ocurriría algo así en tal momento y sonrió al calibrar la ingenuidad del Gran Drago al pensar que aquello podía evitar su fuga caso de intentarla. Le bastaría poner el emisor de ultrasonidos en marcha para que la poderosa formación quedase totalmente destrozada, ya que, dadas las características especiales del rotoavión, ninguna de las armas que poseían los «destructores de mundos» serían capaces de abatirlo ni de evitar su fuga. Esta, sólo la podrían evitar los tripulantes que iban con él si el profesor les daba ocasión a ello.

Al ser puestos los motores en marcha, el rotoavión vibró, llevando una fuerte sensación al ánimo de los científicos poco acostumbrados a aquellas pruebas y seguidamente la aeronave despegó majestuosamente. Tanto Carmela como el profesor sintieron una viva alegría, pero supieron disimular y ambos se colocaron en torno a la escafandra, un dispositivo especial que debía librarse por completo de los efectos de las ondas ultrasónicas.

Iban ganando altura rápidamente y Carmela, a una muda orden de Añúa, revisó rápidamente el emisor de los ultrasonidos. Era el arma más temida por los «destructores de mundos» y la ayudante de Añúa se dio cuenta inmediatamente que el centro productor de las vibraciones había sido desajustado e inmediatamente, antes de que

nadie pudiera evitarlo, corrigió el defecto, dirigiéndose en voz alta a todos:

—Menos mal que se me ha ocurrido realizar la revisión. De no hacerlo, al probarlo, hubiésemos saltado todos hechos trizas.

Había sinceridad en la expresión de la muchacha y la mayoría de los tripulantes se sintieron sobrecogidos por el temor. En el ambiente de la aeronave parecía flotar la tragedia. Unos y otros sabían que se estaba jugando una carta de la máxima importancia y se temía a las tretas del Gran Drago.

Las palabras de Carmela habían sido una contraseña y el profesor Añúa consultó el altímetro. Habían rebasado los 5.000 metros de altura y debía de tener inutilizados a sus acompañantes antes de llegar a los 10.000 metros si quería completar los objetivos que habían quedado en tierra sujetos a las ondas «Wram», capaces de hacer explotar a tal distancia máxima unas determinadas clases de explosivos.

El emisor de ultrasonidos, especialmente creado por el profesor Añúa para llevar a cabo la acción emprendida, fue puesto en marcha en proyección interna y apenas lo hubo realizado, los tripulantes de la aeronave, a excepción de Carmela y el profesor, fueron víctimas de ellos.

Las vibraciones ultrasónicas, lanzadas al interior de la cabina, comenzaron a producir su labor perturbadora y Carmela pudo observar prontamente que los grandes ojos oblicuos de sus enemigos, única parte visible de sus organismos, se agrandaban aún más, desencajándose por el terror que el extraño fenómeno que les invalidaba les producía. Sus centros luminosos lanzaron angustiosas llamadas de socorro; pero ya el profesor había previsto tal cosa y cerrado el transmisor, evitando que pudieran ser notadas en la superficie del planeta.

—¡Victoria, profesor, ya son nuestros!

—¡Altura!

—Ocho mil metros. Debe lanzar ya las ondas «Wram». Ahora sabrán para qué era el extraño aparato que tanto les preocupaba.

El profesor lanzó la emisión de ondas y Carmela, pendiente de un detector tipo sismógrafo, fue dando al profesor los datos.

—Primera explosión. Radio efectivo, 70 metros. Segunda, igual. Tercera, 220. Cuarta, 60. ¡Victoria completa, profesor!

Añúa sonrió al responder:

—Así toda nuestra labor allá abajo queda destruida, no les servirá de nada. El Gran Drago no podía sospechar que le teníamos minados los archivos y que se los íbamos a volar desde el aire. Será una buena lección para él.

A partir de aquel momento, la aeronave se elevó rápidamente y

Carmela, impaciente, fue cantando las alturas que iba señalando el altímetro:

—Quince mil. Veinte mil. Treinta mil,

El profesor se volvió con gesto regocijado hacia Carmela.

—El Gran Drago nos prohibió pasar de esta altura y había dado orden a sus secuaces de que si lo intentábamos, lo evitaran aunque para ello nos tuviesen que matar. Será para él una desagradable sorpresa y en este momento estará dando órdenes a sus aeronaves. No comprenderá lo que pasa y los mataría si los pudiera ver en el estado en que se encuentran.

—No se ve ninguna aeronave en las inmediaciones, profesor. Se han retirado todas. Observa la pantalla.

El profesor obedeció a la muchacha y se sorprendió al notar que era realidad lo que ella decía. Una sospecha cruzó por su mente y no pudo evitar un gesto de contrariedad. Sin embargo no dejó traslucir nada para no alarmar a Carmela, aunque inmediatamente comenzó al jugar toda la serle de detectores electrónicos tratando de hallar algo anormal en la aeronave.

El receptor de radio estaba abierto y la voz del Gran Drago se escuchó por él. Era una voz autoritaria pero de registro agudo la que dio la orden:

—¡Alto! ¡Ordeno que bajéis inmediatamente!

Añúa, sin dejar de sentir cierta inquietud, sonrió ante la infantil salida del Gran Drago y la consideró como impropia de él. Y en aquel momento, al volverse a producir orden pero con un registro de voz más agudo, se produjo la catástrofe.

El profesor Añúa, al notar que el Gran Drago cambiaba el registro de voz, intuyó algo de lo que iba a suceder y alargó la mano para cerrar el receptor de radio, pero llegó tarde.

Se produjo la explosión, una explosión ensordecedora que lo arrancó de su asiento y que derribo a Carmela que no llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Y aún no se habían repuesto del susto cuando vieron que la aeronave descendía, perdiendo altura visiblemente.

—¡Menuda catástrofe! Debí imaginar que se produciría una cosa así. Menudo zorro el tal Gran Drago! Confieso que ha logrado engañarme. ¿Le ha sucedido algo, Carmela?

—Nada. Pero ¿qué puede ocurrir ahora? Me sentía tan feliz viendo que habíamos rebasado todas las dificultades. Nos matará.

—Nos mataría si cayésemos en sus manos, pero confío en que podré evitarlo. Vamos, ayúdeme. Los mandos del aparato, al cual trató Añúa de tornar a elevar no obedecían y el profesor se dirigió a Carmela:

—Tome. Procure mantener el vuelo planeado y en la medida de lo

posible diríjase hacia la entrada de la gruta de que me habló. Posiblemente será una de las entradas de ese extraño mundo subterráneo, donde podemos hallar refugio.

Los detectores electrónicos volvieron a entrar en juego y al fin en uno de ellos localizó la avería.

—Nos ha destrozado los escapes de gases y no podemos maniobrar. Esto, en el espacio sideral, no hubiese tenido gran importancia, ya que hubiésemos quedado flotando a la misma altura y conservado la velocidad hasta que alguien hubiese llegado en nuestro auxilio. Pero aquí nos lleva irremisiblemente para abajo, menos mal que conservamos intactos todos los aparatos de defensa y ataque, así como el receptor emisor. Si nuestros compañeros nos buscan, podremos comunicar con ellos.

—¿Y qué hacemos con esa gente? ¿Los vamos a llevar con nosotros?

—Sí. De momento pensé en lanzárselos con paracaídas al Gran Drago, pero luego he meditado y creo que serán nuestro mejor salvoconducto para entrar en el mundo subterráneo. Los habitantes de tal lugar odian a los «destructores de mundos», considerándolos justamente sus mayores enemigos. Si nosotros los llevamos como prisioneros tenemos muchas probabilidades de que nos consideren, por lo menos, como aliados.

El profesor se había hecho cargo nuevamente de los mandos del aparato y siguiendo las instrucciones de Carmela fue derivando hacia la zona del planeta que ella le indicó.

—Lo que me temo, profesor, es que nuestro rotoavión no pueda penetrar en la cueva, que la boca no tenga suficiente amplitud.

—No debe preocuparle excesivamente tal cosa. La agrandaremos con nuestros ultrasonidos si es que los aparatos del Gran Drago nos dejan llegar hasta ella.

En la pantalla del radar había penetrado una nutrida formación de aviones «destructores» que se dirigían velozmente en busca de la aeronave, y el profesor, sabiendo que aún no le podían haber visto y que tal vez no consiguieran detectarle si paraba los motores, realizó tal maniobra y la aeronave se deslizo entonces sin ruido.

Vivían los dos terrestres unos momentos de inquietud y el profesor volvió a entregar los mandos de la aeronave a su ayudante, tornando él a manipular con los dispositivos electrónicos automáticos. Sabía que, aunque no de una forma total, estos corregirían un tanto la avería producida y se aferró a tal esperanza, trabajando denonadamente en la idea.

Maldijo su imprevisión de no construirse aparatos personales que le hubiesen permitido trabajar por el exterior y mejor corregir la avería; pero las lamentaciones no servían para nada y se entregó con

ardor a la tarea.

Un grito de Carmela le sacó de su ensimismamiento.

—¡Nos alcanzan!

En la pantalla del radar se veían los aparatos con mayor precisión y prontamente las descargas eléctricas comenzaron a estallar cercanas al rotoavión, poniendo en peligro su estabilidad si bien no podían hacer nada contra su estructura.

Añûa dejó su trabajo, dispuesto a dar la batalla, y se dirigió a la emisora de ultrasonidos, cerrando los dispositivos internos que anteriormente habían hecho funcionar para inmediatamente lanzar la emisión con toda potencia hacia el exterior.

Pero los aparatos de los «destructores» estaban bien aleccionados y supieron mantenerse prudentemente en el límite de la acción de los ultrasonidos, no cesando sin embargo en el acoso por medio de sus descargas eléctricas.

La aeronave experimentó entonces varias violentas sacudidas que la hicieron peligrar y Añúa atacó con los desintegradores atómicos, abriendo una fuerte brecha en la formación enemiga, sembrando el desconcierto entre ellos.

Pero ya Carmela apuntaba hacia la corteza del planeta que tenían a escasa distancia.

—¡Mire! Allí tenemos la boca de la gruta.

Rápidamente realizó el profesor la medición y sonrió satisfecho.

—Viene muy justo, pero entraremos. En cambio, nuestros enemigos no podrán seguirnos.

—Está bien. Pero ¿y luego? Recuerdo perfectamente que la gruta se estrechaba.

—Los ultrasonidos abrirán las angosturas. Tenga confianza en mí.

—Si no la tuviera, no estaría aquí.

El profesor agradeció con una sonrisa la frase de Carmela e inmediatamente se entregó a la difícil tarea que tenía por delante. La muchacha contempló con el alma en vilo cómo el rotoavión, a la regular velocidad a que marchaba, penetró en la gruta rozando los laterales de entrada. Un suspiro de alivio escapó de su pecho, ya que un error de centímetros hubiera sido suficiente para derribarlos, destrozándolos.

Aún no habían terminado de pasar cuando ya Añúa, por medio del radar, realizaba las mediciones del interior de la gruta, maniobrando rápidamente de acuerdo con los datos que iba logrando.

La gruta formaba un suave recodo, estrechando sensiblemente en tal lugar, formando una especie de garganta y el profesor hubo de salvar rápidamente la difícil situación, atacando con los rayos desintegradores y con los ultrasonidos que fueron produciendo desprendimientos suficientes para poder pasar en medio de una

oscuridad casi absoluta en que los únicos guías con que podían contar eran las ondas del radar.

Se presentaron nuevos recodos, algunos bastante violentos, que hubieron de salvar con bastantes dificultades, y al quedar atrás uno de ellos, se divisó desde la aeronave una lejana luz hacía la que señaló Carmela:

—¡Luz, profesor!

—Afortunadamente. Creí que no salíamos de esta. A pesar de la temperatura más bien fresca que reina aquí dentro, le aseguro que estoy sudando. Afortunadamente, el espacio se ensancha y ya no tendremos más problemas de ese tipo.

CAPÍTULO VIII

EN UN EXTRAÑO MUNDO

Al salir a la luz, los terrestres se vieron en un mundo insospechado, entre colores y luces que parecían irreales, productos de la fantasía. Las extrañas formas existentes en la superficie del planeta quedaban desdibujadas aquí en cuanto a fantasía y variedad y lo mismo sucedía con los colores, muchos de ellos difuminados en lejanas perspectivas.

El espacio que tenían ante sí los terrestres era amplísimo, viéndose interrumpido en ocasiones por formaciones de columnas y grutas que iban del suelo a lo que se podía considerar techo y que proyectaban sus sombras, unas sombras alargadas, extravagantes, sobre el piso.

Los extraños seres que ya conocían los terrestres por haberlos visto en las industrias de los «destructores de mundos», vivían en tal paisaje, moviéndose con entera libertad, entregados a diversas labores, como la caza y la pesca, unos; haraganeando sencillamente o entregados a diversos juegos, otros.

La rapidez de penetración de los terrestres en el extraño mundo, su forma, asombrosa para los indígenas, de entrar, había sorprendido a éstos y así los terrestres pudieron disfrutar unos momentos de la visión justa de lo que eran aquellos seres en su mundo. Pero apenas si habían entrado cuando en la inmensa bóveda retumbaron los sonidos de infinidad de cuernos, previniendo a los indígenas de la intromisión del extraño aparato, escuchándose también el sonido de sus grandes tambores, semejantes a los «tams-tams» empleados por las tribus primitivas de la Tierra, comunicando la nueva, extendiéndola por todo el ámbito subterráneo para que llegara hasta el último rincón y acudiesen a la defensa del mismo.

Los hombres vegetales, tan pronto el alerta fue dado, desaparecieron rápidamente, moviéndose a una velocidad insospechada en unos seres de piernas tan cortas. Muchos de ellos desaparecieron nadando rápidamente en una especie de lago donde moría una turbulenta corriente de agua y en el centro de la cual se veía una isla que emergía atrevidamente, cortada casi a pico sobre el agua, ofreciendo cierta similitud con un buque de guerra.

Y apenas si el panorama había quedado desierto, cuando comenzaron a producirse algunos desprendimientos de la bóveda mientras el espacio era cruzado en diversas direcciones por bloques de piedra no excesivamente grandes, pero que, disparados con gran

potencia por ocultas catapultas, significaban un grave riesgo para los terrestres.

Algunos de los desprendimientos tocaron al rotoavión, haciéndolo vacilar, y el profesor Añúa hizo un gesto de disgusto. Le desagradaba comenzar su intromisión en el extraño mundo teniendo que golpear para defenderse, y con expresión desolada se dirigió a Carmela:

—¿Qué hacemos? No esperaba esta lucha tan cerrada. Creí que nos darían ocasión a mostrarnos y a hablar con ellos.

Mientras hablaba el profesor, no dejaba de maniobrar el rotoavión, procurando pasar con él lo más alejado posible de lugares propicios para el emboscamiento de catapultas y atendiendo a la bóveda para atacar a los desprendimientos con los rayos desintegradores de las armas ligeras de a bordo.

—Creo que no tenemos más que una solución, profesor; emplear los ultrasonidos. Empleándolos con cautela, podremos vencer este primer momento de resistencia desesperada que nos ofrecen sin llegar a causarles ningún daño que no pueda ser reparado. Luego, cuando vuelvan en sí lentamente, nos podremos explicar y ellos nos podrán entender, sobre todo, cuando vean que les traemos prisioneros a sus enemigos los «destructores».

Añúa asintió con la cabeza e inmediatamente inició la emisión de los ultrasonidos, pero graduándolos para que no matasen a nadie y para evitar que llegasen a producir desprendimientos en las bóvedas que pusieran en peligro sus propias existencias.

La resistencia fue cesando paulatinamente, quedando el espacio libre de los toscos proyectiles que hasta segundos antes habían viajado por él, y tanto los sonoros cuernos como los «tams-tams» fueron languideciendo hasta escucharse únicamente los que, por estar excesivamente alejados, no podían ser presa de la terrible arma de los terrestres.

—Creo que podemos tomar tierra —apuntó el profesor evitando hábilmente un desprendimiento, producido este por los ultrasonidos y apresurándose inmediatamente a cortar la emisión de los mismos.

Carmela habíase repuesto ya de la desagradable impresión que le había causado primero las dificultades pasadas para entrar y luego el agresivo recibimiento de que habían sido objeto y se había situado junto al profesor, contemplando con mirada encendida por la admiración, las exóticas bellezas naturales de que se veía rodeada.

—Sí. Es el momento oportuno para prepararnos. Pero antes de tomar tierra, debemos asegurar a nuestros prisioneros. No creo que tarde mucho tiempo en pasárseles el efecto causado por los ultrasonidos y sería peligroso enfrentarnos a los indígenas sin conocer las reacciones que se puedan producir, dejándonos la espalda descubierta.

—Pues encárguese usted misma de tal tarea mientras yo escojo el terreno apropiado y resuelvo la maniobra.

Y mientras el profesor resolvía la toma de tierra, escogiendo un lugar estratégico alejado de las catapultas de los indígenas y libre de obstáculos para poderse poner en marcha tan pronto como las circunstancias lo exigieran, Carmela desposeía a los desmayados «destructores» de sus armas eléctricas, amarrándolos a continuación concienzudamente para que no pudiesen ser un obstáculo a sus actividades.

Cuando la aeronave hubo tomado tierra, el profesor se desposeyó de la escafandra y se dirigió a Carmela:

—No creo que los «destructores» nos hayan seguido aquí dentro, pero por si se han arriesgado, usted permanecerá vigilante dentro de la aeronave. Los motores debe mantenerlos en marcha y estar atenta para al menor signo de alarma poner en funciones los ultrasonidos, pero cuidando de que no lleguen a producir graves efectos de los que podíamos ser las primeras víctimas.

—Entendido.

—Yo voy a salir para entrar en contacto con los indígenas. Interesa sobremanera llegar a un acuerdo con ellos antes de que se presente el enemigo, que, más pronto o más tarde, se presentará. En medio de nuestra desgracia, hemos tenido suerte.

—¿Pero cómo pudo producirse la avería, profesor? Es algo que no he podido comprender aún y no he podido preguntarle en medio de tanta peligrosa incidencia.

—Ha sido el Gran Drago. El nos temía porque nos sabía superiores a los suyos y cargó de alto explosivo el mecanismo de maniobra. Si nosotros descendíamos antes de llegar al límite de los 30.000 metros de altura que él nos había señalado para la prueba, no hubiese sucedido nada. Al rebasarlo, tenían el encargo nuestros acompañantes de obligarnos a volver, pero por si ellos fallaban, como fallaron, el Gran Drago se había prevenido. El explosivo llevaba dispositivos de explosión que debían funcionar a un determinado registro de voz, el suyo propio. Al ver que los 30.000 metros eran rebasados sin que sus hombres pudieran impedirlo, hizo llegar hasta los explosivos su voz de la única forma que podía hacerlo: por medio de la radio.

—Muy ingenioso.

—Demasiado ingenioso. Tanto, que para distraer mi imaginación y hacerme creer que había tomado las precauciones, realizo la movilización de aparatos, a sabiendas de que no servía para nada. Por eso me extrañó y caí en la cuenta de que se estaba burlando de mí cuando usted me dijo que se habían retirado. E hizo tarde por fracciones de segundos, ya que iba a cerrar la radio imaginando lo que

podía suceder en el momento que se produjo la explosión. Me hizo sospechar el ver que forzaba el registro de su voz al notar que la primera vez le había fallado. Estoy seguro de que fue él quien colocó personalmente los explosivos y que los «destructores» que venían con nosotros ignoraban que se hallaban sentados sobre un barril de dinamita. Afortunadamente, la consistencia del metal de que está construido el rotoavión, ha evitado que quedásemos todos despedazados.

—Es un enemigo de cuidado que ocupa justamente la dirección de su pueblo —comentó Carmela—. No estaré tranquila hasta que no lo vea destrozado.

—Pues es posible que lo veamos muy pronto. Estos extraños hombres vegetales y este mundo subterráneo nos va a facilitar bastante las cosas. Pero no debo perder tiempo. Hasta pronto.

Colocóse de nuevo Añúa la escafandra y abriendo la carlinga de la aeronave saltó ágilmente de ella. Una vez en tierra. Carmela le alargó uno de los fusiles eléctricos de los «destructores» y le recomendó:

—Recuerde que no debe alejarse mucho y que debe estar continuamente a mi vista para poder auxiliarle en caso preciso. Si surge algo anormal, toque el silbato. Recuerde que en este mundo existen monstruos como aquel de que le hablé y que las armas desintegradoras no pueden con ellos a menos que les penetren los rayos en la boca.

—Está bien, Carmela, gracias. Tendré cuidado.

Cerró la muchacha la carlinga y el profesor, tras dirigirle una última mirada de despedida, avanzó en dirección a una de las elevaciones en que se habían escondido los hombres vegetales; pero al llegar al pie de la misma, se dio cuenta de que, con el equipo que llevaba, no le resultaría fácil trepar por las pulidas superficies, las cuales caían vertical o casi verticalmente sobre el suelo.

Aquello era un obstáculo insuperable de momento y por si hallaba un acceso más fácil, rodeó la elevación, encontrando con que ninguno de los refugios de los hombres vegetales se abría a menos de tres metros sobre el piso. ¿Cómo entonces podían ellos trepar tan fácilmente?

Pero no era caso de perderse en la resolución de tal problema en aquellos momentos y continuó su avance, marchando en dirección al lago, en cuya orilla se elevaba hasta el abovedado una nueva serie de habitaciones.

Carmela, desde su puesto en la aeronave, seguía los movimientos de Añúa sin distraerse un solo instante y vio cómo se acercaba a la nueva serie de habitaciones, dejando a sus espaldas la orilla del lago cuya superficie aparecía inmóvil, tranquila.

Y pese a la tranquilidad reinante, la muchacha sentíase inquieta,

como intuyendo un peligro que no sabía de dónde podía venir, pero que lo percibía latente, quiso tranquilizarse a sí misma razonando que los ultrasonidos habían abatido a todo aquello que por tener vida podía representar un peligro, pero a pesar de tales razones no logró tranquilizarse.

De improviso notó que el profesor se revolvía rápido y que descargaba su fusil eléctrico contra algo que ella, no podía precisar a la distancia que se hallaba, pero que adivinó inmediatamente se trataba de los mismos reptiles que el vicealmirante había lanzado contra ellos cuando se hallaban prisioneros. Los reptiles que atacaban al profesor salían de las tranquilas aguas del lago y Añúa hubo de aprender rápidamente que, por la constitución de los mismos, los rayos eléctricos no les afectaban en absoluto. Realizando un sobrehumano esfuerzo, se vio al fin libre del acoso tras lanzar a golpes por el aire a unos cuantos de ellos, viendo que el resto de los atacantes huían desesperadamente; y aquello le sumió en la más viva perplejidad. No había tenido tiempo de reponerse cuando vio asomar por entre las aguas, cerca de la orilla, una cabeza monstruosa, de aspecto vítreo y cuyos ojos, de extraordinaria luminosidad, le contemplaron unos instantes como asombrados.

Añúa no perdió por ello la serenidad y disparó su fusil de rayos eléctricos con extraordinaria celeridad, pero el monstruo fue más rápido que él y saltó hacia adelante con increíble ligereza, recibiendo el disparo en el pecho, no haciéndole el menor daño. Y junto con el primer monstruo, surgieron dos más que cargaron con velocidad increíble contra el profesor, quien hubo de retroceder rápido, tratando de ganar una salida que vio cortada inmediatamente por uno de los monstruos, al cual hubo de esquivar de un salto en el que perdió el arma, que fue destrozada rápidamente por la furiosa bestia.

Carmela, al ver asomar al primero de los monstruos, inició una emisión de ultrasonidos, pero inmediatamente comprendió que cuando éstos viniesen a obrar sobre los monstruos, ya éstos habrían tenido tiempo de destrozar al profesor, quien había tenido que saltar otra vez para evitar una nueva acometida, siendo sin embargo derribado por el movimiento de la bestia, la cual se dispuso a repetir el golpe revolviéndose rápida y levantando una de sus patas en las que brillaban las afiladas y aceradas uñas.

Una de las armas atómicas fue apuntada en aquel momento rápidamente a la altura de la cabeza de la bestia y disparada. La muchacha vio cómo la cabeza quedaba desintegrada, pero no pudo evitar que la pata, cuyo viaje había sido iniciado ya, cayera.

Sintió Carmela una terrible congoja y que los ojos se le llenaban de lágrimas imaginando que todo había terminado para Añúa, que éste habría sido alcanzado, ya que ella no se atrevía a comprobarlo

bajando la vista. Pero Añúa, al sentir descender sobre él la pata del animal, sin perder su presencia de ánimo había impreso a su cuerpo un movimiento giratorio, esquivando el golpe, sintiendo como la pata se clavaba en el suelo a escasos centímetros de él tras haberle pasado rozando materialmente.

El silbato del profesor, que imagino lo que sucedía en el ánimo de su ayudante, sacó a Carmela de su estancamiento, haciendo que su atención volviese hacia los otros monstruos que, rebasando al caído, cargaban entonces sobre Añúa quien se había puesto en pie rápidamente y corría en dirección al rotoavión, pero trazando agudos «zigs-zags» para retrasar la marcha de los monstruos, más veloces que él marchando en línea recta, pero a los cuales podía aventajar ligeramente de aquella forma.

Carmela se sintió animada al ver que el profesor había logrado escapar y apuntó tranquilamente las armas atómicas, pulsando el disparador automático que, una vez los blancos dentro de su radio de acción lanzó la emisión de mortales rayos, haciendo caer a los dos monstruos.

Al sentirlos caer, el profesor se tomó unos momentos de respiro y continuó luego su marcha en dirección a la aeronave, donde ya Carmela había abierto la carlinga, saltando para ayudarle a subir, arrojándose en sus brazos tan pronto llegó a él.

—¡He pasado un miedo terrible! ¡He temido perderte y quedarme sola en este mundo terrible!

—Gracias, Carmela. Cada vez estoy más satisfecho de que se les ocurriera a los «destructores» raptarme, porque ello te ha ido acercando a mí. Yo te quiero inmensamente, Carmela, y no pienso dejarte sola. He esperado demasiado tiempo para ello.

Los dos terrestres hicieron acción de besarse, de unir sus bocas, pero las transparentes escafandras chocaron una contra otra, evitándolo y volviéndolos a la realidad. Un gesto de resignación de Añúa, cortó la escena.

—Otra vez será, querida. Ahora...

La frase quedó en suspenso. De la parte por que ellos habían penetrado, llegaron a ellos unos ruidos que les resultaron familiares y a poco vieron aparecer, buscando la protección de los accidentes del terreno, las escafandras de algunos «destructores» que avanzaban cautelosos, tratando de llegar hasta el rotoavión sin ser descubiertos.

—¡Nos han seguido!

Rápidamente Añúa izó a Carmela, dejándola caer en el interior de la aeronave e inmediatamente saltó él, al mismo tiempo que el espacio era surcado por las descargas eléctricas de sus enemigos.

—¡Pronto! ¡Los ultrasonidos!

Pero la orden era innecesaria, pues Carmela, apenas puesto pie en

la aeronave se había apresurado a hacerlos funcionar, no tardando en quedar inmovilizados los «destructores», cayendo sobre algunos de ellos los desprendimientos producidos en las bóvedas por los ultrasonidos, aplastándolos pese a la protección de sus trajes metálicos y sus escafandras.

—¿Cómo han podido penetrar sin ser notados?

—Porque hemos actuado mal, Carmela. Hemos dejado fuera de combate a los vigías naturales, los hombres vegetales, y no nos hemos preocupado mientras tanto de sustituirles por otros. Centraremos sobre esa entrada dos detectores electrónicos y quedaremos con la espalda cubierta. Apenas trate de entrar alguno, seremos avisados, Y ahora, siento tener que dejarte, pero voy a por alguno de estos hombres vegetales.

—Pero es inútil. No podrás trepar hasta sus guaridas.

—Ahora, sí. Llevaré guantes adhesivos y no me costará trabajo llegar hasta ellos. Debía haberlo previsto en mi primera salida y no me hubiese expuesto a perder la piel de la forma tonta que he expuesto. Sin embargo, estate preparada ante cualquier inesperada contingencia.

Pero en la segunda salida del profesor en aquel mundo extraño, no sucedió nada anormal y minutos después pudo ver Carmela como su compañero, valiéndose de toscas cuerdas halladas sin duda en las habitaciones de los seres vegetales, hacía descender a algunos de éstos, todavía inconscientes, hasta el piso donde la misma aeronave se hallaba.

Tras ímprobos trabajos fueron acarreados los seres hasta la aeronave, y una vez al pie de ella fueron izados hasta la carlinga de la misma con la ayuda de Carmela.

—Ten cuidado con las púas. No me extrañaría en absoluto que estuviesen intoxicados, bien naturalmente, bien por ellos mismos para tener una mejor defensa. No olvidemos que tienen que vivir en continua lucha con monstruos mucho más potentes que ellos mismos.

Un rato después, bajo los cuidados de Carmela y el profesor, los hombres vegetales recobraban el conocimiento, contemplando con estupor a los dos terrestres, cuyo aspecto exterior, pese a los trajes metálicos y las escafandras transparentes, diferían tanto de los «destructores», a los que ellos conocían.

En tal momento celebró el profesor la idea de haber aprendido el simple idioma de tales seres, dirigiéndose al que le pareció más intrigado, más inteligente.

—No te sorprendas. Soy tu amigo. Soy amigo de todos vosotros. Y tus enemigos, son los míos.

El hombre vegetal parecía no dar crédito a sus oídos y movió la cabeza con aire dubitativo, resbalando su mirada del profesor a Carmela, quien le sonreía amistosamente.

—Sí. Somos tus amigos, los amigos de vuestro pueblo —remachó Carmela—. Y para que nos creas, os hemos traído un presente. Un grupo de vuestros encarnizados enemigos.

Al terminar de hablar, Carmela señaló hacia los «destructores» que se hallaban amarrados y que ya habían recobrado el conocimiento. Tanto el almirante como los dos científicos se mostraban sorprendidos de hallarse en tal situación, y cuando el hombre vegetal se levantó, acercándose cauteloso a ellos, produjeron un violento trompetilleo como tratando de ahuyentarlo. Pero el hombro vegetal habíase apercibido de que no podían hacerle ningún daño y puso uno de sus deformes pies sobre ellos, lanzando un estridente aullido que retumbó dentro de la aeronave.

Los otros hombres vegetales, reanimados también, parecían divertidos y repitieron calmosamente la maniobra de su compañero, llenando de pavor a los «destructores de mundos», conocedores del significado de tal acción.

Los hombres vegetales tomaron entonces a los «destructores» intentando cargar con ellos, pero Añúa los detuvo.

—Un momento. Tiempo habrá de que os llevéis a esos y a otros muchos que yacen tendidos no muy lejos, víctimas de nuestro poder. Pero es necesario que me ayudéis a hacer despertar a los vuestros para establecer una severa vigilancia.

Hasta el momento, los hombres vegetales no habían hablado, decidiéndose entonces a hacerlo el que parecía más inteligente.

—Toda nuestra gente no puede dormir. Hay turnos de vigilancia, que serían severamente castigados si se durmieran.

—En esta ocasión, hasta ellos han tenido que dormir, pero no son responsables en absoluto y no los debéis castigar. Los hemos hecho dormir nosotros con nuestro poder, igual que a vosotros. Todo eso se hubiese evitado si nos hubieseis recibido menos agresivamente.

—Comprendo. Pero no podíamos aguardar a conocer vuestras intenciones, ni siquiera a saber quiénes erais. El enemigo nos ataca con demasiada frecuencia y es duramente despiadado. Nuestras armas son inferiores a las suyas y es una suerte que no puedan entrar hasta aquí con sus máquinas voladoras.

—¿Quién es vuestro jefe?

—Él no tardará en venir. Vive en el centro de nuestro mundo y ha sido llamado rápidamente.

El hombre vegetal fue interrumpido por una nueva granizada de proyectiles de escaso calibre que cayeron sobre la aeronave, rebotando en ella sin producirle daño alguno y Añúa se dirigió a su interlocutor:

—¡Vamos! Avísales que deben guardar sus proyectiles para mejor ocasión.

El hombre vegetal, apenas abierta la carlinga, saltó ágilmente

sobre ella y colocándose dos de sus manos a modo de bocina, lanzó un grito prolongado, casi sobrenatural, que repercutió en el abovedado, desdoblándose el eco por el espacio; pero inmediatamente cesó la lluvia de proyectiles y comenzaron a emerger cabezas por los huecos de las habitaciones y a deslizarse los hombres hasta el suelo de forma punto menos que incomprensible para los terrestres.

Examinó entonces Añúa los pies y manos de sus nuevos aliados y observó que poseían en ellos una especie de ventosas naturales de gran adherencia, que les permitían subir y bajar rápidamente.

La aeronave de los terrestres no tardó en verse rodeada por aquellos extraños seres que se desprendían poco menos que en racimos de todas partes y no mucho después, tanto Carmela como Añúa observaron que habían sido descubiertos los cuerpos de los «destructores» que habían logrado penetrar, los cuales eran arrastrados y apilados cerca del lago, en medio de gran jolgorio.

En medio de su primitivismo, resultaban un tanto infantiles aquellos seres; un numeroso grupo de los cuales se había congregado también en torno de los tres monstruos decapitados, a los cuales miraban con supersticioso temor, volviendo luego sus miradas hacia la aeronave, considerándola como un nuevo monstruo vencedor de aquellos tres, predisponiéndose a adorarla.

Pero la escena fue cortada por un grito largo, de extraña sonoridad, procedente de bastante distancia aún y que fue seguido del sonar de los «tams-tams» repiqueteando rápidamente sus mensajes.

—Es nuestro jefe que se acerca —murmuró el hombre vegetal—. Pero no temas porque yo le diré que eres nuestro amigo, que has matado a esos tres monstruos y que nos has traído muchos prisioneros. Él se alegrará porque le agradan mucho y al comerlos, aumenta su sabiduría.

Mientras el hombre vegetal desaparecía rápidamente de un salto para salir al encuentro del anunciado jefe, Carmela y Añúa cruzaron sendas miradas.

—Temo que, por el momento, no vamos a poder evitar que se los coman. No me agrada demasiado esta gente, pero hemos de aceptarlos como aliados. Tendremos que vigilar continuamente y vivir en nuestro rotoavión si queremos evitar alguna sorpresa. No me agradaría ir a parar a sus estómagos bajo pretexto de aumentar sus inteligencias.

No pasó mucho tiempo sin que el jefe de los hombres vegetales llegase hasta los terrestres, acompañado por el conocido que había partido a reunirse con el.

El recién llegado sobresalía entre sus congéneres por su extraordinaria robustez y corpulencia, no cediendo en nada su agilidad que le permitió llegar hasta los terrestres de un solo salto, en el que se ayudó únicamente por una de sus cuatro manos.

—Soy Gra, jefe de todos. Ba-ga-lo me ha dicho que sois amigos, que habéis traído buenos prisioneros, que matáis monstruos.

—Sí, somos amigos vuestros. Venimos a ayudaros en vuestra lucha contra los que os oprimen y mantienen a muchos de los vuestros en la esclavitud. Queremos devolveros vuestro derecho a vivir sobre la superficie del planeta si así lo deseáis. Vuestros dioses están descontentos de vosotros porque coméis carne. Por eso os mantienen castigados y nos envían a nosotros para que os pongamos en la senda de la verdad, arrancándoos del error. Si no obedecéis, estaréis más duramente castigados que hasta ahora y nosotros nos marcharemos sin libertaros de vuestros enemigos.

Gra pareció vacilar unos momentos y daba la sensación de que iba a rebelarse contra el imponente ademán de Añúa, cuando se produjo una sobrecogedora explosión seguida de otras muchas que hicieron que la bóveda se estremeciese, comenzando a desprender cascotes, obligando a los hombres vegetales a huir despavoridos a refugiarse en sus guaridas. Gra iba a huir también, pero Añúa se lo impidió, cerrando inmediatamente la carlinga de la aeronave para quedar protegidos de los desprendimientos.

—Vigila, Carmela, y actúa con los desintegradores si los desprendimientos llegan a ofrecer algún peligro.

Luego se dirigió a Gra.

—Tú debes quedarte bajo nuestra protección. Esto es una amenaza de vuestros dioses para enseñaros a obedecernos. Pero no temas porque ahora entraré en contacto con ellos para que todo esto cese.

Sin perder momento, Añúa manipuló la emisora de la aeronave y emitió la contraseña de la O.S.E. Estaba seguro de que las explosiones procedían de la acción de los terrestres contra Acrón y no quiso perder la ocasión de ponerse en contacto con sus compañeros. Pero tras varios esfuerzos se volvió con gesto desolado hacia Carmela:

—No lo comprendo, Carmela. No responden. Creí que eran ellos, pero tal vez me he equivocado. Menos mal que han terminado las explosiones y Gra creerá en nosotros, porque estoy seguro que habremos de salir de aquí por nuestros propios medios, después de vencer a los «destructores».

—Venceremos. Por nosotros y por estos seres a los que hemos de arrancar de la bestialidad en que viven. Nuestra misión al salir de la Tierra no era sólo científica, Sino evangelizadora y aquí tenemos un buen material para desarrollarla en los dos sentidos.

FIN

La amenaza de los «destructores de mundos» se cierne sobre la civilización.

APOCALIPSIS ATOMICA

es el título de la nueva y genial creación de

ALF. REGALDIE

en la que los terrestres evangelizadores, adelantados del progreso, luchan en un mundo hostil, un mundo que amenaza desplomarse. Es una novela sorprendente que le deleitará y que no debe dejar de adquirir.

APOCALIPSIS ATOMICA

se publicará en el próximo número de la

Colección

Luchadores del Espacio

TIP [illegible] *Precio:* 5 *pesetas*

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Aviones personales donde el cuerpo va tendido, disponiendo de poco espacio.

[2] Ver «Destructores de Mundos» de esta misma colección.

[3] Llamadas así por su forma, aunque eran veloces rotoaviones.

[4] Debemos recordar que el lenguaje de los destructores se producía por señales luminosas.

[5] Véase «Destructores de mundos».